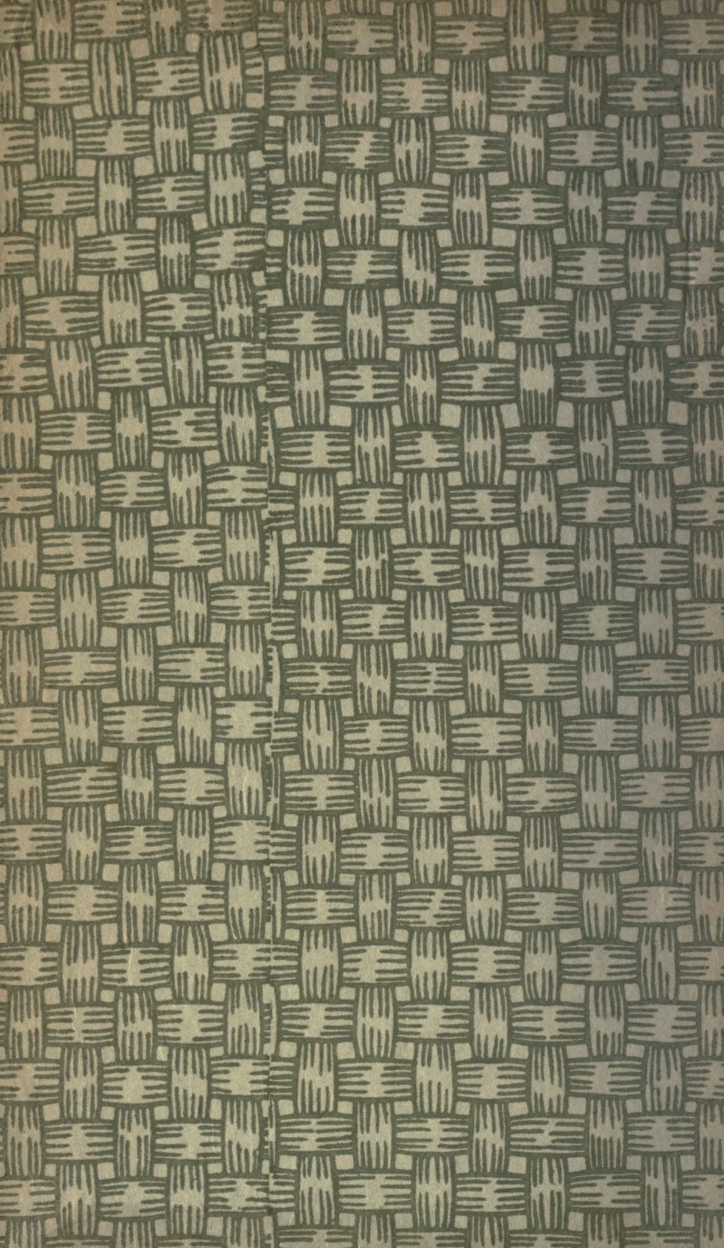
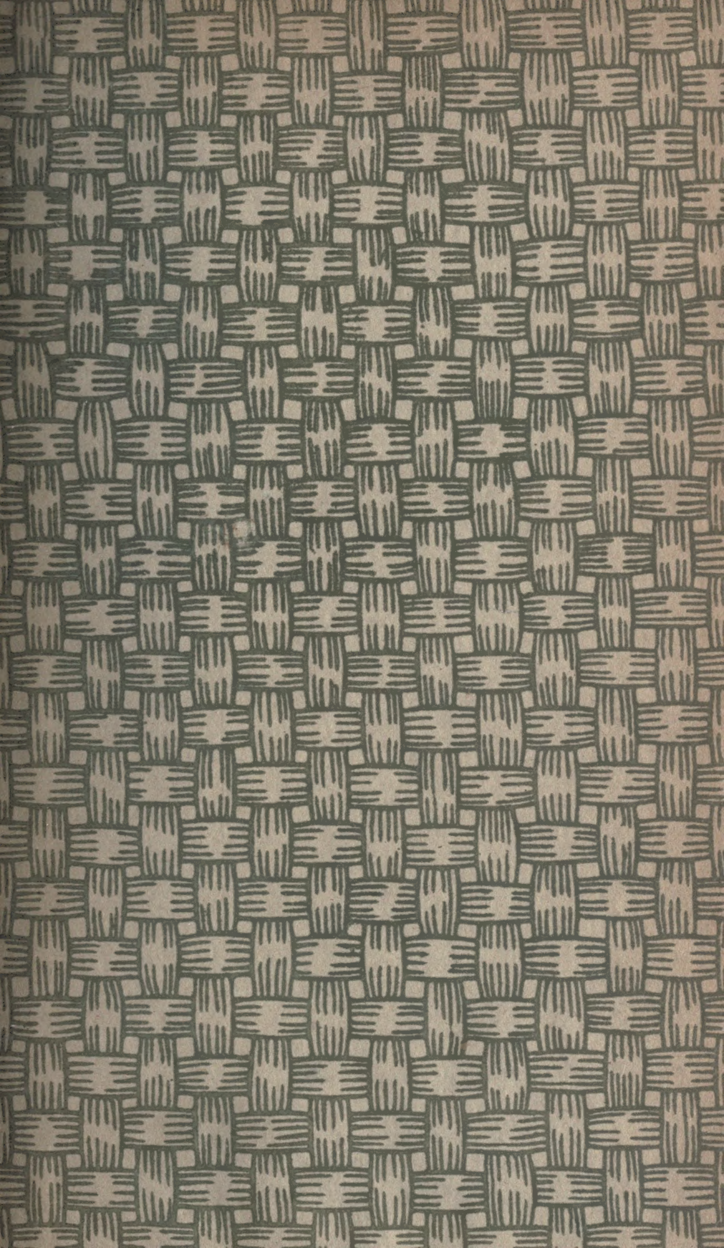






PARNASO PARAGUAYO

PRINTED IN SPAIN

PARNASO PARAGUAYO

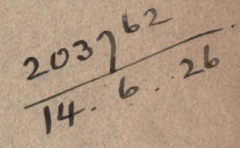
SELECTAS COMPOSICIONES POÉTICAS

COLECCIONADAS POR

MICHAEL A. DE VITIS

Catedrático Auxiliar de Lenguas Romances en la Universidad de Pittsburgh; Socio de Honor de la Real Academia Hispano-Americana de Artes y Ciencias de Cádiz; Comendador con placa, de la Real Orden de Isabel la Católica.





BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166



PROLOGO

Hace algunos años que leí en el prólogo de la célebre antología JOYAS POÉTICAS AMERICANAS, *del argentino Carlos Romagoza, el siguiente párrafo: «¡Cuesta mucho creerlo! La nación de clima ardiente, alumbrada por un sol tropical; la nación de los cielos diáfanos; la nación de las brisas perfumadas; la nación circundada por anchos y rumorosos ríos, de márgenes encantadoras; la nación de las espléndidas selvas, en cuyas penumbras el urutaú canta su canto, tan dulce y triste, que parece el lamento de un corazón dolorido; la nación de valor legendario, cuyos episodios sangrientos y heroicos en su defensa contra la Triple Alianza, merecen un Homero que los cante; el Paraguay, en fin, no tiene un poeta digno de*

figurar en una colección de poesías selectas americanas. ¡Da pena el decirlo!»

En los demás libros de crítica que leí, hallé la misma queja. En su célebre HISTORIA DE LA POESÍA HISPANO-AMERICANA, *el insigne Menéndez y Pelayo tuvo sólo esto que decir sobre el Paraguay: «La tercera (Paraguay) no tiene historia literaria, propiamente dicha, a lo menos en los tiempos modernos.» Y en el prólogo escrito por don Rufino Blanco Fombona a la* ANTOLOGÍA DE POETAS MODERNISTAS AMERICANOS, *de C. Santos González, el lector tropieza con este párrafo: «Lo que no puede perdonársele a Santos, y yo por mi parte no se lo perdono, es la omisión del Paraguay en esta Antología. El Paraguay debe de poseer algún cantor moderno, o dígase modernista, de entidad. ¿Ignora Santos que esa República es una lección viviente para todos los pueblos? Esa gente que ha sabido defender a su patria con tanto brío, ¿no sabrá cantarla con calor? Choca, repito, la injustificada omisión de esa República, cuyo homérico luchar contra las naciones colindantes: el inmenso Brasil, la rica Argentina y el guerrero Uruguay, ha debido de suscitar algún poeta nacional de marca. En efecto, si alguna guerra moderna parece digna del canto es la guerra que sostuvo el Paraguay contra Uruguay, Argentina y Brasil. Nunca luchó tan encarnizadamente un pueblo contra sus invasores; jamás el «no» colectivo de una nación,*

renuente a la esclavitud, se pronunció con tanto brío. ¿Cómo es que Solano López no ha suscitado un poeta digno de él, como Bolívar suscitó a Olmedo? ¿Cómo es que esa epopeya colosal, cómo es que ese sacrificio colectivo, cómo es que esa página única, superior a cuanto se conoce de más heroico: a la lucha de España contra los franceses; de Grecia contra Turquía; de Venezuela contra España, no ha encontrado un poeta, si no a la altura de esa ilíada, que no la deshonre por lo menos, cantándola? Con una mera canción paraguaya el poeta argentino Guido Spana, se ha hecho popular en toda América:

NENIA (1)

En idioma guaraní,
una joven paraguaya
tiernas endechas ensaya,
cantando en el arpa así,
en idioma guaraní:

¡Llora, llora, urutaú (2)
en las ramas del yatay (3)!
Ya no existe el Paraguay
donde nací como tú.
¡Llora, llora, urutaú!

En el dulce Lambaré,
feliz era en mi cabaña;

(1) Canción fúnebre.
(2) Ave de dulcísimo canto.
(3) Palmera.

vino la guerra, y su saña
no ha dejado nada en pie,
en el dulce Lambaré.

Padre, madre, hermanos, ¡ay!,
todo en el mundo he perdido;
en mi corazón partido,
sólo amargas penas hay;
padre, madre, hermanos, ¡ay!

De un verde ubirapitá,
mi novio, que combatió
como un héroe en el Timbó,
al pie sepultado está
de un verde ubirapitá.

Rasgado el blanco tipoy (1)
tengo en señal de mi duelo,
y en aquel sagrado suelo
de rodillas siempre estoy,
rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los cambá (2),
no pudiéndolo rendir;
él fué el último en salir
de Curuzú y Humaitá.
¡Lo mataron los cambá!

¿Por qué, cielos, no morí
cuando me estrechó triunfante
entre sus brazos mi amante
después de Curupaití?
¿Por qué, cielos, no morí?

¡Llora, llora, urutaú,
en las ramas del yatay!
Ya no existe el Paraguay
donde nací como tú.
¡Llora, llora, urutaú!

(1) Saya blanca que usan las paraguayas.
(2) Los negros.

Algún poeta paraguayo moderno ha debido de cantar a su pueblo, y yo censuro a Santos, por haber pretermitido a ese poeta, a quien tampoco conozco.»

Después de leer esto, escribí en Febrero de 1919 al insigne historiador paraguayo don Arsenio López Decoud, pidiéndole informes sobre la literatura de su país y cómo pudiera conseguir una antología paraguaya, y me contestó así: «Como no existe una antología paraguaya, hay necesidad de hacer rebuscar para hallar producciones de nuestros poetas. Es lo que he hecho. Le envío, pues, un conjunto de poesías, para que se sirva usted elegir entre ellas.»

Las poesías que me envió el señor López Decoud excitaron mi interés a tal punto que escribí a varias otras personas, sin que me contestara nadie hasta Agosto de 1922, cuando me escribió la señorita Natividad Galianos, Presidenta del Centro de Estudiantes Normales del Paraguay, y por intermedio de esta gentil maestra, recibí unos cuantos libros y composiciones poéticas de producción paraguaya.

Al señor López Decoud y a la señorita Galianos, pues, y al insigne poeta don Juan O'Leary, al doctor Cecilio Báez y al joven entusiasta, don Juan Stefanich, Director de la Biblioteca Paraguaya del Centro de Estudiantes de Derecho, es debida esta colección de poesías. Sin embargo, la tarea de recopilar esta antología, deficiente como es, ha sido un tanto di-

fícil porque desgraciadamente las producciones de los poetas paraguayos apenas ven la luz pública en los periódicos y revistas de aquel país. Muchas de las poesías aquí incluídas han sido reproducidas de viejos papeles amarillentos que mis buenos amigos han tenido la bondad de enviarme.

LA LITERATURA PARAGUAYA

No tuvo el Paraguay apenas poetas. Tuvo que rehacer su nacionalidad destrozada en catástrofe sin igual. No tiene teatro, no tiene novela. Yacía hasta hace unos lustros en el letargo en que cayera después de los más heroicos esfuerzos que registran las gestas modernas ; su lucha sin fortuna contra tres naciones coaligadas...

Por otra parte, el antiguo poderío jesuítico ; la vesania sombría del déspota Francia, tan idealizado por Carlyle ; los fatales ensueños de grandeza de sus mandatarios ; todo el pasado, en suma, se diría conspiró contra este país que apenas adviene a la libertad y a la vida presente en 1870... (1).

---

(1) Viriato Díaz Pérez: *Epístola a Francisco Villaespesa.* (Asunción del Paraguay. Enero 1911.)

* * *

Alguien dijo que en el Paraguay no tenemos poesía escrita porque no tenemos poesía viva. La frase pudo explicar bien o mal nuestra pobreza en poetas; pero si así fuese, si se excluyesen la poesía de la naturaleza y la poesía escrita, no habrían tenido poetas ni Grecia ni Italia, no habrían existido Anacreonte ni Virgilio. Y, por lo demás, ¿dónde no hay poesía en la naturaleza? Tanto como en los floridos paisajes de la lujuriosa vegetación de los trópicos, la hay en los témpanos del polo y en las movedizas arenas del desierto.

No florecen quizá más poetas allí donde hay más poesía en la naturaleza, pero tampoco donde hay menos. Y donde más abundan los portaliras, es sencillamente en los pueblos más cultos.

Todos los de la América Latina los tienen: Salvador Díaz Mirón y Olegario Andrade en sus dos extremos son como dos astros magníficos entre los cuales hay tendida una inmensa constelación, sin más espacio vacío que el que debiera ocupar el Paraguay.

¿Por qué?

No vino al Paraguay ciertamente la peor

gente de España, ni el indio guaraní fué menos capaz de cultura que sus hermanos. Pero el carácter de éste no lo moldeó el *fiero aventurero*, el *incomparable hidalgo español;* lo moldearon los hijos de Loyola, según su falso concepto del Evangelio. Y para completar su obra de obscurantismo, conservaron y cultivaron su lengua primitiva, dulce y armoniosa lengua sí, pero incapaz de expresar las ideas abstractas con que se nutre la poesía.

En el pueblo así formado por los jesuítas, extinguida ya la dominación española, la tiranía estaba fatalmente destinada a surgir. Y surgió a poco de sacudirse el yugo hispánico, llenando un extenso período de su historia.

El ambiente del despotismo no fué ni podía ser propicio al cultivo de la gaya ciencia, y si hubo poetas en aquel tiempo, no pudieron menos de enmudecer en el vasto claustro sombrío que era entonces el país.

La guerra del 65, exaltando el sentimiento patriótico, llevó la mano crispada de Natalicio Talavera a empuñar la lira de las estrofas heroicas que luego los soldados repetían junto al vivac en las noches de campamento, o al pie de las trincheras en los días de batalla. Y a la vez que los versos vibrantes de Natalicio Talavera inflamaban el entusiasmo de los guerreros, innumerables canciones populares, compuestas por bardos ignorados, ensalzaban la bravura de los héroes en labios de los hombres

que guerreaban o de las mujeres que en los ranchos esperaban helénicamente no el retorno del amado sino la noticia del triunfo de la patria.

Esta poesía popular no es desgraciadamente el diamante en bruto, susceptible de ser pulido para adquirir tersas y radiantes facetas, como lo fué, por ejemplo, la poesía popular argentina, madre de la filigrana de Estanislao del Campo, que hizo decir a un literato: «El genio del Norte ha permitido al payador argentino pasear a la rubia Margarita por la pampa inconmensurable y detenerse un instante a la orilla del gran río

a ver sus olas quebrarse
como al fin viene a estrellarse
el hombre con su destino.»

Tosca en sumo grado, la musa popular paraguaya, que tomó su ritmo de los redobles de tambor y de los disparos de fusiles y cañones en los sangrientos combates del lustro terrible, se compone de cantos bilingües que se entonan con voz gangosa y acompañamiento de arpas y rabeles de fabricación indígena.

Cuando con el régimen constitucional se iniciaron las luchas políticas en 1870, aquellos cantos patrióticos cayeron en una lamentable confusión y desde entonces andan mezclados en ellos los héroes de la gran epopeya del 65, con los cabecillas de las guerras civiles; los colores de la patria con las divisas partida-

rias ; las proezas heroicas y las hazañas caudillescas. La lujuria del pueblo confunde también sus procacidades con la ternura de la mujer paraguaya de la edad épica que tejiendo ñandutíes o pisando maíz piensa en el hijo o en el esposo ausente.

Muerto Talavera, con él se apagaron las primeras luces que alumbraron el Helicón paraguayo, cuando todo se apagó en el país, hasta la llama de los hogares. Y pasaron muchos años sin que volviera a sonar la lira. El esfuerzo por la reconstrucción de la nacionalidad no dejó margen alguno donde detenerse a quemar el incienso de la poesía ante el altar de las glorias y de las tristezas patrias.

Los primeros cantos que, más tarde entonan los poetas, se inspiran en un profundo amor a la patria que surgía de sus propias cenizas, desangrada y débil, pero gloriosa. Enrique Parodi y Venancio V. López son los primeros que hacen vibrar la lira y en pos de ellos pasan deshojando las flores de su inspiración Delfín Chamorro y Liberato Rojas, Fulgencio R. Moreno y Alejandro Guanes, O'Leary y Pane, Bareiro y Jiménez Espinosa, Marrero Marengo y Velázquez, Pérez Martínez y Freire Esteves...

Otros se hacen oír sólo de cuando en cuando, escudándose en la falta de ambiente para producir y en las solicitaciones que otras tareas hacen de sus actividades en la lucha por la vida. Entre los de este grupo destácase Alejan-

dro Guanes, el más inspirado de los poetas nacionales, el poeta nacional por excelencia, el que más intensa y armoniosamente hizo sonar las cuerdas de la lira...

Las composiciones de nuestros poetas son como el amanecer de un día: no brilla en todas ellas el resplandor magnífico de la inspiración como en aquél apenas se presiente la claridad del sol ; pero una estrofa aquí y un acento allá, anuncian inequívocamente el pronto advenimiento de una musa robusta y gallarda. Lo esperamos, ansiosos de que el Paraguay tenga su puesto en las antologías americanas (1).

---

(1) José Rodríguez Alcalá: *Antología Paraguaya* (Asunción, 1910. Agotada.)

Cuatro palabras de Historia Paraguaya

Para que el lector comprenda por qué tantos poetas paraguayos han escrito sobre temas históricos, es preciso saber algo de la historia de aquel desventurado país. Con este motivo vamos a incorporar en esta antología el parecer del insigne hombre de letras venezolano don Rufino Blanco Fombona, que hemos sacado del prólogo a la *Antología de Poetas Modernistas Americanos de C. Santos González*:

Era en 1863. Brasil y Argentina que han visto siempre de reojo la independencia de Uruguay, favorecían, cada una de su lado, la insurrección y la anarquía en aquella república. Argentina, gobernada entonces por Mitre, mediocridad engreída, que sintió siempre un aborrecimiento incomprensible hacia todas las naciones de la América del Sur, creyendo así tal

vez probar afecto a su patria, como si la grandeza argentina fuere incompatible con la felicidad de la América latina, favoreció la rebelión del uruguayo Venancio Flores contra el gobierno legal de Montevideo. Mitre no sólo permitió que se formase la expedición de Flores en tierra argentina, sino que prestó a la insurrección repetidos socorros en armas y municiones que salían de los parques nacionales de la gran república platense. Entretanto el Brasil, advirtiendo revuelto el Uruguay, formula urgentes reclamaciones diplomáticas contra el gobierno de aquella nación, cuyos recursos consumía la guerra que Flores y Mitre acababan de encender. El Paraguay, Estado pequeño como Uruguay, hermano mellizo de éste, y cuya suerte era una con la del país gemelo, según comprendió la diplomacia paraguaya, ofrece su mediación en aquel conflicto que amenaza terminar con la partija de la patria de Artigas, entre Argentina y Brasil. Estos dos últimos Estados rechazan la mediación. El Brasil invade a la república uruguaya y el 12 de Noviembre de 1864 quedan rotas las relaciones diplomáticas entre Paraguay y el Brasil. Era la guerra. Gobernaba a la sazón en el Paraguay un repúblico eminente, el mariscal Francisco Solano López, hombre de acción, hombre de pensamiento, héroe de temple boliviano, uno de los personajes más conspicuos que hasta ahora ha producido la América del Sur.

El caballeresco y previsor Solano López entra en acción y toma la ofensiva. Sus fuerzas derrotan al cañonero brasilero *Tacuari*, apresan al *Marqués de Olinda*, expedicionan en número de 7.000 soldados contra el gigante imperio, cuyas tropas derrotan, cuyo fuerte de Coimbra asaltan y toman, cuya provincia de Matto Grosso conquistan ; el gobernador de Matto Grosso gime preso en la Asunción, capital del Paraguay ; fuertes, pertrechos, buques brasileros y una provincia del imperio están en manos del ejército paraguayo.

Entretanto Flores, impuesto por Brasil y la Argentina como presidente del Uruguay, se alía con éstos contra su natural hermano y defensor, el Estado paraguayo. Otra alianza contra natura se había preparado ya, secretamente: la del Brasil y la Argentina, países de intereses opuestos, máxime en aquel momento ; pero la astuta diplomacia brasilera, de tradiciones tan brillantes, triunfó, lisonjeando la vanidad de Mitre, que se creía un émulo de Napoleón, y ofreció a aquél el mando en jefe del ejército de la Triple Alianza. Según el tratado entre Argentina y Brasil, que se conservó oculto durante mucho tiempo, el propósito de los aliados era mutilar al Paraguay y repartir sus despojos. Cuando el gobierno inglés, andando el tiempo, publicó ese tratado, toda la América del Sur —Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Bolivia— protestó contra la inten-

tada polonización del Paraguay y contra la siniestra política del Brasil y de la Argentina.

Pero Solano López ignora la actitud de Mitre ; no sospecha que se pliegue a la diplomacia brasilera, de intereses contrapuestos a los intereses argentinos, ni que Mitre, por echarla de Bismarck y de Napoleón entre los gauchos, se allane a sacar las castañas del fuego, en beneficio del emperador lusitano, y arrastre a su país a una guerra sangrienta, ruinosa, antipolítica, antiamericana, impopular, de donde no sacará, aparte el odio de una república vecina, ni un solo gajo de laurel, ni una sola moneda de oro, ni una sola pulgada de tierra. Solano López, hombre de Estado, no alcanzaba la ceguera de Mitre. Así, el presidente del Paraguay se dirige al presidente de la Argentina, en tono de amistad, suplicándole un favor internacional, el 14 de Enero de 1865. El presidente argentino responde en 9 de Febrero al presidente paraguayo, no sólo negándose a la petición, sino en tono conminatorio y de ruptura, pidiendo explicaciones por la aglomeración de fuerzas cerca de la frontera, como si el Paraguay estuviera pronto a violarlas, como si no sostuviese en aquella sazón una guerra internacional. Era un pretexto para romper. Así lo comprendió Solano López. El altivo y heroico paraguayo no se amilana ante aquella coalición de potencias, tantas veces superiores en riqueza, en población, en extensión y en recur-

sos de toda suerte a la república de que es presidente y caudillo. Solano López acepta el guante que se le arroja en aquella angustiosa situación. El Congreso, convocado por extraordinario, aplaude la conducta política y militar del presidente y declara la guerra a la Argentina, por sus hostilidades y su alianza con el Brasil.

Solano López comunicó caballerescamente la resolución del Congreso paraguayo al gobierno argentino, el 29 de marzo (1865). Poco más tarde, el 13 de Abril, la flotilla paraguaya avista barcos argentinos en la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay. La flotilla los ataca y el *25 de Mayo* y el *Gualeguay*, vencidos, quedan en poder de los valientes paraguayos. Al día siguiente, el 14 de Abril, 3.000 paraguayos ocupan el puerto de Corrientes ; dominada ya toda la provincia, establecen en ella un gobierno. Nada resiste al heroísmo paraguayo. Han derrotado a los brasileros al norte y a los argentinos al sur. Los barcos de estas naciones, capturados, navegan en aguas del Paraguay. Los soldados de la república se arman en los parques enemigos. Una inmensa provincia del Brasil, Matto Grosso, y una hermosa provincia de Argentina, Corrientes, cualquiera de las dos tan grande como todo el Paraguay, estaban en manos de los vencedores. Entonces Mitre, desde Buenos Aires, lanzó una proclama de guerra, famosa en los fastos del ri-

dículo. «En 24 horas, decía, al cuartel, en 15 días a Corrientes, en 3 meses a la Asunción.» Jamás hombre de Estado fué más ciego al emprender una guerra; jamás fanfarronada fué tan miserablemente sostenida. La guerra duró seis años. Mitre, derrotado en todas partes, no ganó una sola batalla, ni una sola. Nunca pisó la Asunción.

Al Paraguay lo vencieron sus propios triunfos. En cada batalla, aunque obtuviera la victoria, morían miles y miles de patriotas, imposibles de sustituir. País de apenas 1.300.000 habitantes luchaba contra tres naciones, dos de ellas las más grandes y pobladas de la América del Sur, y una sola de las cuales, el Brasil, imperio tan enorme y opulento como el imperio de Darío.

Pronto tuvo el mariscal Solano López que reconcentrar su tripartido ejército en territorio de la patria y abandonar, por carencia de tropas, la guerra ofensiva. En el *Paso de la patria* y en el *Estero bellaco* esperó López a los aliados invasores. Estos alcanzaban el número de 50.000 con fusiles de repetición, 150 piezas de artillería y una escuadra formidable. Los paraguayos eran apenas 25.000 hombres, armados con fusiles de chispa. El 24 de Mayo (1866) se libró una batalla entre Solano López y los aliados; 8.000 de éstos quedaron en el campo. Los paraguayos murieron en número de 6.000. Los aliados permanecieron

en inacción por cinco meses. Eran los del Uruguay, de entre la triple alianza, los más guerreros, los que pagaban el gasto en sangre, los que morían en mayor número. Uruguayos solos habían combatido y muerto, en lucha contra los paraguayos, en el combate del Jatay; ellos formaban la vanguardia en el *Estero bellaco;* ellos, sacrificio absurdo, caerán en crecido número en otros campos de aquella cruenta guerra.

Después del *Estero bellaco* los aliados repararon sus pérdidas; el Paraguay no tenía cómo repararlas. Todo el país estaba en armas. Viendo que no salía a buscársele, a pesar de su inferioridad numérica y de armas, Solano López salió a buscar al enemigo. Se encontró con Mitre, al frente de los argentinos, en Yataiti-Corá, el 11 de Julio, y lo derrotó causándole 500 muertos. El 18 atacaron los aliados al ejército paraguayo. Mitre perdió también aquella batalla, a pesar de una superioridad numérica aplastante: 4.000 muertos tuvieron los aliados. El 3 de Septiembre 14.000 brasileros tomaron las trincheras de Curuzú, defendidas por 2.000 paraguayos; pero las tomaron después de haber muerto o quedar moribundos todos los defensores, no por obra de los 14.000 brasileros sino bombardeados por la escuadra del Imperio.

Entonces tuvo lugar una de las escenas más patéticas de la historia americana. Solano Ló-

pez. el vencedor, el héroe, el patriota, el pensador, el hombre de Estado, el hombre brillante por la inteligencia, férreo por la voluntad, advirtiendo que su país se desangraba y perecía en una lucha imposible contra adversarios cien veces más numerosos y constantemente reforzados por nuevos contingentes, se allanó a proponer una conferencia a Mitre. Los dos presidentes confirieron en Yataiti-Corá el 12 de Septiembre. Solano López expuso razones de política y de interés para que la Argentina se separara de la lucha. Mitre se mostró sordo a todo avenimiento. En vano Solano López agotó los recursos de su talento ; en vano le hizo comprender que estaba sirviendo los intereses del Brasil, enemigo tradicional de la Argentina, contra un pueblo hermano por la raza, hermano por la geografía, hermano por la lengua, hermano por las instituciones políticas ; en vano le tocó la nota sentimental y caballeresca ; en vano: Mitre se mostró inaccesible ; no cedió un punto. No olvidaba que en aquellos mismos campos de Yataiti-Corá le había infligido el hombre que tenía por delante, una lección militar y una derrota.

Siempre será un momento de trágico recuerdo para la historia aquél de la entrevista entre el hombre fuerte por el ánimo y el brazo, pero adolorido y suplicante por la desgracia de su patria, a la que estaba viendo perecer, poco a poco, en cada hecatombe, y el hombre vani-

doso y mediocre a quien la casualidad ponía un poder inmenso en las manos. Este hombre no sólo empleaba tal potencia contra los débiles, en satisfacción de personales sentimientos pueriles, y de encubiertas ambiciones de cesarismo, sino se mostraba inflexible y microscópico, lleno de rencores, incapaz de magnanimidad, incapaz de superior vislumbre política, terco en sus errores, sordo a la justicia, a la razón, al interés y al sentimiento, juguete de su propia vanidad y de la diplomacia extranjera, en frente del varón magnífico en quien se personificaban las virtudes y los infortunios de un noble pueblo.

El destino iba a infligirle bien pronto a Mitre una lección tremenda. Diez días después de la entrevista, el 22 de Septiembre, Mitre, a la cabeza de 22.000 aliados, atacó las posiciones de Curupaití, al mismo tiempo que toda la escuadra enemiga las bombardeaba. Los paraguayos eran sólo 5.000. El triunfo de estos 5.000 héroes sobre el ejército y la escuadra enemigos es una de las más bellas páginas de aquella brillante guerra, donde se encuentran enseñanzas para el patriotismo y advenimientos para la soberbia de los hombres y de los pueblos. Sólo 9.000 aliados quedaron, entre muertos, heridos y prisioneros. Los prisioneros de Solano López eran en mayor número que sus propios soldados. Aquella derrota, verdaderamente ignominiosa, en la que sólo perdieron 54

hombres los paraguayos, echó la rúbrica a la incapacidad de Mitre. Los generales brasileros se negaban a cooperar con un pseudogeneral tan jactancioso que no había obtenido durante toda la campaña una sola victoria, y que parecía no conocer sino los caminos del desastre. Las ventajas militares adquiridas no se obtuvieron nunca, en efecto, bajo sus órdenes. Hasta los soldados rehusaban obedecer. Así, aquel presidente de república, aquel general de aliados, aquel favorito de la derrota, aquel soberbio incapaz, perdida toda autoridad moral en el ejército, vencido por los paraguayos y por el ridículo, tuvo que retirarse del campamento y regresar a Buenos Aires. Buenos Aires, que había ido a la guerra contra su voluntad, y a la que costaba ya tanto dinero y tanta sangre la guerra del Paraguay, recibió, gélida y hostil, a aquel fanfarrón sin lauros, a aquel practicón de intrigas, a aquel vanidoso nulo que estaba rompiendo las tradiciones militares, tan gloriosas, de la Argentina de San Martín, y las tradiciones de solidaridad fraternal americana en la patria de Pueyrredón y de los expedicionarios de 1817.

El ejército aliado quedó en el más absoluto desorden y la anarquía era la consecuencia de la derrota. La derrota de los aliados era tan decisiva, el desorden tan absoluto, la incapacidad del general en jefe tan patente y el pavor que inspiraban los paraguayos tan paralizante

que, a pesar de los inmensos recursos pecuniarios de Brasil y de Argentina, a pesar del contingente renovado de bravísimos charrúas, de argentinos y brasileros, Mitre no se creyó en condiciones de recomenzar la guerra hasta mucho más tarde.

Los brasileros que habían invadido al Paraguay por Matto Grosso, se vieron obligados a repasar la frontera, en mínimo número, después de haber sido derrotados en Apami, Machorra, Moboteteo y Potrero de Nivae. Entretanto el cólera morbo se enseñoreaba del Paraguay y producía la desolación en campamentos y poblaciones. El abandono de las tareas de campo, por estar los hombres de todas las edades, y aun gran parte de las mujeres, ocupados en defender la patria, las àrmas en la mano, y la incomunicación con el exterior, por encontrarse enclavada entre naciones enemigas la república, produjeron primero la escasez y luego el hambre. El Paraguay, presa de los mayores males humanos: la guerra, la peste, el hambre, parecía deber inclinarse al Hado adverso. Sin embargo, jamás bajó la cabeza, ni dejó escapar suspiros, ni demandó clemencia a Dios ni a los hombres aquel épico país. Carente de tropas, porque casi todas habían perecido ; sin más elementos de guerra sino los que arrebataba al enemigo ; muriéndose de hambre, como que las sementeras yacían incultas ni podía entrar en el país, cercado por tres naciones enemigas, gra-

no de sal ; desnudo, inerme, pobre; en lucha de uno contra ciento, víctima del cólera, se revolvía en su infortunio, se inflamaba en su patriotismo, y resplandeciente de coraje y de altivez, luchaba y vencía.

A promedios de 1867 se presentó de nuevo Mitre en el campamento. Para apuntalar su vacilante y carcomida autoridad traía inmensos recursos. Los tres países aliados, a quienes la prolongación de la guerra estaba afectando en todo sentido, hicieron, para ver de concluirla, un esfuerzo inmenso en dinero, en buques, en contingentes militares. A promedios de 1867 contaba la Triple Alianza 50.000 hombres, artillería abundante y una escuadra poderosa. Durante seis meses hubo encuentros sangrientos, aunque no decisivos ; pero el 3 de Noviembre obtuvieron los paraguayos uno de sus más famosos triunfos. Todo el ejército aliado fué acometido por el paraguayo en Tuyucué. La batalla fué tremenda y decisiva, aunque los paraguayos, menos de la sexta parte que el enemigo, contaban sólo 8.000 hombres. Las tropas aliadas de Mitre quedaron en derrota. El campamento fué incendiado. Artillería, municiones de boca y de guerra, mulas, tiendas, carros, todo cayó en poder del paraguayo. Mitre, perdió hasta su correspondencia. Aquella carrera y aquella derrota son inexcusables e indefensibles, pues de su inmenso ejército, atacado por

sólo una legión de héroes, había tenido apenas Mitre 2.000 bajas.

Ya le fué imposible a Mitre, de todo punto imposible seguir al frente de aquel ejército. Nada podía sostener su autoridad. En Enero de 1868 se embarcó para Buenos Aires. Los generales brasileros, marqués de Caxias, primero, y luego el conde de Eu quedaron al frente del ejército aliado. Las operaciones tomaron vigor, fueron dirigidas con espíritu militar, impulsadas con actividad, realizadas con energía, y el Paraguay fué exterminado sin rendirse. Ya no le quedaban ejércitos. Las mujeres manejaban los fusiles que caían de las manos viriles, heladas por la muerte. A los soldados habían sucedido los ciudadanos de edad media; a éstos los ancianos; a los ancianos los niños; a los niños las mujeres. Cuando Solano López cayó luchando contra todo el ejército aliado, sólo constaba su ejército, el ejército paraguayo, de 470 hombres. Nada podría dar idea de esta guerra como las cifras. La población del Paraguay antes de iniciarse la lucha calculábase en 1.300.000 habitantes; cinco años más tarde, cuando alboreó la paz, la población había quedado reducida a 350.000, la mayor parte mujeres. Ni en los tiempos antiguos, ni en los tiempos modernos la historia registra nada semejante.

Los héroes paraguayos dieron, durante cinco años, cada día, a cada hora, motivo a la le-

yenda. El romance es el único digno de referir sus proezas. La gesta magna de América escucha esos latidos del bravo corazón paraguayo como la más sublime de las músicas heroicas.

¿Y no habrá inspirado esa epopeya a algún poeta del país páginas que correspondan a la magnitud del asunto? Cualquiera de las hazañas cotidianas de aquella brega es digna del canto, ya que no se quiera o no se tenga aliento para la epopeya íntegra. Así, pongo por caso, la toma por los paraguayos del fuerte de Tuyutí; la defensa que hicieron de un reducto en Potrero Obella 300 paraguayos contra 5.000 brasileros; los varios asaltos de canoas con tripulantes armados de sables contra buques de guerra acorazados del Brasil; la defensa de Humaitá, por un puñado de patriotas, contra el ejército aliado; las hazañas innumerables y famosas del general Caballero; aquellos héroes obscuros o notorios que preferían la muerte a rendirse, como los 470 que hicieron frente por última vez a todo el ejército coaligado, y a quienes los generales del Brasil —echando sobre sí una mancha indeleble— asesinaron en gran número desde Solano López, el hijo de Solano, el vicepresidente, el ministro de guerra, hasta la serie de mártires heroicos, e innominados, que obscurecen a Cambronne, y que prefirieron morir a declararse sometidos.

¿No demandan estas proezas y estos héroes

el tributo que les deben la musa de la historia y del canto? ¿La musa de la historia, como paradigma y enseñanza de las generaciones; la musa del canto, como premio del heroísmo paraguayo, como regalo para corazones viriles, y como estímulo a pueblos que en lo porvenir luchen por su independencia?

El mismo personaje en quien se personificó el heroísmo del Paraguay —tan desfigurado por escritores brasileros y argentinos—, Solano López, ¿no es figura singular y magnífica, merecedora de ser esculpida en bronce y cantada por los más grandes poetas de la América? Cada hora de su vida, durante aquella lucha, ¿no es página de un romance?

Puede afirmarse, sin olvidar a los héroes peruanos y chilenos, en la guerra del Pacífico; ni a los mejicanos que lucharon contra yanquis y luego contra franceses, que sólo dos americanos han poseído hasta hoy, después de la independencia, rasgos precisos, acentuados, de la compleja y máxima figura de Bolívar; éstos dos se llaman: José Martí y el mariscal Solano López. Martí poseía del Libertador la elocuencia, el fervor de proselitismo, la tendencia al sacrificio, el apostolado, el amor de la América entera y una chispa de su genio; Solano López la energía constante, indeclinable, fabulosa, superhumana, el patriotismo intransigente, la incapacidad sublime para declararse vencido, el prestigio para arrastrar las multitudes, el don

del mando, el yo imperativo, el heroísmo, la fe en sí y en su pueblo.

Solano López, en defensa de su país, se volvió un demonio, como Bolívar de 1813 a 1819.

Sus generales debían, al pie de la letra, vencer o morir. El coronel Estigarribia, enviado al frente de 12.000 paraguayos, a conquistar la provincia brasilera de Río Grande, se mira cercado, cuando sólo cuenta 8.000 hombres, y se rinde por fin al hambre y a 30.000 soldados brasileros ; Solano López lo declara traidor. El general Robles se deja vencer en Corrientes, en condiciones desventajosas para él ; Solano López lo fusila. Más tarde, constreñido a la última extremidad, sin ejércitos, sin parque, ni municiones, muerto de hambre, le hablan de pactar con el enemigo, su hermano carnal, su cuñado, el coronel Alén, el obispo Palacios ; Solano López fusila al obispo, al coronel, al cuñado y al hermano.

Aquel país heroico era digno de aquel hombre de hierro ; aquel capitán vestido de honor y de fiereza era digno del pueblo homérico que prefirió constantemente morirse a someterse.



Talavera (Natalicio)

NACIÓ EN 1837; MURIÓ (?)

«Entre los soldados de Solano López había un joven, casi un niño, de alma ardiente y corazón generoso, poseído del fanatismo de la patria, que se presentaba voluntario en todas las circunstancias peligrosas.

»Se llamaba Natalicio Talavera.

»Bajo las terribles impresiones de la lucha, entre el estruendo de los cañones, y quejidos de los moribundos, hacía versos y peleaba.

»Apolo a caballo, manejaba tan bien la lira como la espada.

»Toscos eran sus versos, pero ardientes, animados por el entusiasmo de la patria, encendidos por la chispa de la fe en la victoria de la causa de su amor, el Tirteo del Paraguay, daba ejemplo en el peligro, y ansiaba caer en primera fila, como un héroe. Escribía versos a la luz del fogón; o teniendo el caballo de la brida, en las avanzadas, veía pasar la muerte a su lado y en vez de enmudecer de espanto, cantaba, porque los poetas son como los pájaros, que todo ruido los hace cantar.

»Acaso exclamaba, como Koerner, el bardo guerrero de Alemania, que cayó herido de muerte en la llanura de Leipzig: «¡Poesía, Poesía, dame la muerte a la claridad del Sol!»

»Pero Dios quiso que el profeta de la libertad y venganza no sobreviviese a la muerte de la patria; que Natalicio Talavera no pudiese terminar la última estrofa del himno del Porvenir.

»Sucumbió en un encuentro glorioso, y entre los papeles que se encontraron en su cartera, se halló la siguiente canción guerrera, que, como una reparación póstuma, parece que ha sido publicada oficialmente y que se entona en el ejército del Paraguay.»

(OLEGARIO ANDRADE)

HIMNO PATRIO

¡Paraguayos, corred a la gloria,
coronad nuestra patria de honor
inscribiendo brillante en la historia
nuevos timbres de noble valor!

El feroz y cobarde enemigo
que cien veces tembló a nuestra vista,
viene audaz a buscar la conquista
de la tierra que el cielo nos dió;
ya sus pasos resuenan confusos,
ya se escucha salvaje alarido:
¡Paraguayos, el suelo querido,
el infame invasor profanó!

Del vivac donde cuenta sus glorias
esforzado y valiente guerrero,
y do aguza constante el acero
contra el vil y perverso invasor,
¿no observáis el tumulto insolente?
¿No miráis ya sus tiendas plantadas?
¡Extinguid sus inmundas mesnadas
de las armas al rudo fragor!

Al tañido marcial del clarín
y al clamor de la guerra horrorosa,
se levanta gigante y hermosa
la bandera de FUERZA Y UNION;
dulce emblema de gloria y poder,

que dió patria y honor a esta tierra;
en la lucha, en la lid, en la guerra,
invencible te ostentas, León.

Este suelo inocente y hermoso
que al gran río le debe su nombre,
es la tierra gloriosa en que el hombre
con su sangre le dió libertad;
aquí alzó la justicia su trono
levantando su espada iracunda:
aquí el siervo la infame coyunda,
en coronas trocó de igualdad.

De la patria los templos y altares,
si es forzoso con sangre reguemos;
y en sus aras de hinojos juremos:
¡Morir, antes que esclavos vivir!
Desplegada en los aires se mira
de los libres la hermosa bandera,
sus colores mostrando altanera
del rubí, del diamante y zafir.

Parodi (Enrique D.)

En orden cronológico uno de los primeros del país que pulsaron la lira. Como en el caso de muchos de los demás poetas de su tiempo, las infinitas tristezas de su patria destrozada por la guerra le arrancaron gritos inspirados. «Patria» es una de sus poesías más conocidas.

PATRIA

¡Patria, nombre querido que en mis labios
vibras con la expresión de una plegaria,
y enciendes en mi pecho el entusiasmo,
y conmueves de amor toda mi alma!

¡Patria, jardín ameno, do he pasado
las placenteras horas de la infancia;
donde aprendí el lenguaje que el patriota
articula en las horas de desgracia!

¡Patria, diosa querida de mi culto,
compendio de mi amor y mi esperanza;
cuna del patriotismo y la hidalguía,
Polonia de la tierra americana!

Yo, el más humilde de tus hijos todos,
la mente ante tu altar iluminada,
vengo como un creyente, y orgulloso
depongo estas mis flores a tus plantas.

Bien quisiera arrancar de tus vergeles,
flores las más hermosas y preciadas,
y dignas de tu frente y de tu gloria,
tejerte inmarcesible una guirnalda.

¡Oh, quién pudiera en cadenciosa estrofa
copiar toda la luz de tus mañanas!
¡Reflejar de tu cielo la tersura,
o imitar el rumor de tus cascadas!

¡Escalar esa cumbre inaccesible
de tus bellas, graníticas montañas;
y casi junto al cielo, henchido el pecho,
envolverte, de un golpe, en la mirada!

¡Reflejar todo el fuego que tus hijas
llevan como un volcán, dentro del alma,
de tus hijas que un día renovaron
la gloria de las madres espartanas!

De esa mujer que dentro el pecho encierra
un corazón que la bondad proclama;
y que en los días que la patria gime,
sabe morir como el deber lo manda.

De esa mujer que el maternal cariño
ahoga dentro el pecho resignada;
para decir, como Cornelia al hijo
al partir para el campo de batalla:

«¡Adiós, hijo querido! ¡A los combates
marcha, pues que la patria lo reclama;
mas no vuelvas a mí si es que tu frente
ha quedado en la lucha mancillada!»

De esa mujer cuyo modelo austero,
en Juana de Arco nos exhibe Francia,
de las que tienes tantas, como astros
atesora la bóveda estrellada.

¡Patria, visión constante de mi mente!
¡Rayo de luz que vivifica mi alma!

¡Quisiera ser gigante, y en mis brazos,
tenerte para siempre aprisionada!

¡Aun me parece que indolente duermo
de tus boscajes bajo la ancha rama,
y que mi sueño de inocencia velan
las armonías que en sus senos vagan!

¡Aun me parece que en tus selvas oigo
el dulce canto de tus aves varias;
y que la brisa que en tus vegas corre
llega de aromas, hasta mí cargada!

¡Ah, cómo viven en mi mente fijas
las impresiones de risueña infancia;
gratos recuerdos que refrescan puros
las tristes horas de fatal nostalgia!

¡Todo se agolpa a mi memoria, todo:
besos de brisas, músicas de alas,
la luz de tus auroras, tus vergeles,
desencantos, amor, risas y lágrimas!

¡Cuántos recuerdos a mi mente afluyen!
La sangre por mis venas inflamada,
te presenta a mi vista como otrora
de América, matrona soberana.

¡Mas es todo ilusión; de tus grandezas
sólo queda la lava amontonada!
¡La tempestad que te envolvió, furiosa,
deshecho el mástil te dejó en la playa!

¡Y allí, en la soledad de la hecatombe,
los brazos sobre el pecho, abandonada,
esperas como Lázaro el mensaje,
la voz potente que te diga: *¡marcha!*

¡Y esa voz sonará! Hay en tus venas
savia de libertad que te agiganta,
y en tus proscriptos hijos amor patrio,
y en América, patrias de ti hermanas!

¡Yérguete, Patria mía! Alza los ojos,
que en el oriente nueva luz irradia;
y extendidos los brazos, te saludan
los pueblos de la tierra americana.

Y ahora, tierra argentina, escucha un voto,
voto sincero que te envía el alma:
Quisiera que tu azul, noble bandera,
jamás se separase de esa hermana.

Y que en las nobles luchas de la idea,
o entre el ronco fragor de las batallas
sus franjas confundidas, simbolicen
la fraternal Unión americana.

EL MEDALLON

El último recuerdo que guardaba
de nuestro amor, ayer se me perdió:
un negro medallón era, ¿recuerdas?,
en forma de un pequeño corazón.

Al dármelo, dijiste, conmovida
e inundada tu faz por el rubor:
«Conserva este recuerdo que es la imagen
de mi constante y noble corazón.»

¿Quién hubiera creído que aquel día
decías la verdad sin intención?
Pues es tu corazón, negro y pequeño,
copia fiel del perdido medallón.

Decoud (Juan José)

No figura Decoud como poeta de primer orden, pero en unas pocas composiciones, como en la siguiente, acertó a evocar los horrores de la trágica guerra contra la Triple Alianza. Dice de la siguiente composición un crítico paraguayo: «¡Por boca de la virgen que llora su abandono en los versos de Decoud, gimen todos los hogares paraguayos —todos, sin una excepción— sumidos en el dolor de la viudez, de la orfandad, del más espantoso desamparo!»

LAMENTO

Un triste gemido
el alma escuchó,
de pálida virgen
que angustias cantó:
su voz quejumbrosa
vibrando doliente
al bosque cercano
llevóle fugaz.

La selva profunda
en calma dormía:
las flores doblaban
su tallo gentil.
Silencio en la noche,
silencio en las almas:
las penas del mundo
tan sólo se oían.

Al ver de la patria
la suerte nefanda,
¿qué lágrimas tiernas
no deben correr?
¿Y qué paraguayo
al verla morir,
las penas y glorias
no quiere escuchar?

Leyenda doliente
de inmenso pesar,
historia siniestra
la virgen cantó;
y el eco vibrante
del aura sonora,
en torno a la patria
llevó su gemir.

«¡Qué noche profunda
envuelve mi vida!
Mi estrella extinguida,
desierto el hogar;
sin padres ni hermanos
que puedan amantes,
sonreír como antes
mi dicha al mirar.

»Mil fieros humanos
los campos talaron,
y nada dejaron
con furia feroz.
La Patria al verdugo
maldijo expirante,
y el hado inconstante
su suerte cambió.

»También los hermanos...,
también los amigos
—¡oh, dulces testigos
de un tiempo feliz—,
cayeron, cayeron
en rudas batallas;

jamás hubo vallas
a un alma viril.

»Aquél que amoroso
rindiera mi pecho,
luchando deshecho
en Lomas (1) cayó;
mi padre en las *sierras*
murió fusilado,
mi madre a su lado
también expiró.

»El mundo desierto
hoy veo en llanto;
¿a quien este canto
el alma herirá?
Yo nada ya quiero,
ni nada poseo,
mi solo deseo
no es más que llorar.

»Mirar de mi patria
las ruinas queridas,
las almas perdidas
llorar sin cesar.
¡Oh, triste destino,
que el hado inclemente
al sér inocente
quisiéralo dar!»

La virgen calló,
y en dulce acento,
su voz un momento
gimiendo quedó;
y alzando los ojos
al cielo llorosa,
bendijo amorosa
al Dios del amor.

---

(1) La batalla de Lomas Valentinas.

López (Dr. Venancio V.)

«El cruento martirio de su raza fué la musa que inspiró a Venancio V. López cuando, muy joven aún y con el recuerdo de los días de su infancia pasados entre el constante batallar de los ejércitos, asistió a la indescriptible desolación de su país, donde la guerra no dejó un hogar sin enlutar. La única poesía de las suyas que conocemos, refleja sentimientos hoy ya desaparecidos felizmente, pero que en aquel tiempo se explicaban por el encono de las heridas abiertas por la gigantesca lucha. El odio a los enemigos del 65, que destilan las estrofas de López, estaba en el ambiente de aquella patria de los primeros años de la resurrección, que cantó el poeta, y en la que, por doquiera, se encontraban aún, frescas y chorreando lágrimas y sangre, las huellas de la triple invasión. Cicatrizadas ya las heridas, ese odio no existe ahora; y si el autor de los lapidarios versos que van a seguida, volviese a cantar, evocando la guerra, lo haría con la misma admiración para los héroes, sí, pero invocando los generosos ideales de confraternidad de la hora presente.

»Catedrático, diputado y ministro, sucesivamente, político militante siempre, el Dr. Venancio V. López es de los que labraron a ratos el campo de la poesía, sin arraigar en él. Encargado de una cátedra en la Universidad de Buenos Aires, vive enteramente olvidado de sus juveniles aficiones poéticas.»

(José Rodríguez Alcalá)

AL PARAGUAY

Levanta, patria mía, tu lívida cabeza,
y mira los escombros de tu poder de ayer;
levántate y contempla la huella de grandeza
que tus sublimes héroes dejaron al caer.

Levántate y contempla la ardiente llamarada
el pabellón que siempre soberbio flameó,
a ver tu poderío mostrando a las naciones,
velando hoy los despojos que el enemigo holló.

Levántate y contempla la ardiente llamarada
de la infernal hoguera de la discordia arder;
levántate y contempla la mano ensangrentada,
y grita al parricida: «—¡Ah, Bruto! ¡Tú también!»

Cuando aherrojada un día entre cadenas de oro
alzabas en silencio tu altivo pedestal,
tus hijos, tus hermanos, hiriendo tu decoro,
vinieron, ¡miserables!, a darte... libertad.

Y fratricidas odios, bastardas ambiciones,
de la sangrienta burla el aguijón mordaz,
rivalidad mezquina, y atroces violaciones,
el duelo, la rüina: ¡tal fué tu libertad!

Chamorro (Delfín)

Chamorro es una de las mentalidades superiores del Paraguay, pero se le conoce más como catedrático de literatura y gramática, que como poeta. Esto es debido, en su mayor parte, a que no ha querido Chamorro editar sus escritos, cuyas hermosas páginas quedan ocultadas en los cajones de su mesa de trabajo. De Chamorro se conocen muy pocas poesías, y la que va aquí insertada es debida a don Manuel Gondra, que la obtuvo del autor y la dió a luz, hace muchos años.

TODO ESTA PERDIDO

Libre cual brisa de la mar un día
las calles recorría
en suelta vaguedad;
y en la mágica red de tu mirada,
cual siempre despiadada,
perdí mi libertad.

Luego, una chispa de sonrisa ardiente
vino a encender mi mente
en llamas de ilusión;
y soñando inocente como un niño,
al ganar tu cariño
perdí mi corazón.

Mas la hoguera también hase apagado,
acaso al soplo helado

de tu cruel desdén;
y hoy la dicha soñada de tu seno,
de mil placeres lleno,
perdida está también.

Sé que la rosa de tus labios pura,
jamás con su hermosura
mis labios tocará,
y hasta la luz de la esperanza mía,
también desde este día
miro perderse ya.

Otro amor en tu pecho inmaculado,
holgándose a tu lado,
su edén encontrará;
yo sólo espero como bien la muerte,
pues para mí, al perderte,
perdido todo está.

Rojas (Liberato)

«Figuró, uno de los más talentosos y entusiastas, en el grupo de los que iniciaron la vida literaria en el Paraguay. Eran éstos unos cuantos jóvenes que deseando sacudir el letargo intelectual en que yacía el país, fundaron un cenáculo y poniendo a contribución las respectivas facultades, se cotizaron para crear la literatura nacional. En los torneos a que se convocaron estos aficionados animosos, Rojas se distinguió por la dulzura sentimental de sus versos, en los que, por otra parte, se evidenciaban singulares aptitudes para la métrica.

»Pero tampoco fué de los que profesaron en el Parnaso: su estro, que tanto pudo brillar, se apagó por completo en la misma vorágine que arrastró a todas las mentalidades de su tiempo. Hace varios lustros que la lira de Liberato Rojas permanece muda, mientras su cinta de agrimensor opera en el campo, su pluma de periodista irradia en la prensa o su verbo resuena en el parlamento.»

(José Rodríguez Alcalá)

A MI MADRE

Guarda la flor en su corola tierna
el perfume que el cielo puso allí...
¡Todo el amor que te profeso, oh, madre,
guarda también mi corazón así!

Sin ese grato, halagador perfume,
¡cuán triste fuera la más bella flor...!
¡Ay, cuán triste también fuera mi vida
sin el perfume de su santo amor!

COLON

Trató de loco y visionario un día
a su genio sublime el viejo mundo,
porque anunciara que otro mundo había,
siguiendo al Occidente, y que el profundo
secreto de los mares escondía.

Cuatro siglos pasaron... Hoy es foco
de admiración eterna su memoria;
todo tributo en su alabanza es poco;
y, por honrar al *loco de la historia*,
¡el mundo ante su altar se vuelve loco!

HOJAS DISPERSAS

Yo creo que un veneno hay escondido
tras el cristal de esos tus ojos bellos:
enfermo llevo el corazón y herido,
desde una vez en que miréme en ellos.

He soñado una noche, prenda mía,
que al favor de un descuido te di un beso,
y que tú, dando pábulo a mi exceso,
reprochaste sonriendo mi osadía.

¡Y aunque sueles decirme con empeño
que es pecado el gustar de la mentira,
mi amante corazón siempre suspira
por la dulce mentira de mi sueño!

Los dulces resplandores de la aurora
despiertan la creación alborozada;
así mi corazón despierta ahora,
al brillo seductor de tu mirada.

Rica fuente de luz tiene escondida
el seno de la aurora refulgente;
¡fecundo manantial de amor y vida,
hay en la luz de tu pupila ardiente!

Pérez (Juan Francisco)

NACIÓ EN 1873

Las atenciones de su familia, privada de todo recurso, le indujeron, en su juventud, a hacerse taquígrafo. En los pocos ratos disponibles se dedicó a seguir los cursos del Derecho. No pudiendo seguir sus estudios con regularidad, se dedicó a organizar el Instituto Paraguayo (desde 1895). Estas atenciones no le dejaron tiempo para sus aficiones, a pesar de lo cual figuró entre los que reunidos en cenáculo, iniciaron hace cinco lustros la vida intelectual en el país.

A LA CULTURA LITERARIA

Patria, deidad querida
que habitas en el templo de mi alma;
oráculo en las dudas de la vida,
y en el combate rudo, ansiada palma,
¡tu nombre sacrosanto
invoco como numen de mi canto!

Idea, ¡eterna IDEA!,
excelsa cual la fuente inagotable
que os vierte sobre el mundo a que se vea
que un *más allá* le espera perdurable;
¡Designio soberano
que acerca lo adivino con lo humano...!

Estrella de la altura,
que serena nos miras desde el cielo

iluminando nuestra frente obscura
cual faro que nos manda su destello
y al humano marino
señalas el sendero y su destino:

¿Qué fuerza te sujeta
a presenciar la pequeñez terrena?
¿Qué quieres allí encima del planeta,
testigo mudo de la humana escena?
¿Qué buscas por ventura
en su remoto abismo de amargura...?

Estrella providente,
tu destino grandioso no te asombre
y canta en el espacio eternamente:
«Con la luz de los cielos «busco al HOMBRE»,
¡y en cada inteligencia,
reflejo una vislumbre de la *Ciencia!*»

Irradiación pristina
de un astro que te alumbra de otra parte,
que pensamiento y corazón inclina
a las regiones del saber y el arte:
¡bajo tu luz acudo
y en nombre del progreso te saludo!

¡No importa que un momento,
se oculten a la mente tus fulgores
en la noche fatal del pensamiento,
y del antro los negros moradores
—airados huracanes—
se agiten en supremos ademanes;

que con horror inmenso,
renovando sus ímpetus de guerra,
desplieguen en su cárcel manto denso
e inviten sin piedad contra la tierra,
espíritus enfermos
de una raza expulsada a los avernos!

En vano la ignorancia,
ese monstruo que azota las naciones

en las horas de aciaga intolerancia,
agolpará sus sombras a montones
en la conciencia humana
para eclipsar la luz que hacia ella emana;

pues cesa prontamente
el furor de las olas y del viento.
¡La saña del abismo es impotente
para escalar y hundir el firmamento!
¡Y pasa la tormenta
tanto más pronto cuanto más aumenta!

¡Las turbas que acompaña,
ya vuelven a encerrarse en las cavernas
abiertas por Plutón en la montaña,
al paso que sus cumbres sempiternas
que al cenit se avecinan,
con majestad de nuevo se iluminan!

¡Y por la azul esfera
las aves se despliegan en bandadas,
y surgen tras las sombras por doquiera
escenas de bellezas no cantadas
a decorar el mundo
que el soplo de la vida hace fecundo!

...Naturaleza hermosa,
tú siempre triunfarás del cataclismo
mientras brille tu luz, estrella airosa,
que al huracán espanta de sí mismo:
¡pues sólo aquello vive,
que la alta bendición de ti recibe...!

Humano Pensamiento,
que en el mundo del alma, inmensurable,
alumbras por supremo mandamiento,
tu misión es eterna, incontrastable,
y así, si te oscureces,
más tarde o más temprano resplandeces.

¡Hoy ya por siempre brillas
y auguras a mi patria idolatrada

preciado porvenir de maravillas,
cual hay en su región privilegiada
ocultas a millares
en música, torrentes y palmares!

Los mansos arroyuelos
que corren tan callados cual tus horas,
e imitan la tersura de los cielos
o auroras de arrebol, encantadoras,
tu nombre, patria, aclaman
y por los mundos que contemplan, claman.

Tus fértiles oteros
encierran mil tesoros bajo arenas,
que esperan cual Mesías los obreros
que rompan de su vida las cadenas,
para surgir lozanos
en forma de productos, de mil granos.

Tus nobles pobladores,
¡heróico Paraguay!, indignos fueran
sin el templo y la fe de sus mayores.
¡Hoy pocos son, e incultos, mas esperan
el Cristo de la Ciencia
que del error redime la conciencia!

¡El genio que a ésta impele
a toda pequeñez la sobrepone;
no importa que una imprenta se empastele (1),
o un templo del saber se desmorone!
¡El ideal, triunfante,
por entre torbellinos va adelante...!

En sueños de ventura
el cuadro del futuro acaso ideo,
y el alma se complace con ternura
mirando entusiasmada el apogeo
que el cielo te depara,
¡que nada lo supera ni equipara!

---

(1) Aludía al empastelamiento de «El Independiente».

Mi voz así enmudece
y de mi anhelo en síntesis exclama:
¡Bendición al progreso que enaltece!
¡Bendición a la patria a quien proclama
su raza legendaria!
¡Y gloria a su CULTURA LITERARIA!

LA ESCALA MUSICAL

Reina la noche. Su silencio ingente
domina en la Creación, penetra al alma;
hora de Paz, a mi pesar no calma
los férvidos ensueños de la mente.

Las sombras me rodean. Cobijado
en su impalpable y cariñoso manto,
me aduermo y el espíritu levanto
a un mundo de bondad, ¡Edén soñado!

Y al par que todo en la Creación desmaya,
con preludios de música divina
un Coro que en las sombras se adivina
el himno eterno de la Vida ensaya.

Es el rumor de un canto de alabanza;
es un eco lejano; es un murmullo;
es algo inimitable; es el arrullo
de todo el Universo que descansa.

Es música sublime que improvisa
el genio de las sombras cuando acalla
la Humanidad su sórdida batalla,
vibrando en el susurro de la brisa.

Brisa fugaz que con tus tenues alas
pobladas de celestes armonías,
sobre mi sien con lenitud resbalas
llevando en pos de ti mis fantasías.

Pulsó tus cuerdas en edad remota
el padre de la música, Tubal:
y dió la lira su primera Nota,
y moduló la ESCALA MUSICAL.

Moreno (Fulgencio R.)

Otro de los muchos paraguayos que empezaron por frecuentar el Parnaso y acabaron por arrinconar la lira y consagrarse a la política. Sus versos, aun cuando no posean mérito extraordinario, son en general buenos y revelan que Moreno era uno de los más ventajosamente dotados para el cultivo de la poesía.

AL CERRO YARIGUAA

Aun creo verte erguido en el desierto,
ceñida de mil ramas tu cintura,
extendiendo tu sombra en la llanura
y ocultando a la luz tu seno yerto.

Aun creo sentir en ese llano abierto
el aura que repite en su amargura
el eco gemidor de tu espesura,
y agita el manto con que estás cubierto.

Solo, olvidado, a la extensión vacía
tu cúspide levantas tristemente;
mas nada importa tu actitud sombría,

escrito está sobre tu altiva frente:
«No siempre gemirás; llegará un día
en que escale el progreso tu pendiente.»

NOTAS

Cuando en la noche, desolado y triste,
en medio de los árboles sombríos,
voy buscando en la sombra del follaje
a mis dolores soledad y olvido,
oigo una nota
como un gemido
que se desprende de las tiernas hojas
y vibra dulcemente a mis oídos.

Si levanto los ojos hacia el cielo
que entre los claros de la fronda miro,
veo en los reflejos que la luna vierte
desde los cielos en mi dulce asilo
el fuego intenso,
puro y divino
que despiden tus ojos al mirarme,
¡y penetra en mi ser estremecido!

Nada importa que todo nos separe,
que se siembre de vallas el camino
como en las noches de esplendente luna
entre la sombra del follaje umbrío;
doquier me impulse
cualquier destino
he de escuchar tu acento dondequiera,
¡te adoraré en mis sueños más queridos!

NEBLINAS

¡Oh, qué triste está la tarde!
La neblina lentamente
como un húmedo sudario
sobre la tierra desciende.

Todo calla: el aire frío
que al pasar roza mi frente,
algo tiene en sus caricias
tan helado que estremece.

¡Qué triste es mirar el cielo
a través del sombrío lente!
Es un fondo impenetrable
que pueblan sombras de muerte.

El dolor que nos abruma,
el tedio que nos envuelve,
no tiene tintes tan fúnebres
como esa extensión inerte.

¡Oh!, si hay peso más enorme
que el que oprime nuestra mente,
cuando en horas de martirio
la conciencia nos remuerde;

es el peso de ese cielo
donde todo se adormece,
como una lápida inmensa
que sobre el mundo se extiende;

donde las nubes inmóviles
en su mutismo solemne
semejan mudos guardianes
del infinito que duerme.

LA MUSA MODERNA

En medio del fragor con que se mueve,
por su senda triunfal, llena de lodo,
el mundo en este siglo diez y nueve,

hay una voz que lo domina todo,
impera en las conciencias, soberana,
y nos habla, cantando, de este modo:

«Nada me importa que la vida humana,
hondo raudal de misteriosa fuente,
arrastre cieno en su corriente vana,

o refleje en su seno transparente,
el ideal celeste que os embarga,
y enciende la razón en vuestra mente.

¡Pobres poetas que lleváis la carga
de vuestro corazón, no veis acaso
que es la poesía una pasión amarga!

¡Que aquél que asciende en alas del Pegaso
con la ilusión falaz de una victoria,
sólo encuentra derrotas a su paso,

obteniendo, por fin, risible gloria:
en obscuro rincón, las secas flores
del laurel ya marchito de la historia!

¡No me inspiran los íntimos dolores,
ni acarician mi mente soñadora
con sus alas de rosa los amores;

ni sé del sentimiento que os devora,
terrible tempestad que el pecho anida,
en que el alma sin luz se agita y llora!

La que anhelo pulsar, cuerda escondida,
no tiene vibración para el poeta,
que ignora el lado bueno de la vida.

El que quiere ascender hasta la meta
de la aérea región de las ficciones,
invisible adalid, con voz de atleta,

es mero cazador de sensaciones,
sólo busca a su espíritu abatido
un nido de mentiras e ilusiones.

Soy el cantor del mundo redimido,
no por el Cristo de la fe cristiana,
sino por el del oro esclarecido.

Nada me importa la conciencia humana,
todo en el mundo se reduce a cero,
sin el filón de que la dicha emana;

moderno gladiador, nuevo guerrero,
en mi pecho de bronce sólo late,
aspiración sin fin por el dinero;

y llevo por insignias de combate,
los avisos en gruesos caracteres
y las anchas banderas de remate.

Mi lira arrulla con amor los seres:
surgen sus notas en raudal sonoro,
cuando la impulsan lúcidos haberes,

para cantar como el antiguo coro,
con los acentos de la musa griega,
las caprichosas odiseas del oro.

Si acaso un loco en el dolor se anega
con sus meditaciones sibilinas,
mi musa en tanto con amor se entrega

a un idilio de espejos y cortinas
en que despierta el alma soñadora
al son de bulliciosas esterlinas.

¡Que si en un tiempo pudo vencedora,
levantar su ideal supremo el arte,
del mundo huye su sombra enervadora,
hoy que Mercurio eleva su estandarte!

SONETO

Todo en la vida de lo ignoto emana,
estérilmente clama la conciencia,
vamos asidos por fatal potencia
al engranaje de la vida humana.

Levanta la razón protesta vana,
y envuelta en los fulgores de la ciencia,
busca en la obscuridad de la existencia,
la misteriosa fuente de que mana.

A veces yo también miro en mí mismo,
entre la sombra que tenaz restringe,
la posible visión del gran abismo;

¡y si una claridad mi razón finge,
sólo descubre en su eternal mutismo
la majestad terrible de la Esfinge!

Guanes (Alejandro)

«Es el poeta. Sus primeros versos, escritos en la adolescencia, hicieron adivinar al bardo destinado a cantar en altas estrofas las epopeyas patrias y los ideales de la humanidad. Educado en el famoso Colegio de San José, de Buenos Aires, sus maestros estimularon sus felices disposiciones, consagrándole en fiestas y certámenes poeta oficial de la casa.

»Como todos los iniciados de su época, después de un corto período de actividad, enfundó la lira y hasta hubo de hacer olvidar su nombre. Así dejó transcurrir no menos de quince años; pero después de tan largo silencio la inspiración reapareció en él más potente que nunca y con serenidad definitiva de quien se siente llamado a su verdadero destino.

»Las producciones de la que bien podríamos llamar segunda época de Guanes, nos revelan al poeta que esperábamos ansiosamente: el que incorporará su nombre a la pléyade de los más altos de América, el que en hondos surcos de inspiración hará florecer en estrofas radiosas las grandezas de su raza y los anhelos del alma universal. Absorbido por el periodismo sobre cuyo yunque elabora amargamente el pan de todos los días, Guanes apenas puede dedicar a producir unos pocos momentos que le restan libres...

»Aun cuando no ha ceñido corona todavía, de Guanes puede decirse que es el poeta laureado del Paraguay. Domínguez le llama sencillamente «el poeta»; Báez le ha colocado en primera fila entre los portaliras nacionales; O'Leary ha dicho que sus *Leyendas* es lo mejor que se ha producido aquí...»

(José Rodríguez Alcalá)

LAS LEYENDAS

En el báratro de sombras, alocado el viento brega,
ya blasfema, ya baladra, ora silba y ora juega
con el tul de la llovizna, con las ramas que deshoja,
con la estola de una cruz;
ya sus ímpetus afloja, ya retorna, ora dibuja
del relámpago a la luz,
un fantástico esqueleto que aterido se arrebuja
del sudario en el capuz.

Caserón de añejos tiempos, el de sólidos sillares,
con enormes hamaqueros en paredes y pilares,
el de arcaicas alacenas esculpidas, ¡qué de amores,
qué de amores vió este hogar!;
el que sabe de dolores y venturas de otros días,
estructura singular,
viejo techo ennegrecido, ¡qué de amores y alegrías
y tristezas vió pasar!

Por los ángulos obscuros de sus cuartos vaga el *pora* (1).
Es quizás un alma en pena que la vida rememora,
vida acaso de grandezas, tal vez mísera existencia,
¡vida de héroe tal vez!
En pesada somnolencia la tertulia se sumerge,
en confusa placidez:
es la hora en que sus formas toma el *pora*, en que emerge
de la triste lobreguez.

Por las épicas leyendas que les cuento adormecidos,
ya mis hijos uno a uno van quedándose dormidos;
las leyendas de portentos, de grandezas admirables
de aquel tiempo que pasó:
con sus labios impalpables como un hálito ligero
dulce el sueño los besó,
como besa a las traviesas golondrinas del alero;
sólo insomne velo yo.

———

(1) En idioma guaraní «fantasma».

Y a mis ojos admirados, cobran forma las escenas;
cobran forma y colorido las venturas y las penas
de la edad de mis abuelos, y oigo besos y suspiros
en las sombras palpitar;
en callados, tenues giros, por los ángulos desiertos
los escucho revolar:
¡son los besos y suspiros que arrullaron a los muertos
de un amor y de un hogar!

Donairosa, blanca dama de peinetas y mantillas,
¡qué bien luce sus fulgores en tus hombros la espumilla!
¿Fuiste dueña de esta casa? ¿Despediste a un caballero,
y le esperas aún quizás:
a un impávido guerrero que al partir besó tu frente,
y que el rostro volvió atrás,
al través, acaso, ansioso, de una lágrima luciente,
por mirarte una vez más?

Y el mancebo, tú que arrastras en la sombra la muleta,
de morrión de tosco cuero y uniforme de bayeta (1),
¿te amputaron esa pierna tras de bélicos horrores
y hoy retornas al hogar,
al que sabe de dolores y venturas de otros días,
estructura singular,
viejo techo ennegrecido que de amores y alegrías
todo un mundo vió pasar?

¡Son los muertos... ! En las sombras alocado el viento brega,
ya blasfema, ya baladra, ora silba y ora juega
con el tul de la llovizna, con las ramas que deshoja,
con la estela de una cruz;
ya sus ímpetus afloja, ya retorna, ora dibuja
del relámpago a la luz,
un fantástico esqueleto que aterido se arrebuja
del sudario en el capuz.

---

(1) Los soldados de los ejércitos del Paraguay vestían este uniforme en los días de la guerra del 65.

¡SALVE, PATRIA!

¡Salve, gentil, encantadora tierra!
¡Salve, Patria querida!
¡Más dulce al corazón y más amada
cuanto más abatida!

¡Por qué agotados he de ver tus senos,
marchitos tus pezones,
fuentes de vida rozagantes, hechas
a amamantar leones!

Sol de trópico enciende tu horizonte
y pinta tus palmares
y viste de crespón multicoloro
tus bosques seculares;

sol de trópico besa fulgurante
tus llanos, tus alcores,
y estallan a su beso tus entrañas
en explosión de flores;

sol de trópico enciende tus vergeles,
y a su lumbre encendida,
no hay simiente en tu seno que no estalle
en explosión de vida;

sol de trópico besa tus vergeles,
y a sus tibios raudales,
son amor los perfumes de las flores
y los besos, panales.

¡Por qué agotados he de ver tus senos,
marchitos tus pezones,
fuentes de vida rozagantes, hechas
a amamantar leones!

¡Por qué he de ver una encendida lágrima
temblar en tus pestañas,
si no hay oculto un cáncer en tu pecho
que muerda tus entrañas!

¡Es que tu tierra primorosa y fértil,
que tu tierra opulenta,
harta está de la sangre de tus hijos
y del sudor sedienta!

¡Ah, si me fuera dado de tu frente
disipar las angustias,
en un beso libar todas las lágrimas
de tus mejillas mustias!

Yo veré convertido en paraíso
tu jardín hoy agreste
y veré recamada de guirnaldas
la fimbria de tu veste.

Yo veré levantarse majestuosa
tu frente hoy abatida,
y tu querido pecho desbordarse
en explosión de vida.

Han de besar mis labios cariñosos
tu planta triunfadora
en la senda florida del progreso;
¡no hay noche sin aurora!

Hoy sólo rompe en mi garganta el grito
¡Salve, Patria querida!
¡Más dulce al corazón y más amada
cuanto más abatida!

EL DOMINGO DE PASCUA

LAS CAMPANAS

El repique suene alegre, ya la obscura niebla opaca
rasga el sol; suene el repique, y se calle la matraca.
Suene alegre la campana,
la armoniosa, la que ufana,
nos recuerda la ventura de la infancia que pasó;
la que alegre resucita nuestras muertas esperanzas,
la campana de recuerdos, la campana de añoranzas,
la campana de Edgar Poe.

No la tétrica de hierro, la que gime, la que llora,
la campana aterradora;
sino las ledas de oro,
cuyo coro
se percibe en lontananza
derramando bajo el cielo
la canción de la esperanza
con su alegre retornelo.

Suene alegre la que canta, la que en nupcias y bautizos,
hace, al vibrar venturosa, que entre plácidos hechizos,
la tristeza a su voz huya.
¡Aleluya!

La sonora campanilla, la pequeña como un dianthus,
la que vibra cuando el cura canta Sanctus, Sanctus, Sanctus,
paz y dicha distribuya.
¡Aleluya!

La que despierta el recuerdo de la albura del roquete,
de los cánticos del coro y el cariño al barrilete,
risa en el aire diluya.
¡Aleluya!

Vibre la que rememora los primeros amoríos,
la primer vez que escuchamos, entre ardientes desvaríos,
el codiciado ¡soy tuya!
¡Aleluya!

Y cante la melodiosa que recuerda el primer beso,
ese cuarteto de labios que en el alma vive preso
y no hay fuerza que destruya.
¡Aleluya!

EL MUSEO

Es el templo de la diosa del Olimpo más augusta;
es el templo de la diosa que nació de la cerviz
del más fuerte de los dioses, que en la diestra archirrobusta
vibra el rayo y que el Empíreo da a sus plantas por tapiz.

Allí Palas Atenea hospedó al arte cristiano,
y en dorados pebeteros arde incienso occidental
que perfuma el aire tibio, aire clásico pagano,
desde los plintos de mármol del Pentélico inmortal.

Y a la par que allí se erigen para el Arte altares faustos,
se alza el ara de la Patria: sus banderas allí están;
y sus fieles, en compactas muchedumbres, holocaustos;
holocaustos de recuerdos a sus pies a ofrendar van.

Allí el iris fulgurante tiende un amplio gentil arco
que matiza los altares. Pontifica allí un varón
—varón digno de la fama de los fastos de Plutarco—
que es exégeta y es vate de la culta comunión.

¡Haydée...! ¡Nítida gardenia pulcra y grácil, desprendida
de la vida! Su partida ¡cuán amarga y triste fué!
¡Cuán amarga...! Sólo un cáliz más amargo hay en la vida.
Hay un cáliz más amargo, ¡más amargo!, yo lo sé...

OJOS DE RUBIA

Tejedor de ñandutíes (1)
que tus redes matizadas,
polícromas, peligrosas
—telarañas irisadas

(1) Cierto tejido finísimo.

y estratégicas— extiendes
en los aires con cautela,
y a la luz brillan del sol,
y en su fondo oculto riela
de asechanza artero nexo
que delata el tornasol,
dando pábulo al renombre
que te puso el bello sexo
de «el arácnico Jean Paul»;

pues rechazas el obsequio
de unos versos, porque en ellos
de unos ojos de morena
palpitaban los destellos,
bien que pálidos, velados,
como un astro por la lluvia,
quiero darte un atracón,
atracón de ojos de rubia,
de celeste transparencia,
de magnética atracción,
que recuerdan la amorosa
perdurable somnolencia
que Selene dió a Endimión.

Ojos claros como el cielo
de una lúcida mañana,
disipados los celajes
de la aurora de oro y grana,
como el cielo esplendoroso
que el soberbio mar se engríe
de copiar en su cristal,
como el cielo cuando ríe,
de pureza peregrina,
de un azul inmaterial;
ojos claros y serenos
que Gutierre de Cetina
incensó en un madrigal;

tan azules, que semejan
en sus cercos de pestañas
dos gemelos limpios lagos
con doradas espadañas,

y parece un imposible
que una lágrima incolora
pueda en ellos palpitar,
como lágrima que llora
la tristeza de la tarde,
como lágrima vulgar,
sino lágrimas celestes
que de azul hagan alarde,
en el párpado al temblar;

ojos límpidos de cielo
cuyo azul es impecable,
en que mires tus bigotes
como un cuervo formidable
que sin dar un aletazo
surca el ámbito profundo,
y, a la clara luz del sol,
al cernirse sobre el mundo,
luce en mágicos destellos
su plumaje tornasol,
¿son así, mi buen amigo,
son así los ojos bellos
que te gustan, gran Jean Paul?

A MI HIJA MERCEDES

(En la primera página de su álbum)

Lo que el lago al limpio cielo
que se mira en su reflejo,
lo que el soplo fugitivo
de la brisa es a la flor,
será este álbum a tu vida,
reluciente, fiel espejo,
blando beso que se empape
de tu esencia en su tremor.

Hoy tu vida es un Oriente
recamado de celajes
que aun no dora un sol que oculta
con su sombra el porvenir,
y si flor, es un capullo
que la brisa en los boscajes
aun no puede su perfume
misterioso difundir.

¡Alborada! Tiña el rayo
precursor de la mañana
los celajes del Oriente,
con su vívido fulgor.
¡Primavera! En blando beso
roce el aura alegre, ufana,
con sus alas el capullo
primoroso de la flor.

¡Nunca surquen ese cielo,
nunca manchen su tersura,
ni el relámpago sangriento
ni el brumoso vendaval;
no marchiten la flor bella
que entreabre el aura pura
ni el calor del sol de estío
ni la ráfaga otoñal!

Despertad, dulces alondras:
esplendente nace el día,
y de trinos y gorjeos
los espacios inundad;
el pentágrama acaricia
palpitante la Armonía:
el sol vierte sus raudales;
¡arpas mágicas, sonad!

LA HORA DE LAS LAGRIMAS

Su claro azul el cielo torna sombrío,
temblorosas las flores pliegan el broche,
sus lágrimas primeras vierte el rocío...
Del perfumado seno del bosque umbrío,
tenebrosa y silente nace la noche.

El tordo soñoliento cesó su canto,
allegóse al alero la golondrina;
van enlutando el mundo las sombras tanto
y es tan siniestro y tétrico su inmenso manto,
que su tristeza al alma se contamina.

Al beso de la brisa sollozadora,
rutilan las tremantes líquidas perlas
que al caer, taciturna, la noche llora.
¡Lágrimas! ¡Cuántas ruedan en esta hora!
¿Quién es el que no tiene por qué verterlas?

ALLAN KARDEC (1)

Al conjuro de una ciencia de exicial materialismo
derrumbábase el santuario... Y en las fauces de un abismo
de tinieblas puesto el pie
iba el Hombre a despeñarse, como aborto de la nada,
como paria de la vida, sin piedad despedazada
la armadura de la fe.

¡Pobre loco que, ofuscada la mirada, pretendía
a los míseros guarismos que su mente concebía
reducir la inmensidad!
¡Pobre loco! En su delirio, por la vida tomó el sueño,
la ilusión por el oasis, por el éxito el empeño,
la mentira por verdad.

---

(1) Fué un teosofista *francés*.

Como faro de la vida surgió entonces el Maestro
y las hondas lobregueces de la muerte con el estro
de su pecho iluminó:
roto estaba el gran misterio, replegadas las tinieblas
y más bella y más radiante, vencedora de las nieblas,
la verdad resplandeció:

¡vibración esplendorosa que los ojos encandila
de las aves de la noche; foco ingente que rutila
en las sombras del dolor
y a las almas abatidas el sendero les alumbra,
y venciendo va potente, de la duda la penumbra,
las tinieblas del error!

¡Fulgurante luz divina que hace amar la amarga prueba
de la vida, revelando que es verdad la Buena Nueva
de Jesús de Nazaret,
y a sus mágicos destellos, el dolor y el mal se truecan
en venturas eternales, y las lágrimas se secan;
foco ardiente de la fe!

Las estultas muchedumbres escarnecen la memoria
del gran hombre y su doctrina: precursora de la gloria
siempre fué la ingratitud:
y más grandes se levantan Víctor Hugo de sus penas,
Galileo del oprobio, y Colón de sus cadenas,
y el Dios-Hombre de la Cruz.

¡Lance el loco su estentórea carcajada sobre el dolmen
de su tumba! Sol en orto, ¿qué le importa que se colmen
los antros de obscuridad?
¡Sol en orto que proyecta Caridad, llama bendita!
¡Tumba altiva en que debiera VIA ET VERITAS ET VITA
esculpir la Humanidad!

ALBORADA

I

¡Noche de insomnio, qué lentas,
qué lentas pasan tus horas;
cuánto el corazón azoras,
cuánto el alma desalientas!

Blanca luna, hada gentil
del misterio de la noche,
prosigue en tu ebúrneo coche
hendiendo celajes mil;

rueda en el éter; traspasa
el cenit que en blanco tiñen
esas nubes que te ciñen
como fantástica gasa;

surca la azulada esfera
con vislumbres de topacio,
presta en ese limpio espacio
toque a su fin tu carrera;

palidece; ya la aurora
asomando su alma frente,
los celajes del oriente
de rosa y grana colora.

Brisa que duermes tranquila,
despierta y susurra amores;
despierta; besa las flores
y su perfume destila.

II

¡Cuán plácida la aurora tras la noche
vivifica del cielo los confines,
y derrama en fantástico derroche
violetas y jazmines!

La bruma a las corolas arrebata
lágrimas de rocío en sus cendales,
y en el azul del cielo se dilata
en níveas espirales.

Sin fe, sin ilusiones, sin egida,
como en tétrica noche de desvelo,
di los primeros pasos de la vida
sin un sol en mi cielo.

¡Oh, sol de amor, que en tintes mil risueños
coloras los celajes de mi oriente,
en el espacio azul de mis ensueños
elévate esplendente!

¡PAJARO EXTRAÑO...!

Alcotán de raudas alas,
de primoroso collar,
que en la orilla te albergaste
del undoso Paraguay,

hoy se explican tus encantos
ante el pálido azahar,
y tus idas y venidas
a la Villa del Guairá.

Hoy se explican tus manejos:
¡ibas, pícaro alcotán,
a sus selvas de naranjos
a una tórtola a llamar!

¡Compasiva, a tu reclamo,
las dos alas tiende ya,
un nido de blandas plumas
para ayudarte a labrar,

pycuí-pé (1) de rojo pico
que al sombrío naranjal
mágica lluvia de azahares
arranca el vuelo al alzar!

(1) «Tórtola», en guaraní.

¡Que se mime al dulce amparo
de tus alas, alcotán,
y los *aires d'a terriña*
te haga su arrullo olvidar,

y hermosísimos polluelos
lleguen mañana a alentar
vuestras alas enlazadas
sobre el nido que formáis!

A MI CRISTO

Tú en quien se acendra mi fe
ni madre virgen tuviste,
ni en un pesebre naciste
de Belén o Nazareth;
tu cuna la Mancha fué,
tu gloria vencer gigantes,
todas tus penas galantes,
todo tu afán idealista,
y tu único evangelista
fué San Miguel de Cervantes.

Tú aventajas y no en poco
a todo otro redentor,
no hay mentecato mayor
que el que en ti sólo ve un loco,
y esa ventaja que evoco
en tu entereza consiste,
que en la aventura más triste
que tu espíritu alborote
nunca dices, Don Quijote,
«transeat a me calix iste».

Tu sangre inocente abona
de tu calvario el camino,
y es el yelmo de Mambrino
tu ensangrentada corona;
ostentaste en Barcelona
INRI de escarnio y baldón,

tuviste un Pedro Simón
y un Tomás en tu escudero,
y en el cura o el barbero
se encuentra tu mal ladrón.

¿Quién se metió a redentor
que compararse a ti pueda,
ni de la suerte la rueda
a quien tratara peor?
Por tu castísimo amor
te va en zaga el de Judea,
pues, por muy listo que sea,
¿qué mucho puede decir
de achaques de redimir
quien no tuvo Dulcinea?

¡Dulcinea! Entre el dolor
que la existencia consume,
nos vivifica el perfume
de esa grácil, bella flor;
y es el pecho sin su amor
triste caja sin objeto,
obscuro páramo escueto
que sólo brota maldad,
con la horrible frialdad
y quietud del esqueleto.

¡Dulcinea, sombra grata
del camino de la vida,
linfa en la selva escondida
que azul de dichas retrata!
¡Jamás en la vida ingrata
en mí se entibie su amor;
y entre el aura de dolor
que mi existencia consume
siempre me aliente el perfume
de esa grácil, bella flor!

Si te venció en fiera lid,
señor mío Don Quijote,
Sansón Carrasco, Iscariote,
valido de infame ardid,

perdónale tú, adalid
de valientes, erradizo,
perdona a este tornadizo
aquella triste jornada;
perdónale esa jugada,
¡que no supo lo que hizo!

EPITALAMIO

(En las bodas de Leticia Godoy y
Viriato Díaz-Pérez.)

Vibrar hace su almo beso
majestuosa primavera,
que el gentil Peloponeso
a las suyas prefiriera.

De la célica balanza
su ardoroso rayo lanza,
que se esparce entre las frondas
como mar de tibias ondas,
fulgurante, regio sol,
y en las hojas y festones
y en los túmidos botones
brilla ardiendo su arrebol.

Los naranjos florecidos
su perfume al aire dan,
y en sus ramos coloridos
liban miel entre zumbidos
las abejas de Guarán.
Sus panales dan deseos,
no más finos los hibleos,
no más dulces los famosos
que entre sus mirtos umbrosos
la fecunda Hélade vió,
los panales primorosos
que el Himeto regaló.

La pareja enamorada
va sedienta de la miel...,
va pasando..., circundada

de azahar la frente de ella,
de laurel la frente de él.

Del amor hermosa estrella,
roja antorcha de Himeneo,
alumbrad sus ledas plantas
que en la senda del deseo
van en pos de dichas santas,
y sus pasos conducid
por un mundo de ternuras,
de las más dulces venturas
a la perfumada vid.

¡Bocas rojas que sin mitos,
sin mentidos, torpes ritos,
en un beso se confunden,
corazones que se funden
en cariños infinitos!
La ventura los agobia.
Arrojadles muchas flores
que destaquen sus colores
en el seno de la novia.
No hay incienso, pero hay rosas.
El altar es el de Palas.
¡Qué arrogantes con sus galas
las canéforas hermosas!

No es la epístola de Pablo
la salmodia que se lee:
el saber vence a la fe
y el amor triunfa del diablo.

Nuestro voto raudo suba,
por la pareja gentil
—porque escancie dichas mil—,
a las plantas de Pronuba.

Los naranjos florecidos
su perfume al aire dan,
y en sus ramos coloridos
liban miel entre zumbidos
las abejas de Guarán...

LA GUITARRA

Hiere tu lista mano con energía
las resonantes cuerdas de la guitarra
y de su obscuro seno brota bizarra
como hirviente cascada la melodía.

El cendal que a la negra melancolía
con oprimido lazo mi pecho amarra,
a su soberbio empujo su tul desgarra,
al abrevarme hidrópico en su harmonía.

Ya *pianissimo* rueda, cristal luciente,
ya en galantes *allegros* juega bullente,
ya en gallardo *crescendo* muge y restalla,

hasta que en el delirio del entusiasmo,
como un sonoro beso de ardiente espasmo
la tónica vibrante su voz acalla.

OCASO Y AURORA

MONÓLOGO

ÉPOCA: Poco después de la guerra con la Triple Alianza.
PERSONA: Una Paraguaya.

I

Era la tarde... La densa
sombra sus alas tendía
de gigante cuervo. El día
sollozaba con la inmensa
tristeza de su agonía.

Mortaja resplandeciente
en que iba a hundirse su frente,
tintos en morada lumbre,
crespones del Occidente
se ataban de cumbre en cumbre.

Como deshecha mesnada
prófuga y ensangrentada,
por los senderos agrestes
de la sierra iban las huestes
de la Patria destrozada,

que esculpieron en la Historia
venciendo sin par laceria,
hechos de eterna memoria;
en su redor la miseria
formaba nimbos de gloria.

Lleno de horror del combate,
aun enloquecido late
mi pecho de *residenta* (1);
aun el recuerdo me abate
de aquella caza cruenta.

Por las vastas extensiones,
de Pirayú en el perfil,
tras de sus verdes pendones
se agitaban las legiones
del imperio del Brasil.

Una huella tras de sí
fueron dejando hasta allí,
de sangre y de tumbas. ¡Ah,
qué lejos estaba ya
el sol de Curupaití!

Y aun con aliento, altanera,
por la escarpada ladera,
trasponiendo los breñales
y recios caraguatales
de la abrupta cordillera,

---

(1) Se llamaban las *residentas* las mujeres confinadas a diferentes puntos en el gran éxodo ordenado por López, cuando dispuso el abandono de la capital.

iba la hueste patriota
en inefable delirio
tras de su bandera rota
a beber la última gota
del cáliz de su martirio.

¡Triste instante que el olvido
jamás aleja de mí,
el del ocaso encendido
en que a mi hermano querido
el postrer abrazo di!

Baldado estaba: ilusoria
su imagen en mi memoria
se dibuja: con un rayo
le hirió la hoguera de gloria
del Veinticuatro de Mayo (1).

Quise en vano detenerle,
supliqué, quise esconderle,
¡alma a la Patria rendida,
aun le faltaba ofrecerle
el postrer soplo de vida!

Altivo, rompió los lazos
que a mi cuello sus abrazos
estrecharon, y anhelante,
se desprendió de mis brazos.

¡Marchó...! Por la senda escueta
que ni una flor engalana,
se fué perdiendo la grana
viva de su camiseta (2),
en la penumbra lejana.

¡Tétrica tarde! La densa
sombra sus alas tendía
de gigante cuervo... El día
sollozaba con la inmensa
tristeza de su agonía.

---

(1) Día en que se libró una de las más sangrientas batallas.
(2) Los soldados paraguayos usaban camiseta de bayeta roja.

Y mi plegaria, transida,
cruzó la inmensa techumbre
tinta de morada lumbre,
blanca paloma perdida
volando de cumbre en cumbre...

II

¡Piedad, Señor! Tu siervo,
pobre despojo humano,
a hundirse va en la sombra
de arcana eternidad:
¡la sombra de las sombras!
No volverá mi hermano.
Acógele en tu seno:
¡piedad, Señor, piedad!

La hubiste de tu pueblo
que en dura servidumbre
la tierra del pecado
a mares llorar vió:
así a mi pobre Patria
tu compasión alumbre,
colmada tu justicia:
¡piedad, piedad, Señor!

¿Qué inmensa culpa expía?
¿Qué misterioso karma
la empuja al sacrificio?
¿Qué obscura iniquidad?
Torna, mi Dios, los ojos
y tu furor desarma,
apláquese tu ira:
¡piedad, Señor, piedad!

Piedad para el enorme
ejército inhumano
que de mi patria hermosa
la vida aniquiló.
Piedad para el caído,

piedad para el tirano
que en inocente sangre
las manos se empapó.

El orbe entero cubre
tu gran misericordia;
indefectible, a todos
escuda tu bondad.
Depón el ceño adusto
y acabe la discordia:
¡piedad para la Patria,
piedad, Señor, piedad!

Depón el ceño y mira
exánime, maltrecho,
un pueblo vigoroso
que tu hálito creó:
rasgadas las entrañas,
dilacerado el pecho:
arpón envenenado
su corazón hirió.

El pecho más nefando,
la mano más proterva,
perdón hallaron siempre
y amparo en tu bondad.
¡Piedad para la Patria!

(Cae arrodillada.)

¡Piedad para tu sierva!
¡Piedad para los huérfanos!
¡Piedad, Señor, piedad...!

(De pie, continúa.)

III

Pálida luz de topacio
se cierne por los crespones
de lóbregos nubarrones
que bogan por el espacio
desgarrados en jirones.

¡Noche de la adversidad...!
Pasó por fin..., y clarea
la aurora en la inmensidad:
¡qué tristemente alborea
después de la tempestad!

Desata lánguida el broche
la aurora sobre un abismo
de penas... Pasó la noche,
pasó el bárbaro derroche
de vidas y de heroísmo.

Y a la escasa claridad
del alba el pecho se alegra,
con indecible ansiedad
porque de noche tan negra
surja un sol de libertad.

¡Lo merece el pueblo fuerte
que, en holocausto à la suerte,
dió su sangre gota a gota,
gallardo hasta en la derrota
y abnegado hasta la muerte!

¡Y surgirá! Ya incisiva
su luz del Oriente arranca,
y en el espacio se aviva
resplandeciendo en la blanca
frente de la Patria altiva.

Entre la ruina humeante,
despojo del pueblo bravo,
la vida estalla, pujante:
abren el cáliz fragante
blancos jazmines del Cabo;

todo palpita; frementes
se desatan los torrentes,
la sangre enciende el calor;
pide la tierra simientes
y el corazón pide amor.

A la luz del nuevo día
se colmarán, Patria mía,
de albas flores tus laureles,
de opulencia tus vergeles,
tus hogares de alegría.

Si por tu gloria, la grana
de tu sangre diste ufana,
altiva hasta perecer,
será el pueblo de mañana
digno del pueblo de ayer.

¡Si tras negros padeceres,
sólo ya de tantos seres
amados quedan los nombres,
pues fueron héroes tus hombres,
seremos Dios tus mujeres!

No serán, ¡oh, Patria augusta!,
la ruda labor, adusta,
ni débiles, nuestros hombros,
para rehacerte robusta
de tus sagrados escombros.

¡Yo haré un hogar! La dulzura
que de mi pecho se explaya,
arrullará su ventura
con la infinita ternura
de mi alma de paraguaya...

De sus cortinas de grana
forma la aurora una ojiva:
guirnalda airosa engalana
la frente de la mañana:
¡salve, Madre rediviva!

LA OLA

Soy tu retrato: tu triste vida
llena de azares, copia mi ser;
mas tal la copia es embellecida,
que no la aciertas a conocer.

Entre los guijos de un arroyuelo,
bajo tupidas frondas nací;
la flor su gualda, su pompa al cielo,
su verde el bosque miran en mí.

Dejé cantando mi cuna ignota
y al ancho río pude llegar;
de su contento soy una nota
que tú no alcanzas a modular.

Tras la soberbia, móvil balumba
del mar inmenso voy a morir,
y a ti... te espera sórdida tumba
tras las miserias de tu existir.

Así cantando pasó la ola;
el eco vago solloza en pos...
Pasó cantando: ¡la playa sola
su voz repite como un adiós!

Báez (Cecilio)

Nació en 1862

«El Dr. Báez fué un tiempo ídolo de la juventud estudiosa. Esto ya indica su valor intelectual... Hombre de talento innegable y de vasta ilustración, se hizo popular como buen ciudadano, hostigando a los enemigos de la patria y a los perseguidores de la libertad. Obtuvo éxitos ruidosos como orador. Era el maestro y el periodista de primera línea. Es autor de diversas obras científicas e histórico-literarias. Su vasta e intensa labor periodística ha sido coleccionada en varios volúmenes.»

(Album Gráfico de la República del Paraguay, 1911).

El Dr. Báez es Profesor de Derecho, publicista, historiador del Paraguay, diplomático, panamericanista; fué Presidente de la República; es miembro correspondiente de varias academias extranjeras; Delegado de la Unión Ibero-Americana en el Paraguay; Rector de la Universidad Nacional.

A MI BANDERA

I

Bandera de la patria, símbolo de la gloria,
nosotros te aclamamos diciéndote: *¡Salud!*
¡Bandera sin mancilla, blasón de nuestra historia,
venerada prenda eres de honor y de virtud!

Juntaron nuestros padres tres nítidos colores
para formar con ellos la insignia nacional:
el tinte que arrebola del sol los resplandores,
el claro azul del Eter y el blanco virginal.

Retratan su hermosura la flor del limonero,
el rubor de las rosas y el cielo de zafir;
su mística belleza refleja, todo entero,
del alma de los bravos el cálido sentir.

Con ella proclamaron la patria independencia,
con ella saludaron a la alma libertad;
más tarde los guerreros, en duelo sin clemencia,
con ella conquistaron marcial celebridad.

La mente del poeta la sueña en su ufanía
de Humaitá, sobre el templo flamígera flotar;
y luego delirante la mira con porfía
victoriosa en las vallas de Curupaití ondear.

De la lejana Coimbra sobre el firme baluarte,
a favor de arduas lides, altanera flameó;
por gestas inmortales la honró en el Yatái Duarte,
y en el ancho riachuelo, Cabral la sublimó.

Cual iris de bonanza que surge entre nublados,
es signo de concordia la enseña tricolor;
por ella se apaciguan los pechos conturbados
y olvidan los rivales político rencor.

No en manos de los buenos será nuestra bandera
oriflama de guerra, señal de hostilidad;
es de su escudo el mote divisa pregonera
de Paz y de Justicia, de Amor y Humanidad.

Del estardarte patrio bajo la sombra amada
el extranjero es libre, del ciudadano al par;
su vida es intangible, su propiedad sagrada,
y suya es esta tierra donde fundó su hogar.

II

La patria paraguaya, cual Palas Atenea,
armada vino al mundo su fuero a conquistar;
sus bravos paladines, en lucha gigantea,
de gloria la cubrieron con brío singular.

Contra inicuos tiranos o un agresor extraño,
el brazo del patriota pujante se armará;
un pueblo altivo y digno, cuando recibe un daño,
por su honor y sus fueros, venganza clamará.

La patria en sus altares, cual ídolo pagano,
reclama de sus hijos la vida en oblación;
el martirio del Justo por el derecho humano
consagra de los pueblos la cruenta adoración.

La ley santificada por Cristo en el Calvario,
el lazo entre los hombres de unión estableció;
mas ellos desdeñaron el dogma igualitario
y so el yugo del fuerte la grey sierva gimió.

El mundo americano, desde alto Capitolio,
el pacto de concordia volvió a preconizar,
y de absolutos reyes sobre el caduco solio
la libertad entonces comenzó a imperar.

También entre nosotros, con férvido entusiasmo,
dió el grito Caballero de patria y libertad;
mas ¡ay!, nuestros tiranos, del pueblo con espasmo,
a aquella encadenaron benéfica deidad.

Nuestro derecho santo, contra enemigo artero,
juremos defenderlo con fuerte corazón;
para lavar ultrajes es propio del guerrero
alzar con férreos brazos el bélico pendón.

¿Qué es la vida sin la honra? La vida del villano
que indigno vasallaje tributa a su señor;
a nadie rinde parias el libre ciudadano
y encuentra preferible la muerte al deshonor.

¡Loor a la bandera, blasón de nuestra historia,
que es prenda venerada de honor y de virtud!
¡Loor a los varones que nos legaron gloria
y patria redimida de vil esclavitud!

EL ORATORIO (de la Asunción)

(Destinado a ser la *Sainte Chapelle* de López, en 1864.) (1)

¡Cuán triste y solitario se ostenta a nuestros ojos
el profano Oratorio, recuerdo de otra edad!
De un poderío hundido simula los despojos
y atesta de su tiempo la mísera orfandad.

No en la ciudad había, como en la libre Atenas,
gimnasios y academias, y un regio Partenón;
ni ministros que alzaran, cual ínclitos Mecenas,
asilos a las Musas, al Arte un Odeón.

Faltaba en ella todo: bibliotecas, museos,
imprenta y parlamento, de letras facultad,
artes, ciencias y teatros, escuelas y liceos,
magistratura y leyes, el culto a la verdad.

Fábricas la autocracia construye gigantescas,
para dejar señales de su brutal poder:
alcázares grandiosos con cárceles dantescas,
pirámides ciclópeas y circos por doquier;

y templos y palacios al uso destinados
del supremo imperante, o de áulico sayón;
los súbditos en tanto, cual parias desgraciados,
de guerras sanguinosas sustento y pasto son.

---

(1) El poeta se refiere al Oratorio cuya construcción se empezó antes de la guerra, y que habiendo quedado a medio concluir, es considerado por los entendidos, como una admirable obra de arte, por su cúpula, única, se dice, en Sud-América.

Al sitio en que descansa la colosal capilla,
fatiga, abate, oprime con peso abrumador;
también la tiranía rinde, postra y humilla
al pueblo que soporta su bárbaro rigor.

Semeja en sus perfiles un mustio mausoleo
del desierto santuario la cúpula genial;
es templo y es sepulcro: señala el apogeo
y guarda la memoria de un réprobo infernal.

El tiempo ha respetado el triste monumento,
de un régimen reliquia que ya no volverá;
entero conservadlo: su amargo sufrimiento
el pueblo paraguayo por él recordará.

A JAURES (1)

Vocero del derecho, titán de la tribuna,
imita su elocuencia rumor de tempestad;
el sol de Solferino le iluminó en su cuna
y prestó a su palabra marcial sonoridad.

Cual viento huracanado que ruge en la montaña
y los árboles tumba con hórrido furor,
su voz grandilocuente, con implacable saña,
los ídolos derriba del dolo y del error.

En su alma luminosa rebullen las ideas
cual lavas en el horno de tórrido volcán;
fulguran por sus labios como incendiarias teas
y estallan sus palabras igual que el huracán.

Sus frases inflamadas relámpagos semejan,
destellos carminosos de luz crepuscular;
del alma del patriota la nitidez reflejan,
del genio del artista el fúlgido irisar.

---

(1) Jean Jaurès, orador socialista francés, asesinado en París, al comenzar la guerra mundial, en 1914. Redactaba el diario *Humanité*, contrario a la guerra.

Apóstol del trabajo, del arte y de la ciencia,
adopta como lema la voz «Humanidad»;
predica Buena Nueva su fraternal conciencia,
y el fin se le depara del Cristo de Bondad.

Cruzado caballero del dogma igualitario,
yo quiero reverente tu triunfo proclamar,
diciendo, como dijo al Mártir del Calvario:
—*¡Venciste, Galileo!*, Juliano, al expirar.

A PIO X

No ciñe su frente la férrea corona lombarda,
insignia de reyes que llevan espada y broquel;
sus sienes protege la que Roma ostenta gallarda
simbólica mitra del preste mayor de Israel.

Pastor de las almas, la paz de su Iglesia resguarda
y el vicio censura sin ira, sin odio, sin hiel;
del hombre condena la innoble ambición, y bastarda,
y el pleito entre hermanos, la oprobiosa guerra cruel.

Los pueblos cristianos hoy sienten congojas y duelo,
y en Roma se escuchan los ecos de un gran funeral;
los bronces sagrados sus sones elevan al cielo

cual voces que lloran el fin de un varón principal.
Pío Diez ha muerto: del manso se acaba el consuelo,
en tanto los reyes prosiguen su guerra feral.

A ITALIA

¡Salve, oh, Italia! Tierra de Saturno,
madre común de las naciones, ¡salve!
Sus águilas conquistadoras Roma,
la península ausonia sojuzgada,
condujo más allá de sus fronteras,
y, uno tras otro, sujetó a sus armas

a pueblos comarcanos y remotos:
los Cimbrios y Teutones belicosos,
por Cátulo y por Mario debelados
en las llanuras de Verceil famosas;
los Bátavos, Bructeros y Frisones,
por bosques y marismas protegidos;
los Vándalos, Senones y Cheruscos,
de los Montes Hercinios moradores;
los Quados, Morcomanos y Nariscos,
que por la hoya del Ister discurrían;
los fieros Vindélicos y Eslavos,
en fin, las hordas de Liburnia y Tracia,
tribus todas belígeras y bravas.
La hermosa Hispania y la Cartago oscura
rindieron a Escipión su independencia;
la Galia heroica y la Bretaña altiva
de César a los pies se prosternaron;
la Anatolia también y Alejandría,
la culta, bella, incomparable Grecia,
cuna del arte y del saber antiguo,
ínclita patria de varones claros,
cuyas épicas gestas rememoran
Platea, Maratón y Salamina,
hubo a su vez de doblegar la frente,
por su carácter frívolo y liviano,
ante el imperio abrumador del Lacio.
Más bien que a la pujanza de sus armas,
debió sus triunfos militares Roma,
a su alto patriotismo y su constancia,
a su heroico valor y disciplina,
que fueron sus virtudes más salientes.
Otra lección, otra enseñanza, en cambio,
de la suerte de Grecia se desprende:
Cuando los pueblos, por su genio endeble,
el cumplimiento del deber olvidan,
dándose a la licencia y la molicie,
su merecida punición encuentran
en dura y oprobiosa servidumbre.

Pero a su turno la orgullosa Roma,
de su infeliz cautiva enamorada,
por causa de su olímpica belleza,

homenaje de admiración rindióle
haciéndose su alumna
en las ciencias, las artes y las letras,
que de Helicón las Musas inventaron.
Devotos desde entonces los Latinos
de Apolo y de Minerva,
nuevas coronas para sí tejieron,
a las naciones bárbaras legando
sus códigos y leyes inmortales,
sus magistrales obras literarias,
que son el monumento de su gloria.

Los pueblos nuevos de la inculta Europa,
por las cesáreas huestes aterrados,
se vengaron al fin de los Romanos
invadiendo el ausonio territorio,
base y asiento del poder latino.
Salidos unos de Sarmacia helada,
desembocados otros de Germania,
de Marcomania procedentes otros,
donde sus *Pensamientos* escribiera
Marco Aurelio el emperador piadoso,
los Alpes traspusieron,
de la Ciudad Eterna se adueñaron,
y en ruinas y destrozos convirtieron
sus templos y palacios,
donde niños, ancianos y mujeres,
huyendo del incendio y la matanza,
hubieron de buscar un vano asilo.
Las letras solamente se salvaron,
de las que fueron guardadores fieles
los flámines sagrados,
habitadores del Casino Monte,
a los altares de Minerva adscritos.
Con las pavesas de la antorcha helena,
la Italia del Renacimiento pudo
educar de nuevo a la inculta Europa,
difundiendo sus luces redentoras
por el ámbito de su antiguo imperio.

¡Oh, Italia!, tú eres generosa y grande,
como fué grande la misión de Roma.

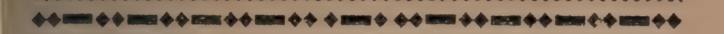
En medio a las tinieblas cimerianas
que cuajaban a las demás naciones,
tú sola, desde la centuria sexta,
como próvida madre, y amorosa,
para todas las gentes erigías
escuelas, academias e institutos,
viveros de humanistas y de sabios
que la moderna ciencia organizaron;
tú sola diste cariñoso asilo
a las Musas del Parnaso ahuyentadas
por el choque incesante de las armas;
sólo la luz de tu fanal brillaba
en la espantosa obscuridad del caos;
sólo tu estrella refulgente y bella
iluminaba el pensamiento humano
y, arúspice de casos venturosos,
agorabas a las gentes pasmadas
una edad de progresos infinitos,
un siglo superior al de Pericles,
siglo de redención y de armonía
en que, ligados los humanos seres
por el lazo moral del cristianismo,
una sola comunidad formaran,
por el derecho natural regida,
por la ley del amor y la concordia.

Esa fué, Italia, tu pasión constante,
y aun es ése tu vehemente afecto,
digno del gran vidente florentino,
que forjara en su mente soberana
un mundo de divinas armonías
como ideal supremo al que debiera
tender la pobre humanidad terrestre,
en sectas y facciones dividida,
que con saña implacable se combaten
en nombre de un principio sacrosanto:
el derecho sagrado a la existencia.

Del cataclismo universal, Italia,
víctima fuiste por catorce siglos
y en son de guerra por tu suelo viste

desfilar cien legiones extranjeras,
por la sed de conquista estimuladas.
Mas ellas jamás ahogar pudieron
de tus hijos el sentimiento patrio,
vívido siempre como el fuego etéreo,
ni amilanar su corazón entero,
ni domeñar su voluntad infracta:
esa constante voluntad, Italia,
que reconstruyó tu unidad prístina,
sustancia medular de tu alma estoica,
fuerza motriz de tu agitada vida,
que te lleva a cumplir nobles deberes
y convierte a los hombres de tu raza
en semidioses o héroes de leyenda,
en genios sin rival, maravillosos,
a Alighieri para escribir su *Infierno*,
de la humana comedia alegoría;
a Buonarotti a animar la piedra,
al Sanzio para iluminar el lienzo,
a Galilei para evocar estrellas
y a Colombo para inventar un Mundo.
Pródiga en sacrificios generosos
y obediente a la ley de su destino,
Italia participa en la contienda,
de que es palestra el continente viejo,
donde América, Francia e Inglaterra
defienden el honor de las naciones,
los fueros de la humanidad heridos
por la fuerza brutal del despotismo.
La causa es santa y la misión es noble,
la empresa es alta, mas también difícil,
porque es el adversario poderoso.
El triunfo está con todo asegurado,
porque las naciones aliadas quieren,
con firme voluntad, perseverante,
abatir la autocracia prepotente
y levantar sobre su casa hundida
el trono de la libre democracia.
Y Paraguay, del sufrimiento mártir,
un Heracles por el dolor vencido
en lucha desigual con sus hermanos,
que mira con amor a la Polonia

y pueblos oprimidos,
su entusiasmo me presta jubiloso
para ensayar mi canto laudatorio.
¡Gloria a Francia y la Unión Americana!
¡Gloria a Bélgica, Italia e Inglaterra
y las otras potencias coligadas
que, con ánimo recto y levantado,
desprendimiento sumo y alto ejemplo,
patrocinan la causa del derecho!



Pane (Ignacio A.)

(Murió en 1919)

Ignacio Pane, que se inició en las letras juntamente con Juan O'Leary cuando todos los cantores callaron, ha conseguido consagrarse como poeta de verdadero vuelo. Poeta de verdadera inspiración, ha escrito composiciones que han quedado en el alma popular, poesías, como *La Mujer Paraguaya*, que exaltaron con fervoroso entusiasmo las glorias de la patria, victa pero no vencida, contribuyendo así a inculcar su culto en el alma del pueblo. Muchas de sus poesías han sido traducidas a diversos idiomas. Dedicado desde niño a estudios filosóficos y críticos, y vinculado después a trabajos del foro, acabó por callar la lira de Pane, y el Parnaso le perdió, como perdió a casi todos los que se le habían dedicado.

LAS DOS TIERRAS

URUGUAYA

¡Salve!, hurí del Guarán, fiera matrona,
madre de inmensa, inextinguible raza.

PARAGUAYA

¡Salve!, de las cuchillas amazona,
que en sí al ibero y al charrúa enlaza.

URUGUAYA

Abre tus puertas, paraguaya tierra,
a tu hermana oriental que a ti ha llegado.

PARAGUAYA

Mi casa para ti nunca se cierra,
mis brazos son lo que abro a tu llamado.

¿Y aun mi tierra no es la tuya? ¿No es la casa solariega
de pretéritas familias cuyo tronco guaraní
desprendió el robusto gajo del charrúa que aun despliega
los vestigios de su verbo, desde el Cerro de Cuareím?

Y eres tú quien anudaras tantos vínculos remotos
al volverme los trofeos de una guerra sin cuartel.
¡Sí! Anudaste esos lazos que una vez quedaron rotos
con un broche de oro, digno de los bravos Treinta y Tres (1).

URUGUAYA

Hermana: Te equivocas. Lo hiciste tú. Tú ligas
con nudo indestructible la historia de las dos,
tú generosa diste hogar y asilo a Artigas,
tú fuiste de mi prócer escudo y panteón.

PARAGUAYA

Yerras. ¿Acaso Artigas, hermana, es tuyo, en todo?
Como el charrúa fuera del trópico hacia el mar,
¿no es el charrúa Artigas, quien vuelve tras su exodo
al étnico, al aun virgen, al solariego hogar?

URUGUAYA

Es que el charrúa viejo confiarse al mar no pudo,
de dos grandes corsarios entre el acecho audaz.

PARAGUAYA

¡No! Que el charrúa viejo, magnánimo aunque rudo,
su vida ya no amaba, tu vida al engendrar.

---

(1) Patriotas uruguayos que en abril de 1825 iniciaron la independencia de su país respecto del Brasil.

El renovar debía con su odisea doble
la alianza de dos pueblos, pasada y por venir,
perdida en lo profundo cual la raíz del roble,
cual verdear del roble llevada hacia el cenit.

¿Por qué se entrega Artigas a mi tirano Francia?
¿Por qué el tirano Francia a Artigas respetó?
¿Por qué el cachorro herido ya no dejó su estancia
de ese antro prehistórico del guaraní León?

¿Por qué mi brava gente, por odio al extranjero,
no se cebó en Artigas? ¿Por qué le amó más bien?
¿Por qué, oriental hermana, todo un botín guerrero
me devolviste entero, de pronto, tú, también?

URUGUAYA

Es que el botín mis manos quemaba en fuego vivo.
¡Para los pueblos chicos la guerra no es blasón!
Y en sus azules ojos mi Tabaré nativo
lleva de nobles razas el brazo y corazón.

PARAGUAYA

¡No, es el Destino, Artigas, el símbolo, el prohombre!
El alma de dos pueblos de concordado fin
que riman sus azares lo mismo que su nombre
ya miren el pasado, ya formen porvenir.

Ven a mis brazos. Luego saludaremos juntas
la luz de nuestro Artigas en coro fraternal.
Después..., cuando de nuevo vuelvas a ver las puntas
de tus bravías costas, al retornar al mar,

completaremos su obra. Yo, tierra paraguaya,
por sostener sus manes aquí alzaré un jardín;
tú, allá desde tu Cerro, sirviendo de atalaya,
verás lo que apeligra nuestro acordado fin...

Mas antes de apartarte de mis vergeles cálidos,
antes de que te diga por esta vez, ¡adiós!,

el eco de la historia me oirás en tonos pálidos,
por ver si así cumplimos el gran mandato en pos.

¿Recuerdas? Nuestra historia nos habla de grandeza,
mas cuando nuestros hijos tan sólo unidos van,
«Oíd, la unión es fuerza, la unión es la belleza,
la unión es la armonía», cantando el vate está.

El sol de tu bandera, ¿no es luz que fecundiza
tan sólo cuando unida presenta, al flamear,
cada azulada franja que goces simboliza
con los cendales blancos que representan paz?

¿Recuerdas? Yo era fuerte. Reunidos mis patriotas
respeto en mí infundían al Plata y al Brasil.
Pero, mis fuerzas todas, ¿no se rindieron, rotas,
cuando en la unión atadas, tres fuisteis contra mí?

Contempla: ¡De este lado de los inmensos Andes,
sobre este mundo nuevo que despertó Colón,
somos los pueblos chicos de los destinos grandes!
Pues puede hacernos fuertes como el que más, la unión.

Recuerda: ¿Ha habido hombres más débiles acaso
que aquellos galileos que amaron a Jesús?
¿Y hubo en el mundo fuerza para impedir su paso?
Pues, ¡no!; porque sus almas se unieron en la Cruz.

Tu porvenir de glorias hoy se vislumbra apenas.
Ya eres feliz Arcadia y Esparta fuiste ya.
Ya fuiste nueva Troya. Más aun serás Atenas,
la Atenas en el Plata y acaso mucho más.

Cual nido de gaviotas está Montevideo
pidiendo a sus Temístocles promesas a la mar,
por tus patriotas hijos ahí tienes tu Pireo
y Ceres y Minerva también allí están.

Mas no lo olvides nunca: También yo he sido Esparta
y Atenas con Esparta mejor pudo vencer.
Si dejas que tu suerte con mi labor comparta
a cuantos persas se alcen vencer podrás tal vez.

No estoy de ti muy lejos, y con afán hidrópico
podemos laborando por un futuro igual
unir a mis riquezas con su calor de trópico
las tuyas saturadas de ráfagas de mar.

URUGUAYA

Pues bien; cual mis Artigas triunfaron con tus Yegros,
por esa unión que cantas, como ideal feliz,
ya no veremos nunca los horizontes negros,
sino un hermoso, libre, brillante porvenir.

Adiós; vuelvo a mis costas, donde también te espero.
La alianza del futuro podrás allí sellar,
pues cuando allí ya acudas, en mi solar sincero,
mejor nuestros destinos podremos hermanar.

PARAGUAYA

¡Iré..., por los trofeos que, en fin, la buena nueva
dieron a las naciones del mundo de Colón!
¡Adiós! ¡Y en mis pronósticos de dicha, entonces lleva
del corazón de un mundo la voz del corazón!

LA MUJER PARAGUAYA

I

Nació como el dulcísimo gorjeo
de la avecilla que en la selva canta,
como surgiera Venus del Egeo,
como la luna surge y se levanta.

Por el campo al correr, donde aura leve
sus flotantes cabellos desunía,
a la palma gentil, cuando se mueve
con sus verdes penachos, parecía.

Para sus ojos fúlgidos y bellos,
focos de amor del corazón salvaje,

le dió el rocío matinal destellos
y el negro ybapurú (1) le dió ropaje.

Los trinos del zorzal la saludaban
al acercarse a la callada umbría
y su moreno cutis refrescaban
los hálitos del suelo en que vivía.

Y cuando el eco del cañón hispano
rugió en el monte y resonó en el valle,
a la sombra del árbol más lozano
lució su esbelto, su flexible talle.

Y allí bajo sus ramas, en la loma
a cuyos pies se alzaba su vivienda,
donde el efluvio de la oliente poma
del tarumá (2) en flor bañó su senda;

allí donde en eterna primavera
compitió de la grama con la alfombra,
la plácida y tupida enredadera
que en la siesta estival le dió su sombra:

paloma de Noé, nuncio de vida,
mensajera gentil de la natura,
hada bella y sin par, diosa caída,
por primer vez vió el godo su hermosura.

Y el altivo león de glorias tantas,
honor de la nación de los Pelayos,
doblegó la cerviz..., ¡le vió a sus plantas
la reina de los bosques paraguayos!

Su negra y abundante cabellera
regó piadosa el agua del bautismo;
así la virgen de Yacy (3) hechicera
aprendió la virtud del cristianismo.

---

(1) Arbol que abunda en el Paraguay. Da frutas como la guinda.
(2) Arbol del Paraguay parecido al olivo.
(3) Luna.

Y el ósculo de amor que en su mejilla
puso el bravo guerrero castellano,
el monte repitió..., en su fresca orilla
apareció el atleta americano.

Ella arrulló en su seno, que ciñera
la negra pluma del ñandú (1) brillante,
a los hijos del godo, en la ladera
del verde Tacumbú, con voz amante.

Ella les dió el honor inmaculado
del noble descendiente de los Cides,
ella les dió el espíritu esforzado
del indio guaraní para las lides.

Por ella, en fin, del bosque en la espesura,
al paraguayo, orgullo de la historia,
la sangre de Guarán le dió bravura,
la sangre de Pelayo le dió gloria.

II

Cuando después de siglos, esta tierra,
ya sola y dueña de su gran destino,
se levantó a una voz para la guerra
y de las glorias emprendió el camino;

cuando cundió en dominios paraguayos
la furia del cañón y la metralla;
cuando seguida de mortales rayos
sonó doquier la voz de la batalla:

esta misma mujer, patria sibila,
más noble Elena de la nueva Iliada,
el valor inspiró, siempre tranquila,
hermosa en su altivez, nunca domada.

Ella fué la vestal que el patriotismo
siempre encendió con su palabra ardiente,

(1) Avestruz de América.

faro de intensa luz que al heroísmo
condujo al paraguayo combatiente.

La vara de Moisés con que la guerra
hizo brotar, magnífico y fecundo,
el raudal de las glorias de esta tierra,
el haz de los titanes de este mundo.

Ella impulsó a su hermana a la pelea,
ella siguió a sus hijos al combate...
Dijo a su amante: «La victoria sea
arra de amor del que mi amor acate.»

La trípode inmortal del patriotismo
donde la voz del Hacedor se escucha,
la alta tribuna fué de su exorcismo
que «a vencer o morir» llevó a la lucha.

En medio de la noche, su silueta
se destacó en el campo funerario
de la batalla, pues buscaba, inquieta,
el cuerpo de su amor entre el osario.

E igual que con su esposo compartiera
el tálamo nupcial en la morada,
con su esposo cayó, fiel compañera,
en el lecho mortal de la jornada.

III

También cuando ya el joven y el anciano,
el hijo y el hermano y el esposo,
cayeron para siempre..., y en el llano
reinó de los sepulcros el reposo,

ella emprendió la vuelta, con el pecho
por las patrias nostalgias oprimido,
y en vano escudriñó en su hogar deshecho
el antiguo lugar del sér querido.

En vano su mirada por doquiera
fijó en demanda de vital consuelo...

¡Todo lo devoró la inmensa hoguera
de confín a confín en este suelo!

La virgen de Yacy miró a la diosa
de su primera religión, llorando;
le pedía una luz para la odiosa
noche de su desgracia, sollozando.

Nadie la consoló... Sólo se oía
la voz de urutaú (1) en la espesura,
y sólo a sus lamentos respondía
con cansado rumor la fuente pura.

En vez del generoso castellano
que pidiera su amor, puesto de hinojos,
sólo la afrenta cruel del inhumano
y altanero invasor, vieron sus ojos.

Mas nada la abatió, pues de la ruina
de la nueva Salem, antes potente,
al infante salvó, luz vespertina
del sol de las batallas esplendente.

Y en la orilla otra vez del patrio río,
de sus labios cayó, gota por gota,
acerbo, pero fúlgido, el rocío
de la leyenda de una patria rota.

Ella puso en el ánima sencilla
del hijo de esta patria, todo el duelo
de un lustro de grandezas sin mancilla,
de un lustro de desgracias sin consuelo.

Y, como un tiempo, entre la noche oscura
de que nació la paraguaya historia,
con sangre de Guarán le dió bravura,
con sangre de Pelayo le dió gloria.

Dió entonces al atleta americano,
sobre la lava del volcán que incendia,

(1) Ave de dulcísimo canto.

el supremo valor de un espartano,
la sublime virtud de una Garmendia.

¡Es ésa la mujer que nadie imita!
¡Es ésa la mujer que todos aman!
A su presencia el corazón palpita,
porque entusiasmo y porque amor la inflaman.

Dulce canción que del hogar emana,
aura vital que mece nuestra cuna,
es ella nuestra madre o nuestra hermana,
es ella nuestro amor, nuestra fortuna.

Es toda corazón, ternura y gracia;
arca fiel de virtudes guardadora;
fulge igual en la dicha y la desgracia;
en el ocaso es luz, sol en la aurora...

Paloma de Noé, nuncio de vida,
mensajera gentil de la natura,
hada bella y sin par, diosa caída,
hoy miro como el godo tu hermosura.

Y culto dando a sus penurias santas,
con estos humildísimos ensayos,
como al godo una vez, me ve a sus plantas
la reina de los bosques paraguayos.

AL HEROE DE CURUPAITI

(General José E. Díaz)

I

Guerrero incomparable del paraguayo suelo
que por blasón ostentas de honor Curupaití,
como el diamante inmenso en que cuajó la gloria
sobre el regazo virgen de América feliz.

La sangre paraguaya que corre por mis venas
me ordena en este día con imperiosa voz,
que, con mi patria coro, para cantar tu nombre
te ofrezca lo más grande que guarda el corazón.

Pero tu gloria es tanta que el alma desfallece
al ver que necesita para elevarse a ti,
la clave que heredaste del Hércules heleno
y el arpa de un Homero con esa clave herir.

Por eso con orgullo mi frente levantara,
si con la estrofa trémula pudiera aprisionar
un resplandor siquiera de la explosión de luces
que vierte por doquiera tu gloria singular...

Tu gloria que es la estrella que consteló en el cielo
deshecho en tempestades de la pasada lid,
llevando en torno suyo, para reinar en torno,
la exuberante lumbre de paladines mil.

II

La raza en cuyo seno la flor de sus virtudes,
la esencia de su savia, pusieron otras dos;
la patria altiva raza, cuyo valor sublime
la humanidad absorta contigo alzarse vió;

cernió para tus venas los glóbulos de oro
de esa su sangre ardiente que el mundo vió surgir
al golpe del acero del héroe castellano
sobre la palma esbelta del suelo guaraní.

Y así, después de siglos —pues ella en otros tiempos
gigante de las Indias para la historia fué—,
tan sólo fué gigante cuando empuñaste heroico
la enmohecida espada de su genial poder.

Por eso cuando *«¡a ellos!, ¡mis bravos paraguayos!»*,
exclamas, y tus bravos semejan, a tu voz,
las gigantescas nubes preñadas de tormentas
que en ímpetus soberbios arrastra el aquilón;

cuando la mente corre de admiración opresa
hasta la enseña patria donde tu sitio está
y allí sobre el contrario fulminas la derrota,
cual fulminara Jove la muerte del Titán,

las frentes abrumadas al peso de tu gloria,
saludan en los lampos de tu inmortal valor,
las cumbres del heroísmo que nadie ha superado:
los Andes de la historia del mundo de Colón.

EL HEROE COMPLETO

En el combate y el cuartel tu mano,
al patrio sol de Mayo le dió vida.
Tu fortaleza, en la prisión, herida
dejó a la torpe furia del tirano.

Hízolo así tu fuerza de espartano,
a tu virtud de ciudadano unida,
en vida un semidiós, aunque suicida,
y en la muerte un Catón, aunque cristiano

Y llegastes a ser, por este modo,
con igual, indomable resistencia
en el brazo y la fe, gigante en todo,

para ejemplo inmortal de las edades,
el Héroe de la patria independencia
y el Mártir de las patrias libertades.

«SI VIS PACEM, PARA BELLUM»

¡Abajo, ya, esa máxima que impera!,
pueblo que quieres paz indefinida,
enseñando la máquina homicida
cual su sangrienta garra la pantera.

Quede, echada al crisol, tu arma guerrera,
en reja del arado convertida,
y vuelve a las labores de la vida
de esa inquietud constante que te altera.

Busca la paz al fin; al fin aprende
que el hacha al árbol por su flor respeta
y en cambio el tronco por su fuerza hiende.

Nada al furor del tigre te someta.
Aprende a ser león: nadie le ofende,
que en el valor es rey..., y a nadie reta.

EL POMBERO

¿No lo sientes? ¿No te espanta ese silbido
que ha salido del espeso matorral?
No es el grillo, ni la víbora
ni el fatídico chirrido del *suindá* (1).

No es el viento que silbando se detiene
del callado cementerio en el ciprés.
Ni el arroyo en su salterio
cuyas notas se repiten con monótono sostén.

No es la voz con que se queja a media noche
tristemente en el boscaje urutaú (2)
ni la débil voz doliente con que el *pora* (3) nos revela
sus angustias cuando deja el ataúd.

Ni siquiera es el rapaz que nos visita
para hablarnos como el cuervo de Poé,
de Leonora, de la amada que en su lecho
duerme tierna y soñadora, recordándonos tal vez.

(1) Una especie de lechuza.
(2) Ave de dulcísimo canto.
(3) Fantasma.

Es el duende de la tierra que el Progreso
relegara a las estultas fantasías sin piedad...
Es el genio de las noches paraguayas
que en el prado se desliza por en medio del chircal.

Es la sombra del pasado.
Es el alma del indígena infeliz.
El fantasma que abandona con el véspero
su sepulcro guaraní.

Es el indio. Es el *Pombero* (1)
a quien llaman *guaicurú* (2)
que se viste del follaje de las selvas
y el plumaje del *ñandú* (3).

En la sombra que los árboles arrojan
de la luna al resplandor
y en el hueco de los troncos y en las zanjas
y en las grutas, sin un eco, se agazapa con temor.

Es el cuco. No os sorprenda, niños míos,
que es un cuento, pero un cuento contra el mal.
Es vampiro misterioso que del niño vagabundo
chupa sangre con afán.

Al conjuro del murciélago despierta.
Las luciérnagas le anuncian con su luz,
cuando rasgan con sus lampos
de las noches funerarias el capuz.

El no corta el aire al sesgo de su vuelo
como el ave de rapiña nocturnal:
él se arrastra con sus silbos más temible,
más ligero que el veloz *ñacaniná* (4).

No hay gorjeo, no hay graznido,
no hay murmullo que no sepa repetir;

---

(1) Duende nocturno.
(2) Una raza de indios del Chaco paraguayo.
(3) Avestruz de América.
(4) Una especie de víbora grande.

pues sus presas él atrae con sus remedos,
sus remedos de falaz *cabureí* (1).

Amalgama de hombre y fiera,
mitad ave sin sus alas, y serpiente otra mitad,
es el genio de las noches, en la tierra paraguaya,
y el cadáver errabundo de la raza de Guarán.

YBAPURU

Es pequeñita, mas el rocío
la encuentra llena de hojitas mil;
es el socorro de nuestro estío
porque reaviva con su elixir.

Doquier cercado por la pradera
de verdes tunas y *mbocayás* (2),
como a un amante Noviembre espera
con impaciente savia feraz.

Y cuando llega, bajo una gruta,
sobre un barranco, doquier está,
plegada al tronco tiene su fruta
como los hijos de un buen hogar.

Y es esta fruta redonda y llena,
con su negrura, con su esplendor,
cual la pupila de una morena
que está encendida por el amor.

Tal vez por eso, son los antojos
más insistentes de mi laúd,
cuando contemplo dos negros ojos
llamarlos ojos de *ybapurú* (3).

---

(1) Ave de rapiña, pequeña, fuerte y voraz.
(2) El cocotero, árbol del coco.
(3) Un árbol que da frutos como la guinda.

O'Leary (Juan)

«O'Leary es el cantor de las glorias nacionales: las cantó en bellos y altivos versos, y las cantó también en rutilante prosa... Fué fecundo hasta llenar, con Ignacio Pane, el vacío que dejara en las letras la deserción de sus antiguos cultores y así, durante muchos años, sólo estos dos nombres suenan en el Parnaso paraguayo. Sus poesías tuvieron más de una vez simpática repercusión en el extranjero; algunas de ellas fueron traducidas al portugués y al italiano y entre otros poetas ilustres, Salvador Rueda hizo llegar hasta el joven bardo alentadoras palabras de aplauso. Hablando de O'Leary dice este bardo español en carta dirigida al Dr. Díaz Pérez: «Debió esa composición *(Salvaje)* esculpirse con un cortante tosco en el tronco enorme de un árbol de caoba, o de otro virgen árbol resinoso de ésos que lloran lágrimas de olor. Me ha impresionado vivamente, como si fuese una figura real, el *salvaje* puesto en pie para siempre por O'Leary...»

(José Rodríguez Alcalá)

«Lo que descuella en él (O'Leary) es su lirismo... O'Leary es el poeta de nuestro pasado; al principio lo fué en versos alejandrinos, después ha empezado a serlo en prosa, con números y citas. El trabaja y escribe no por la verdad abstracta o árida; la verdad es su base, pero su acicate y su objetivo son la oda y la elegía heroicas, la novela o el drama social que encierra nuestros anales.»

(Album Gráfico de la República del Paraguay, 1911.)

ALEJO GARCIA (1)

En pos de un sueño de sin par grandeza
te lanzaste resuelto y atrevido,
sin miedo a lo fatal desconocido,
en brazos de tu indómita fiereza.

En vano procuró Naturaleza
detenerte en tu empeño decidido;
devoraste el espacio indefinido,
agigantado en la terrible empresa.

Clavadas tus pupilas soñadoras
del argentado reino en lo remoto,
por regiones cruzaste abrasadoras.

¡Y antes que a nuestras playas de Gaboto,
las huestes arribaran vencedoras,
tú descubriste al Paraguay ignoto!

¡SALVAJE!

En las entrañas de la selva virgen,
la luz impetra en su dormir de siglos
—último resto de una raza altiva—,
¡el indio bravo!

Toda la noche del pasado oscuro
se reconcentra en su pupila negra,
meditabunda, de siniestro brillo,
¡llena de odios!

(1) Aventurero portugués, compañero de Solís, que se propuso, con cuatro aventureros como él, llegar al imperio de oro de los Incas. Le mataron los guaraníes, a obra de cincuenta leguas de la Asunción.

Todo el dolor de su indomable raza
vibra en su acento, y su palabra tiene
el tono agrio de un reproche eterno
y el de un gemido.

Y ahí va, inclinado, por la breña ingrata,
por la llanura desolada y triste,
huyendo siempre, sin cesar buscando
luz que no encuentra.

Judío errante, vagabundo paria,
huérfano solo que el amor implora,
padre que llora y de sus hijos oye
¡la carcajada!

Todo lo ha dado: con su tierra hermosa
su ardiente sangre, su atrevido arrojo,
su incomparable abnegación sublime,
¡su dulce lengua!

De su pasado le quedó tan sólo
el implacable, abrumador recuerdo,
con la tristeza de su vida amarga,
¡que le tortura!

Pero resígnate, ¡oh, salvaje impuro!
Tú no eres hombre como el otro hombre,
¡sobre el madero para ti no abre
Jesús los brazos!

Lleno de odios morirás un día,
como el venado que tu flecha hiere,
y el cuervo negro saciará su hambre
con tus entrañas.

Tú no eres hombre como el otro hombre,
tú no eres digno del amor cristiano:
¡rabia y perece, que tus hijos niegan
llevar tu sangre!

Pintado el rostro, la melena lacia,
desnudo el cuerpo y en la mano el arco;

¡así el bautismo recibir no puedes
que regenera!

Estás desnudo. Más feliz la fiera
el bosque cruza con su piel de gala;
¡tú con el cuerpo, que el dolor abate,
bronceado y sucio!

¡Ah!, no te acerques a la orilla amada
del patrio río, a iluminar tu sombra;
¡la Cruz no tiene ni un fulgor siquiera
para tu estirpe!

Tú ya no cabes en el templo santo,
donde la hostia el mercader levanta:
¡que se resigne a perecer salvaje,
el indio bravo!

EL ALMA DE LA RAZA

I

¡La raza guaraní...! ¿Qué queda de ella
sobre su tierra amada?
¿Qué de esa estirpe que reinó orgullosa
desde Orinoco al Plata?

¡Restos dispersos de la gran familia
aun en los bosques vagan,
aun en su inmensa soledad alientan,
y van como fantasmas!

Son como un espectro redivivo
que de la tumba se alza,
para arrastrar su horrible pesadumbre,
la cruz de su desgracia.

La selva compasiva los acoge
y su secreto guarda,
y en su seno de madre se confunden
sus quejas y sus lágrimas.

Son los vencidos que en vivir se obstinan
tras la cruenta batalla
para cruzar errantes por su tierra
y ser en ella parias...

¡Pero no son la raza vencedora
que de Orinoco al Plata
guarde en el ritmo, aún, de su lenguaje,
la luz de una alborada!

¡La raza guaraní pasó...! Tan sólo
sigue viviendo su alma,
su alma gigante que es el *alma mater*,
¡el alma de la Patria!

II

¡La Muerte...! ¿Qué es la muerte?
¿Todo en la tumba fría
se diluye en la sombra de la nada,
sin que a la noche le suceda el día?

¿No tiene un más allá
de más intensa vida
esa boca espantosa del sepulcro
que a sempiterno sueño nos convida?

¿Todo es polvo y miseria,
todo una vil mentira?
De nuestra carne bajo el frágil barro,
¿no hay una luz acaso que palpita?

¡Dejad que el poeta vea
en la noche sombría
la visión luminosa de otro mundo,
de gloria inmarcesible y de poesía!

¡Permitidle creer
en su esencia divina,
en la inmortalidad de su destino,
y de la muerte más allá.... en la vida!

Dejadle que a su raza
pinte su fantasía,
como un despertamiento milagroso
en las entrañas de la selva umbría.

Dejadle ver su sombra
levantarse afligida,
y a los fulgores tristes de la luna
pasar llorando su heredad perdida...

¡Del sepulcro en las grietas
brotan las siemprevivas,
y de la vasta tumba de la estirpe
surge en raudal ingente la poesía!

III

Aun su humana envoltura
el alma de la raza no ha dejado,
y aun vive en el *tapuí* (1) donde corrieron
sus venturosos años.

Bajo formas distintas
persiste su pasado,
y en impalpables átomos dispersos
de lo que fué en el mundo aún queda algo.

Los árboles del bosque son los toldos
por la mano de Dios trasfigurados,
y el cerro es un anhelo
que el gran *tupá* (2) dejó petrificado.

Hay un ansia sublime de infinito
del cocotero altivo en el penacho,
y de cosas muy tristes
los sauces y el arroyo están hablando.

(1) Toldería de indios.
(2) Tupá, el gran espíritu de los guaraníes del Paraguay y Brasil.

Se afirma un ideal entre las ondas
de los tersos remansos,
y hay bocas que suspiran en las grietas
de los rugosos troncos centenarios.

Las flores que en la selva
brindan perfumes gratos,
no son sino palabras nunca dichas
del primitivo idioma ya olvidado.

En el viento que gime lastimero
va flotando un dolor no formulado,
y calla un pensamiento
bajo cada peñasco...

En todo está dormido,
como en un sueño arcano,
lo que fué de la estirpe, lo que el tiempo
sumergió en sus abismos ignorados.

Y a una voz que desciende,
solemne, de lo alto,
los átomos dispersos se condensan
y las cosas de nuevo van tomando

sus formas primitivas,
¡para surgir de su sepulcro, en tanto,
el infeliz indígena, acudiendo
al supremo mandato!

IV

Cuando en un mar de sombras
del Sol naufragan los postreros lampos,
y sólo alumbra el enlutado cielo
de las estrellas el fulgor escaso;

cuando las aves en sus nidos duermen
y el viento está callado,
y en el amplio cordaje de la selva
el himno de la vida se ha apagado;

cuando ya la tiniebla impenetrable
en la loma se extiende y en el llano,
y apenas turba el funeral silencio
del manso arroyo el murmurar lejano,

se alza, de pronto, en el boscaje umbrío,
rumor profundo, indescriptible, extraño,
cual si del fondo mismo de la tierra
surgiesen gritos de dolor amargo.

¿Quién en la oscura noche
los ecos lanza de su acerbo llanto?
¿Quién así turba la serena calma,
la selva despertando?

¿Quién va como un espectro misterioso
la tiniebla cruzando?
¿De quién son esos gritos estridentes,
de maldición al blanco?

V

Mirad: ya, de la luna
al pálido fulgor, a ver se alcanza
las formas indecisas
de la llorosa aparición que anda.

No es un engendro que forjó la mente,
no es una sombra vana:
es más que una ilusión de los sentidos,
¡es el fantasma de la muerta raza!

Es lo que queda de la vieja estirpe,
lo que queda en la patria
del pueblo aquél que dominó orgulloso
desde Orinoco al Plata.

¡Eso que veis es realidad viviente,
es más que el cuerpo, el alma,
el alma indestructible que retorna,
y entre las sombras de la noche vaga!

VI

Es un indio el que va..., pero es un indio
de contextura extraña:
son sus carnes de bronce que chispea,
y sus ojos son llamas.

Las palmeras sus verdes abanicos
abaten cuando pasa,
los árboles se inclinan, y sus pétalos
vierten las pasionarias.

Las aves con sus plumas de colores,
las fieras con sus pieles dibujadas,
reptiles, mariposas,
lo que vuela o se arrastra...,

todo despierta al eco de su llanto,
como a un conjuro se alza,
y en apretada multitud camina
en pos del alma errante de la raza...

Y el indio va, meditabundo y solo,
encorvada la espalda
bajo el peso de todos los recuerdos
de su vida pasada.

Más allá del espíritu,
no ve ni escucha nada.
¡El mundo en que camina es otro mundo,
el mundo fenecido de su raza!

Y cuando, al fin, el linde
del bosque espeso alcanza,
bajo la luz incierta de la luna
crecer parece su figura extraña.

El aura de la noche
mueve su larga cabellera lacia,
y ardientes brillan sus pupilas negras
como dos soles en su carne pálida.

Su frente altiva, despejada, hermosa,
que no humilló ante nada,
el sello lleva del dolor profundo
que más allá de la existencia arrastra.

Su mano férrea que agitó en la lucha
la más temible lanza,
hoy sólo puede sostener el arco
en que se apoya al proseguir su marcha.

Todo su angustia dice
y su pesar delata:
su cuerpo exangüe, que se yergue apenas,
y su voz y su andar y su mirada...

Camina, en tanto, sin cesar camina,
y se esfuma en el llano, a la distancia,
para surgir de nuevo
en la loma empinada.

Camina hacia el gran río
que el nombre amado lleva de la patria,
para escuchar lo que sus ondas dicen
en la perpetua fuga de sus aguas.

Y en su orilla detiene
su fantástica marcha:
y mientras pasa la corriente undosa
vive la vida de su edad pasada.

El río, confidente peregrino
de todas sus nostalgias,
sabe el secreto horrendo de la pena
que su pecho taladra.

Sobre sus aguas descendió del norte
la ligera piragua,
que llevaba el mensaje de la estirpe
hasta el remoto Plata.

Sobre sus aguas arribó, más tarde,
la carabela blanca,

como siniestro nuncio de exterminio
para su pobre raza.

Y sus aguas también se confundieron
con su sangre o sus lágrimas,
cuando sonaron horas de martirio,
cuando llegaron días de venganza...

En él, de su pasado
todas las cosas le hablan,
cual si del limo impuro de su cauce
la voz de lo que fué se levantara.

Y el río ante sus ojos
toma formas humanas,
para ser como un viejo milenario
tendido frente a él, sobre la playa.

Anciano encanecido,
abuelo prodigioso de la raza,
que el acervo gigante de su vida
en su memoria guarda.

Por su boca oye el indio
la leyenda dorada,
de aquel tiempo lejano, en que riente
sol de ventura iluminó su patria.

De aquella edad florida
en que pasó la raza,
como *el aliento de la tierra*, libre,
sin dudas, sin pesares y sin lágrimas.

De aquel sublime idilio,
que suspendió la airada
mano de la conquista, proclamando
vencedora la enseña castellana...

Y mientras habla el río,
animando la nada
de las cosas extintas para siempre,
la realidad en torno se levanta.

De su estirpe no queda sino un eco
en su heredad llorada:
el eco de su lengua, en que palpita
algo como un destello de su alma.

¡Y aun flota el camalote
sobre las ondas claras,
y el yacaré (1) medita en las riberas
y cantan en las selvas las calandrias!

¡Aun el tigre y el puma
por los boscajes andan,
y aun el *chajhá* (2) vigila en el estero
y grita el *chiricote* (3) en las cañadas...!

Todos existen en el suelo hermoso
donde alentó la estirpe soberana,
¡ay, sólo ella se perdió en la sombra
de la noche más larga!

Para ella sólo el *ysypó* (4) no forma
sus frescas enramadas,
sobre la verde alfombra florecida
de la menuda grama.

Y son ya para otros los primores
de una tierra adorada,
donde el árbol *desmaya de sus frutos
bajo la ruda carga.*

En el cristal sonoro del arroyo
otros ya se retratan,
y otros escuchan el eterno grito
que da la catarata.

---

(1) Cocodrilo americano.
(2) Aruco, ave zancuda americana.
(3) Especie de roscón del Paraguay.
(4) Planta trepadora sarmentosa.

Sus fuegos apagados no convocan
    a las tribus lejanas,
ni el humo de su hogar, sobre los montes,
    al cielo se levanta...

¡Todo aun existe en su heredad perdida,
    tan sólo de su raza
no queda sino el eco de su lengua
y algo como un destello de su alma!

VII

Cuando en la roja lumbre matutina
    se diluyen las sombras,
y el río, empurpurado, es como sangre
    que de una arteria brota,

el indio pensativo se levanta,
    los cielos interroga,
y en lo más hondo de sus ojos negros
    se refleja la aurora.

De volver al misterio de la tumba
    ha llegado la hora,
y en su arco apoyándose de nuevo,
    penosamente torna.

Abigarrada muchedumbre inmensa
    le sigue silenciosa,
como si el mundo de las cosas vivas
    que en la noche reposa,

su homenaje rindiese, de la estirpe
    a la sacra memoria,
en pos marchando del fantasma extraño
    que en las tinieblas llora.

Caminan, van a la callada selva,
    que el sol naciente dora,
y en el llano esfumándose, aparecen
    en la empinada loma.

Los árboles se inclinan a su paso,
en actitud piadosa,
cual si el dolor sintieran, infinito,
que en el ambiente flota.

¡Y hasta el guijarro humilde del sendero
su obscura frente asoma,
para decir adiós a los que pasan,
con su sellada boca...!

Y el indio va, meditabundo y solo,
a perderse en la sombra,
para esperar la noche venidera
propicia a su existencia dolorosa...

VIII

Del día y de la noche
en la eterna batalla,
ha triunfado la luz, y en el oriente
asoma rubicunda la mañana.

Incendiado parece el negro bosque,
del sol bajo las llamas:
las aguas del estero arrojan chispas,
y jirones de niebla se levantan.

¿Qué fué del indio triste,
encarnación del alma de la raza?
Mirad: sobre la arena que ha pisado
la huella se conserva de su planta.

Penetrad de la selva
en las mismas entrañas,
y le veréis marchar meditabundo,
como aplastado bajo enorme carga.

Y cuando en la espesura
salvaje, enmarañada,
se pierda a vuestra vista, de su llanto
escucharéis la nota soterrada.

Y aun más, cerrad los ojos,
bajad a vuestra alma,
y veréis su visión pasar de nuevo
bajo la luz triunfal de la mañana.

Que es allí donde vive
lo que perdura de la muerta raza:
los acentos postreros de su lengua
y algo como un destello de su alma.

A LA PATRIA

Soberbia cual la palma en la llanura,
sintiendo hasta la tierra estremecida,
sufriste la tormenta embravecida
que ciega marchitara tu hermosura.

Tus hijos combatiendo con bravura
al pie de tu bandera no rendida,
cayeron con la frente siempre erguida,
altivos en la inmensa desventura.

Cayeron..., y en sepulcros tus ciudades
se tornaron y en mudas soledades,
Mas, ¡ay!, como la triste madreselva

que brota entre las tumbas y las ruinas,
¡así, Patria, te erguiste inmaculada
por la fama y la gloria coronada!

SONETO

¡Cuán largo y cuán obscuro es el camino
de la vida! El sol de la esperanza
sobre el alma del pobre peregrino
un rayo apenas de sus rayos lanza.

El pasado, tinieblas... Y el destino
del hombre en el futuro, lontananza
de tinieblas también... ¡Y algo divino
llena este ser que a iluminar no alcanza

el profundo misterio en que palpita...!
Largo el camino. Entre la sombra oculta
la víbora se enrosca. Y la infinita

tristeza de la vida el Mal abulta.
Sigamos nuestra marcha hacia la cumbre:
¡abajo sombras y en el cielo lumbre...!

RIMA

Cuando ayer en el mundo vivía
tan sólo conmigo,
y en la faz del espejo encontraba
mi único amigo,
el dolor no mordía a mi pecho,
y nunca un suspiro
al brotar de mis pálidos labios
llegó hasta mi oído;
era el mundo un edén delicioso,
mi hogar era un nido,
y mi madre era el Dios que adoraba
con mi fe de niño.

Pero un día, de amargo recuerdo,
te hallé en mi camino,
y dejando mi hogar y mi madre
te seguí perdido.
En el mundo encontré a cada paso
millares de amigos,
y mi mente llenaron al punto
los locos delirios.
Pero aquello fué ensueño de un día,
pasó fugitivo,
y al buscar la amistad a mi lado
me encontré... conmigo.

Y de vuelta al hogar venturoso
que dejé aturdido,
en la puerta me hallé con mi madre
que estrechó en sus brazos
al hijo perdido.

A MI HIJA (1)

Flor de mi juventud, hija querida,
alegre compañera de las horas
más dulces de mi vida,
¿en qué región del universo moras?

Te busco en mi orfandad y no te veo,
te llamo y no respondes a mis cuitas,
y sorda a mi deseo
ante mi pena cruel no resucitas.

¿No escuchas mis palabras? ¿No te espanta
lo horrendo del dolor que me devora,
hija amorosa y santa,
ni ves al pobre mártir que te llora?

¿En dónde estás, estrella luminosa,
perdida de la tumba en el arcano?
¿Por qué la dolorosa
senda no alumbras en que lloro en vano?

¿En dónde estás, fragancia de mi huerto,
incienso de mi altar, lumbre encendida
en el templo hoy desierto
de mi brillante juventud florida?

¿Por qué me dejas padecer la pena
más honda y más cruel, sin que a mi llanto,
idolatrada nena,
respondas en la paz del camposanto?

---

(1) Este poema, y los dos siguientes, los escribió Juan O'Leary en memoria de la muerte de su hijita Rosita, el 22 de abril de 1915, cuando contaba ésta apenas 12 años.

¿Será posible que de ti no quede
sino un poco de polvo ceniciento,
que bajo el soplo leve
se esparcirá del implacable viento...?

En medio de mi angustia me golpeo
la frente, en vano, por saber lo ignoto,
por ver lo que no veo
del sepulcral abismo en lo remoto.

La noche nos rodea, e impenetrable
se interpone el Misterio en el camino,
guardando el espantable
enigma de la Vida y del Destino.

Pero mi amor, más fuerte que la nada,
y mi dolor, más grande que la muerte,
hace hablar la callada
tumba en que yace tu materia inerte.

Y si tu voz no escucho, hija querida,
y si tu grata imagen no contemplo,
cual vida de mi vida
sobre mi propio espíritu te siento.

En las horas sin luz de mi agonía
gravitas de mi alma en lo profundo,
y siento que eres mía
y que sigues mis pasos en el mundo.

En mis noches de insomnio, cuando velo,
bajo mi pesadumbre enloquecido,
¡tú bajas desde el cielo
hasta mi corazón adolorido!

Tú me sostienes en la lucha impía,
y cuando cedo al fin, y desfallezco,
hija del alma mía,
en tu recuerdo me repongo y crezco.

Yo sé que en el hogar estás presente,
que junto a mí, caminas sin ventura,

y llenas nuestro ambiente
con los efluvios de tu alma pura.

Yo sé que mi dolor no te es extraño,
y que al cumplir la ley de tu destino,
heridos por un rayo
fuimos al mismo tiempo en el camino.

Yo sé que te he de hallar, que tú me esperas,
prolongación eterna de mi vida,
y que en otras riberas
entre mis brazos te veré algún día...

Mas ¡ay!, en la orfandad de tu cariño
no hay fe que me consuele poderosa,
¡y lloro como un niño
ante la amarga realidad odiosa!

Flor de mi juventud, hija querida,
alegre compañera de las horas
más dulces del mi vida,
¿en qué región del universo moras?

Julio 14 de 1915.

¡MUERTA!

¡Sobre mi pobre mesa de trabajo
y a la luz de la lámpara
que ilumina mis noches de vigilia,
entre las cuatro tablas
de tu ataúd, tendida para siempre,
te vi dormir callada
el sueño de la muerte, sempiterno,
el sueño que no acaba!

¡Rosa entreabierta, de perfume llena,
en la primer mañana
de una tranquila juventud dichosa,
por la mano tronchada

de tu destino cruel, rodaste mustia
y empapada en mis lágrimas,
hasta el obscuro fondo de la tumba
que tus despojos guarda!

Y eras de mi existencia la alegría,
y en mis rudas batallas
alentadora fuerza, fe constante,
inmortal esperanza.
¡Bajo la sugestión de tu cariño,
vibrante en tus palabras
y en la acariciadora luz divina
de tu dulce mirada,
la dicha florecía en mi camino,
y la perfidia humana
se estrellaba a mis pies, sin conturbarme,
impotente y huraña,
mientras en otros mundos mis ensueños
agitaban sus alas!

¡Oasis de paz y amor en el desierto
de nuestra vida amarga,
en ti descanso hallaba a mis fatigas,
olvido a mis desgracias,
consuelo a mi dolor o a mi tristeza
cuando al hogar tornaba,
tras la lucha diaria de que sale
en jirones el alma,
herido de dolor por la calumnia
de las gentes ingratas
y por tanta maldad que nos acosa
con inclemencia bárbara!

Aun tu presencia llena nuestro ambiente,
aun llenas nuestra casa
con los recuerdos, frescos todavía,
de tu risueña infancia.
Tu alcoba, saturada en tu perfume,
parece que te aguarda,
y tu mudo piano, entristecido,
tu larga ausencia extraña.
En cada objeto que tocó tu mano

parece que nos hablas
y tu nombre repiten por doquiera
las aves y las plantas
de ese jardín en que cruzar aun vemos
tu silüeta blanca,
y escuchamos los ecos que dejaron
tus últimas pisadas.

¡Imposible creer que ya no existes,
que ya no queda nada
de todo lo que fueras en el mundo,
y entre las cuatro tablas
duermas, de tu ataúd, el largo sueño,
el sueño que no acaba!

Y yo te contemplé sobre mi mesa,
envuelta en tu mortaja,
y puse un postrer beso al separarnos
sobre tu frente helada.
Yo te seguí, rebelde a mi infortunio,
cual pálido fantasma,
y te dejé en la puerta misteriosa
de tu última morada.
Yo vi cómo las sombras de la tumba
sobre ti se cerraban,
mientras velando al pie de tu sepulcro
la muerte se sentaba,
para guardar lo que de ti allí queda:
¡polvo, miseria, nada!

Julio 20 de 1915.

SOLLOZOS

(A mi hija muerta)

La corriente del tiempo nos aleja,
implacable y tenaz,
y por cada minuto que transcurre
se ensancha de la muerte el negro mar.

Desde la triste playa de la vida,
yo te miro avanzar
hacia la sombra inmensa del misterio
que oculta el pavoroso más allá.

Y mientras ruge la tormenta airada
que hiciera zozobrar
la nave en que cruzáramos el mundo,
dejándome en horrible soledad...,

vuelvo a vivir los días de tu infancia,
llenos de claridad,
y despunta en el fondo de mi alma
de una aurora la lumbre matinal.

Abstraído, pensando en el pasado,
llego el cuadro a borrar
que dibuja el presente ante mis ojos
en una perspectiva sepulcral.

Y otra vez a mi lado te contemplo,
como en un tiempo ¡ay!,
como en un tiempo que pasó... y escucho
de tu palabra el eco resonar.

Y vivo siglos de una vida intensa
en el tiempo fugaz
en que surges, radiante, ante mis ojos,
en medio de la densa obscuridad.

La cruz de mi dolor desaparece,
y deja de sangrar
aquí, en mi pecho, el corazón herido
por una pena que no tiene igual.

Y, un instante viviendo de tu vida,
me es posible llenar
el profundo vacío de mi alma
y el vacío también de nuestro hogar.

Pero se apaga el lampo del recuerdo,
y se vuelve a cerrar

la noche del dolor sobre mi frente,
¡la noche de la horrible realidad...!

Omnipotente amor, todo lo puedes,
hasta el polvo animar
de los que duermen el eterno sueño,
de la tumba en el lecho funeral.

¡Yo sé de tu potencia y del milagro
de tu fuerza vital,
ya que das vida a un corazón que ha muerto
y hasta al mudo sepulcro haces hablar...!

Abril 22 de 1918.

DON QUIJOTE (1)

...Y un día Don Quijote pasó por nuestra tierra,
en ideal cruzada, cruzado caballero,
erguido en los estribos, el continente fiero,
por la razón negada y la justicia en guerra.

Y en la vasta llanura y en la empinada sierra
aun queda de su paso, marcada en el sendero,
la señal sanguinosa del luchar tesonero
contra la fuerza bruta, cuyo poder aterra.

---

(1) Yo me atrevo a afirmar que no solamente (Don Quijote) existió, sino que el Paraguay le vió pasar un día por sus campiñas, prosiguiendo su cruzada al borde de sus esteros y sobre sus empinadas Cordilleras. Mirando con sus ojos, viendo las cosas a la distancia, tal como él las veía, yo distingo su trágica silueta, en aquella sin igual aventura en que caímos por la libertad de una doncella desamparada —el Uruguay—, bajo los golpes triplicados de los *malsines y follones* de la Triple Alianza. Fuimos el Quijote de América, tocándonos en suerte sucumbir, tras la postrera jornada, para quedar de pie en la Historia —ese inmenso y eterno libro de caballería—, igual que Don Quijote. (Tomado de una conferencia dada por el señor O'Leary en el Colegio Nacional, el 23 de abril de 1916, tercer centenario de la muerte de Cervantes.)

De su lanza en astillas los restos dispersados,
de su espada en pedazos los añicos violados,
a los flacos del mundo ya no defenderán;

¡que, tras de cinco años de lidiar, temerario,
frente a triple enemigo, sucumbió solitario,
orgulloso y altivo, junto al Aquidabán!

BULLO (1)

Hijo de Italia, compartió la suerte
de los más bravos héroes de esta tierra,
y en los terribles días de la guerra
detrás de nuestra enseña fué a la muerte.

Con el rudo morrión de tosco cuero,
vistiendo la encarnada camiseta,
en fuego ardiendo de pasión secreta,
en el «Cuarenta» destacóse fiero.

El Bellaco, cien veces su osadía
contempló, con asombro, en la porfía
por detener al invasor triunfante;

y al sucumbir en Tuyutí, pujante,
sobre el Reducto Estrella (2), envuelto en gloria,
¡para siempre de pie quedó en la historia!

---

(1) En una mañana de 1865, se le presenta al General Díaz, en su cuartel de San Francisco, un italiano recién llegado de Villarica, pidiéndole un puesto entre los soldados y manifestándole que quería morir por el Paraguay. Por ser el primer extranjero que se ofreció al Paraguay, el General Díaz le dió un puesto de honor entre sus soldados: le puso en el Batallón 40, acaso el más famoso del Ejército Paraguayo. Ser del 40 era un título, al que todos aspiraban.

(2) Reducto Central, llamado también *Reducto Estrella,* por su forma.

CAACUPE

Apacible rincón en que descanso,
refugio delicioso de mi vida,
¡cómo el encono curas de mi herida
y en ti reposo a mi ansiedad alcanzo!

Amo tu dulce, tu profunda calma,
tu supremo silencio, tu sedante
campesina quietud, que anega el alma,
tu balsámico ambiente acariciante...

En el andar ingente de mis días
eres como un remanso compasivo
bajo las ramas de un vergel florido.

Y, mientras pasa la veloz corriente,
entre tus ondas giro indiferente,
sin saber de pesares ni alegrías.

EL PRIMER LAMPO

La voz que en Villalar fué redentora
halló en el Paraguay eco lejano,
que resonó en el mundo americano
como el anuncio de cercana aurora.

Fué aquí, en la tierra guaraní oprimida,
donde a Padilla sucedió Antequera,
y por la sacra causa comunera
un pueblo en holocausto dió la vida.

Tierra de promisión para el martirio,
aquí, de un ideal en el delirio,
a imposible conquista nos lanzamos.

¡Y si vencidos fuimos por la suerte,
desde el profundo abismo de la muerte
hasta la libertad nos levantamos!



Bareiro (Francisco L.)

Revela Bareiro una inspiración en que el vuelo lírico es ponderado por conocimientos filosóficos. Cuando iba a ser una de las esperanzas de las letras patrias, algunas decepciones de la juventud le impelieron a buscar distracción en los viajes. Desde entonces ha quedado su lira enmudecida. De las pocas poesías que escribió, «Humaitá» es una, muy conocida.

HUMAITA

I

Destruída la temible fortaleza,
réstale, al fin, como última cortina
al huracán, ya inútil que se obstina,
la noble iglesia que a volcar empieza.

Deshecho el vientre, arrastra, se endereza,
y al estampido hiriente que la inclina,
la heroica combatiente más se empina,
bañada en roja lumbre la cabeza.

Así quedó..., y el ademán grandioso,
sobre la selva lóbrega, infinita,
su inmensa gloria en sombras deposita.

Ultimo gesto, enorme y doloroso...
Mudo y eterno agonizar glorioso...
¡He allí, en la piedra, la leyenda escrita!

II

La enhiesta ruina, cual laurel, ostenta
obscura rama en la alta sien clavada
—débil naranjo, que mejor que nada,
del largo batallar las furias cuenta—.

Sobre la informe torre se sustenta,
en la cornisa por el hierro arada;
y a su sombra, se yergue, coronada,
la raza fuerte que luchó el setenta.

...¡Que su silencio espanta!, y sólo quiere
el que ascendió con ella himno temible
de silencio mortal e inextinguible!

¡Que tu silencio en tu desierto impere!
Escrito está sobre Humaitá invencible,
bajo el naranjo: «¡Un pueblo heroico muere!»

ESPUMA

Tirita el mar azul al soplo blando
del viento helado. En las quebradas peñas,
a la penumbra incierta de la tarde,
la leve espuma juega:

asciende a saltos, en hinchados copos,
y deshecha en el aire, gira, ondea,
para caer sutil y replegada
en blanquecina rueda.

De pedral en pedral hasta lo lejos,
este juego de plumas se renueva
a cada golpe de onda, a cada silbo
de ráfaga violenta.

En las tintas rosadas del ocaso
bandadas de gaviotas asemeja
que al ímpetu del viento y de las olas
cantan, revolotean...

Recuerdos de la patria saturados
de besos santos y caricias tiernas,
¡cómo llenáis el mar que miro y amo
de la chilena tierra!

JOSE DE LA CRUZ AYALA (1)

En el arpa sublime de la Historia,
los ecos plañideros del calvario
son el himno inmortal y legendario
que le canta al vencido su victoria.

Profética sibila de la gloria,
al cívico patriota legionario,
del martirio al redoble funerario,
le deifica inmortal en su pretoria.

Vedle, de luz su frente iluminada,
al través de la losa que le abate,
meditar la labor de su jornada;

magnetizar la inspiración del vate,
templar las almas a la suya airada
y elevarse en egida del combate.

(1) Periodista paraguayo.

Dahlquist (Juan R.)

Profesor normal. Todas sus energías las ha encaminado a las tareas pedagógicas. Ha cultivado, sin embargo, en los momentos libres, con especialidad la poesía de carácter escolar.

EL SANTA FE

Suena, pronto, el aire agreste de un violín y una guitarra,
anunciando a la tertulia que se inicia el *santa fe* (1),
y al instante forman cuadro al abrigo de una parra
tres galanes, con sus mozas de vestido mordoré.

Se saludan cortésmente las parejas bailadoras
cuando suenan nuevamente la guitarra y el violín;
y los músicos preludian las estrofas más sonoras
del curioso repertorio que no tiene jamás fin.

El allegro estalla luego de los dedos, que simulan
castañuelas manejadas con sin par prolijidad;
y hay magnéticas corrientes de ternura que circulan
al formarse la cadena con marcada habilidad.

Y la música señala con más vivo movimiento
que al saludo y la cadena sigue el valse tentador;
y de en medio de dos damas, con marcado acogimiento,
sale brioso un guapo mozo que es insigne bailador.

---

(1) Baile clásico paraguayo.

Le hace frente una morena que en las trenzas lleva, airosa,
madreselvas y claveles, colocados con primor;
mientras ella, sandunguera, bajo palmas victoriosas,
en el recio zapateo, él no encuentra igualador.

Ya se toman de las manos y comienzan a agitarse,
demostrando su pericia en el arte de valsar;
mientras ella coquetea, la pollera al levantarse,
él, con gracia incomparable, quiebros hace al saludar.

Se suceden las parejas entusiastas y afanosas
bajo el rústico emparrado de amplia fronda verde-mar,
y tras múltiples encuentros y cadenas primorosas,
se repite el aire agreste que se oyera al comenzar.

Se saludan cortésmente las parejas bailadoras,
y en gracioso ritornello la guitarra y el violín
aun entonan las estrofas, cadenciosas y sonoras
del curioso repertorio, que no tiene jamás fin.

Marrero Marengo (Ricardo)

Es un poeta de inspiración, que objetiva con intensidad y elegancia. Dotado de una gran facilidad de versificación, se ha dedicado con éxito, y casi con exclusión, al soneto, que, en Marrero Marengo, por su factura, es irreprochable.

AL PARAGUAY

Si tu recuerdo evoco, patria amada,
con la nota del alma más ardiente,
poniendo en tu corona bronceada
humilde rama de laurel luciente;

es que bulle en mis venas un torrente
de patrio amor, que lleva entusiasmada
mi fantasía, hasta besar tu frente,
esa frente viril y venerada.

Si en titánica lucha adormecida
caíste envuelta en un jirón de gloria,
no quedará tu fama obscurecida:

brillarán tus proezas en la Historia,
y del progreso la encendida tea
te arrastrará a las luchas de la idea.

CURUPAITI

Despertaba la aurora. En las guerreras
huestes sonó el clarín el aire hiriendo
y en el espacio retumbó el estruendo
de rudo batallar. Legiones fieras,

estrellándose al pie de las trincheras,
al tronar del cañón iban cayendo,
mientras flotaban del volcán tremendo
sobre el cráter las bélicas banderas.

Al declinar el sol, con la victoria
por esfuerzo espartánico lograda,
surgió Curupaití para la historia

del Héroe genial de la jornada;
y escalaron las cumbres de la gloria
la patria, el nombre, el corazón, la espada.

HUMAITA

Desde la nave que de ti me aleja,
envíote un adiós, heroico suelo,
cuyas grandezas contempló ese cielo
que es hoy azul porque tu paz refleja.

Mi paraguayo corazón su queja
lanza al viento, Humaitá, con desconsuelo,
al recordar la época de duelo
que a la viril Esparta te asemeja.

¡Salve, Humaitá! De tu imponente ruina,
con el tiempo, quizá no quede nada
que eternice tu hazaña peregrina;

pero tu fama en nuestra patria historia
eternamente quedará grabada
cual luminosa página de gloria...

PRIMAVERA

Caduca Invierno. En la azulada esfera
brilla con suaves, tibios resplandores,
pródigo sol que da vida y colores
a la que fué hasta ayer triste pradera.

La vida por doquier potente impera:
bajo rayos de sol germinadores,
se alza el himno triunfal de los amores,
vibrando inmenso en la creación entera;

y al soplo de la brisa perfumada,
¡oh, diosa soberana y esplendente!,
el alma goza la ilusión soñada

y Amor incendia el corazón ardiente.
¡Primavera inmortal, madre de ideas,
tú eres vida y amor; bendita seas!

LA SERENATA

Cuando en el firmamento brille la luna,
y vierta sus fulgores en tu ventana,
y nos anuncie el eco de la campana
que el reloj de la torre marca la una;

cuando ya por doquier no haya importuna,
ni una sombra que vague de forma humana:
asómate a tu reja, bella sultana,
soñadora de amores, y haz mi fortuna.

Asómate a la reja de mis consuelos:
besará tu hermosura desde los cielos
la transparente luna con luz de plata;

y en la noche serena, y entre perdidos,
vagos ecos nocturnos de extraños ruidos,
te dirá mis amores la serenata.

IGNACIA (1)

Fué una flor exquisita y delicada;
la más hermosa que el suburbio viera;
la que en humilde cuna se meciera,
de maternos arrullos olvidada.

A su suerte infeliz abandonada,
de su inocente vida en la carrera,
rodó al abismo en su pasión primera
por hálitos del vicio trastornada.

Tal la hallaste una vez. Con fe y nobleza
de artista, la arrancaste á la impureza
que no logró manchar su pecho tierno,

¡y en el fuego inmortal que purifica,
redentora pasión la dignifica,
con el puro y subllime amor materno!

(1) A propósito de una novela titulada así.



Freire Esteves (Gómez)

Otro de los muchos cultores de las bellas letras que, después de un breve período de escribir versos, se consagró a la política. Sus composiciones son sutiles y de aristocrática delicadeza. Todos sus versos son producto de una concepción intensa.

CREPUSCULOS

I

Se acerca la mañana. El cielo ostenta
un horizonte de color de rosas,
horizonte, do brotan mil capullos
de ilusiones, de amor, ¡flores de aurora!
Primeras flores de la vida humana,
que germinan, florecen y se agostan,
como todas las dichas de este mundo,
fugaces mariposas...
Susurra la creación,
canta el espacio
y el universo todo se estremece,
cual si un beso de fuego huracanado
recibiera de un Ser que engendra seres...
Palpita vida, por doquier, palpita,
y entre las pompas de un azul que encanta,
radiante centellea un sol de glorias,
el victorioso sol de la esperanza.
Ese es el cuadro,
soberbio y grande,

de esa edad de ilusiones y sonrisas
que llamamos juventud en nuestra tarde.
Rojo horizonte
do habitan sueños...
Crepúsculo del alma en la alborada,
¡primavera inmortal del sentimiento...!

II

Se acerca la penumbra. El cielo ostenta
un horizonte de color violáceo.
Lejanía de adioses y recuerdos,
de tristeza sin fin, ¡flores de ocaso!
Ultimas flores de la humana vida,
que no mueren jamás en nuestras almas,
y que crecen, tal vez, sobre el sepulcro,
como lirios regados por las lágrimas.
Solloza la creación,
llora el espacio.
Y el universo todo se adormece,
cual inmenso desierto en que palpitan
las sombras del silencio y de la muerte.
Todo calla, y las nubes cenicientas
van cubriendo tan sólo al sol que marcha
el gran sol cuyos últimos reflejos
aun nos hablan de vida y de esperanzas.
Ese es el cuadro,
triste y solemne,
de esa edad de amarguras y recuerdos
que se llama ancianidad desfalleciente.
Negro horizonte
do habitan dudas...
Crepúsculo del alma en el ocaso,
¡soledad espantosa de las tumbas...!

VOCES DEL ABISMO

¿Quién no ha escuchado alguna vez, pensando,
en el silencio de las noches lóbregas,
algo como gemidos del Averno,
que nos hablan de un mundo entre las sombras?

¿Quién no ha escuchado alguna vez, perplejo,
cuando la duda anocheció en el alma,
algo como el rumor de un oleaje
que se agita besando ignotas playas?

¿Quién al pensar en los misterios hondos
que a nuestra pobre humanidad aquejan,
no ha percibido alguna vez, temblando,
la voz terrible de la Sima eterna...?

¡Sí! ¡Cuántas veces a mi oído suenan
esos rumores del ignoto mundo,
que hablan de noches sin auroras,
del hombre y del sepulcro!

Oigo preguntas por doquier tan vagas,
tan hondas como obscuras,
que el alma se anonada confundida
por tanta obscuridad y tanta duda.

Oigo la voz de la impotencia humana,
la voz de los filósofos,
clamando en vano por rasgar el velo
del negro arcano que nubló sus ojos.

Oigo de boca de esa enorme esfinge
que llaman metafísica,
mil grandiosos problemas, mil hipótesis,
que en vano buscan resolver enigmas.

¿Existe un Dios que construyó el gran caos,
y que formó los mundos?
Antes del caos, ¿existió la nada?
En la infinita soledad, ¿qué hubo...?

La primer causa, el primer principio
de la existencia universal, ¿quién sabe?
¿Cuál es el fin de esa existencia mágica,
al través del espacio y las edades...?

¿Quién es el Hombre, emperador del mundo?
¿Quién es? ¿De dónde vino?

En su mente de bestia soñadora,
la chispa del pensar, ¿quién ha encendido?

¿Sólo es de barro su estructura mísera,
o acaso lleva en su interior un alma?
¿Obra con libre voluntad consciente,
o es tan sólo juguete de las causas?

La muerte ¿es fin de las humanas cosas?
¿Guarda la tumba un *más allá* de vida?
¿Todo es un cambio de materias viles
con arreglo a las leyes de la química?

¡Ah! ¡Cuántas veces estos gritos oigo,
parecidos a voces del Averno,
que me hablan de un mundo entre tinieblas:
el nebuloso mundo del misterio!

¡Sí! ¡Cuántas veces a mi oído suenan
con el rumor de una marea lejana...!
¡Es el oleaje de las Sombras Mudas,
palpitando en la noche de las almas...!

SUEÑOS

Yo sueño con el reino de una justicia eterna,
yo sueño con el triunfo de ansiada libertad,
y en el desierto triste de mi soñar quimérico,
no cruzan sino sombras de hermosa irrealidad.

En mi alba tempestuosa palpitan mil visiones,
mostrándome un futuro de gloria y redención;
y sueño con utópicas grandezas imposibles,
con patrias oprimidas en santa rebelión;

con verbos indignados vibrando en las tribunas,
con rayos de tormentas de furia popular:
y tras un mar sangriento de heroicos sacrificios,
con la ciudad grandiosa de paz y bienestar.

Yo sueño con la Aurora del hombre y de los pueblos,
Aurora nunca vista que guarda el porvenir,
Aurora apocalíptica que al son de sus trompetas
anuncie a todo el mundo de servidumbre el fin.

Yo sueño con el triunfo de un socialismo extraño,
que colme de ventura a los huérfanos del pan;
y el clamoreo rebelde que se alza de la Tierra,
me habla de una próxima victoria sobre el mal.

Yo sueño con hercúleos, fantásticos heroísmos,
con Marsellesas libres, con truenos de cañón;
¡y sueño con apóstoles que crucen por el mundo,
resucitando pueblos cubiertos de baldón!

Yo sueño con la patria soberbia del futuro,
el Paraguay gigante marchando hacia la luz,
entre la salva inmensa del mundo americano
¡alzado sobre sangre de déspotas en cruz...!

En mi alma tempestuosa palpitan mil visiones,
mostrándome a lo ejos la ansiada libertad;
y en el desierto triste de mi soñar quimérico,
no cruzan sino sombras de hermosa irrealidad.

FUGAZ...

Pensativos idilios de acuarela,
nenúfares y anémonas del mar,
cariñosas espumas de la orilla,
en rodante visión de luz y perla,
¡pasad, pasad...!

Marejadas rebeldes e indomables,
aludes desdeñosos y sin ley,
solitarias centellas del abismo,
en un gesto de olímpico desastre,
¡besad mi sien!

Azulada neblina de los cerros,
eucarísticas aves del amor,
musicales cadencias de la pampa,
en el último abrazo del recuerdo,
¡adiós, adiós...!

Encarnados matices de la aurora,
explosiones sangrientas de la luz,
aquilinos plumajes de poeta,
en el trono del arte y de la gloria,
¡salud, salud!

Madrigales risueños de la plebe,
regocijos de Roma en bacanal,
Cortesanos y Augustos de la Historia,
en cortejo de risas y desdenes...,
¡pasad, pasad!

Marsellesas invictas de la lucha,
vibraciones de bélico clarín,
heroísmos y mártires del Gólgota,
en un limbo de Némesis augustas...,
¡venid, venid!

Ante el Patmos, soberbio, de mi vida,
donde vivo el exilio del dolor,
pasad, nubes rosadas de quimeras,
mariposas de luz, pasad cantando
un himno al Sol...

Pasad, blancas ondinas del silencio,
serenatas de paz y de quietud;
somnolencias dormidas de la noche,
como un aura de sombras y de besos,
en raudo tul...

Religiosas princesas del crepúsculo,
miradas pecadoras de mujer,
Magdalenas del vicio y de la historia,
como graves sonámbulas del túmulo,
pasad, también.

Pasad, místicos bardos del olvido,
caléndulas y númenes en flor,
epopeyas sin pompas de trïunfo,
pasad, todas las dichas de lo efímero,
cual un adiós...

Alejado en el Patmos de mi musa,
con extrañas videncias de Sinaí...,
sólo busco el coloquio de los Dioses,
porque enfermo de olímpicas locuras,
¡no sé reír!

Embriagado en celestes ambrosías,
sobre el solio superbo del desdén,
sólo quiero cantar la inmensa nota
de la lucha, del genio, de la lira,
¡y de mi fe!

Pensativo en mis grandes vencimientos,
¿lloraré la tragedia del dolor...?
Las tristezas del genio son altivas:
¡el martirio no es lágrima ni es fuego,
para el león!



Espinosa (Daniel Jiménez)

Después de escribir hermosos versos en su juventud, se dedicó a la oratoria. Es lástima que dejara de escribir poesías, pues su juventud hacía esperar de su hermoso talento, composiciones exquisitas para las letras paraguayas.

SOMBRA

Sombra que cruzas por la mente mía
cuando el pesar mi espíritu avasalla,
tú eres la nota que en mi lira estalla,
cual ronco trueno en tempestad bravía.

¿Qué serás para mí, sombra querida?
Tu callada tristeza, ¿qué me advierte?
En medio de mi vida, ¿eres mi muerte?.
O en medio de mi muerte, ¿eres mi vida?

¡Cuántos contrastes en mi vida incierta,
sombra que cruzas por la mente mía!
A veces lloro con la luz del día,
y a veces río con la sombra muerta.

Sombra que pasas para mí cantando,
sombra que pasas para mí gimiendo,
como un alma dichosa, vas riendo,
como un alma que sufre, vas llorando.

En las horas amargas de mi suerte,
sombra que formas mi ignorada historia,
¿me envuelves en los rayos de la gloria,
o me ciñes mortaja de la muerte?

Sea cualquiera mi modesta suerte,
siempre igual tú serás, sombra querida:
a veces has de ser como la vida,
y a veces has de ser como la muerte.

ENSUEÑOS

Tras esos bosques de la patria mía,
hermoso querubín,
está el hogar a cuya fresca sombra
tú vivirás feliz.

En esas tardes de apacible calma,
tardes del Paraguay,
vendrán las hadas con acento dulce
tu dicha a celebrar.

Una guirnalda de fragantes flores
tus sienes ornará,
como la casta frente de una novia
un velo de azahar.

Los azules ensueños seductores
tu alma poblarán,
y te dará su música hechicera
en la siesta el zorzal.

En su onda de cristal, el arroyuelo
tu imagen copiará;
y genios invisibles, en la arena
tu nombre grabarán.

En las noches bellísimas de luna
y plácida quietud,
para cantar tu arrobador beleño
templaré mi laúd.

Y será el extendido firmamento
el ancho pabellón
que frente al mundo servirá de símbolo
a nuestro inmenso amor.



Pérez Martínez (Marcelino)

«...Otro escritor de estilo es el joven Marcelino Pérez Martínez, maestro normal, periodista y poeta. Está llamado a ser un elocuente publicista y demuestra poseer cualidades superiores para ser un gran lírico. Está apasionado de la libertad y de la patria, dos fuentes de inspiración, en que inflamaran su estro poderoso Gallegos y José Mármol y Juan Carlos Gómez. Martínez escribe con mucha elegancia y donosura.»

(Dr. Cecilio Báez)

A LOS PROCERES DE LA INDEPENDENCIA

Tarda, patria, en estallar,
vibrando en alas del viento,
el soberbio llamamiento
que anuncie tu despertar.
Tres siglos viste pasar
a los pies de tu señora,
cuya diestra vencedora
unciera el yugo a tu frente,
besando, niña inocente,
la injusta mano opresora.

Fuiste de un trono salvaje
la Princesa americana,
y fueras regia sultana
en tu solio de follaje;
pero el rudo vasallaje

con derecho del más fuerte,
te dejó postrada, inerte,
sin existencia en la historia
ni esperanza por la gloria,
durmiendo el sueño de muerte.

Tus hijos en propia tierra
viven sin pan ni cabaña,
y, ardiendo en heroica saña,
van a sangrarse en la guerra;
el despotismo que aterra
violó los fueros sagrados;
y, si se ven profanados,
sin faltarles valentía,
es que tienen, patria mía,
los brazos encadenados.

Mas, la noche de centurias
que amortaja tu semblante
y apaga en la sombra helante
los ecos de tus penurias,
se borrará con las furias
de una encendida tormenta,
cuya ráfaga violenta
quebrantando el despotismo
lo arrojará en el abismo
donde el error se atormenta.

Ya la campana vocea
con tañidos estridentes,
y en mano de los valientes
arde la inflamada tea;
de la ciudad a la aldea,
toda la patria heredad,
cunde con gran ansiedad
la vibración altanera,
resonando hasta en la esfera
voz de patria y libertad.

¡Despierta, patria, despierta!,
súbito claman los bronces;
¡patria!, le responde entonces

el pueblo que espera alerta;
¡patria!, la noche desierta
en la montaña sombría,
y cuando la luz del día
te alumbró con regocijos,
ya en los brazos de tus hijos
¡despertaste, patria mía!

Tus héroes potentes fueron
Gamara, Yegros, Cabañas,
cuyas heroicas hazañas
nuevos senderos te abrieron;
con la sangre que vertieron
del Tacuary en la corriente,
el laurel para tu frente,
regaron, Virgen Indiana,
para honrarte soberana
con tu diadema esplendente.

Cuando el ibero león
de desgreñadas melenas
vió romperse las cadenas
eslabón por eslabón,
tomando el regio pendón,
con actitud altanera,
lo alzó, entre su zarpa fiera,
en el alto capitolio...
Bajó Itúrbide del solio
al pie de vuestra bandera.

Y ya las patrias legiones,
el regio estandarte hollando,
van a su paso humillando
las heroicas tradiciones;
nueva estirpe de leones
domina en la agreste playa,
y en pos del Sol que desmaya
detrás de la cumbre indiana,
va brillando soberana
la bandera paraguaya.

Arde en santo patriotismo
el alma del pueblo fuerte
y en polvo y ruina convierte
el trono del despotismo;
de llanos, montes y abismo
a las puertas siderales
extrañas voces marciales
suben en alas del viento:
¡salve del pueblo redento!
¡himnos de gloria triunfales!

CANTO A LA ESCUELA

(FRAGMENTO)

Sereno y con la frente descubierta
deténgome en tu puerta,
bienhechora mansión de la niñez,
mezclando con el coro de tus niños
mis acentos de cariños
aunque perdí mi dulce candidez.

Nuevo cauce de fuente redentora,
del Jordán, bullidora
la linfa se derrama en tu heredad,
donde acuden las almas inocentes
a recibir sonrientes
el bautismo del bien y la verdad.

Cuando esplendece el Sol de la mañana,
vocea tu campana
llamando a los obreros pequeñuelos,
y vienen al trabajo sin quebranto
entonándole un canto
que resuena en el coro de los cielos.

Son tus hijos los hombres inmortales:
quien pisó tus umbrales
lleva en su frente un rayo de tu luz,

cual llevamos del santo Cristianismo
trazada en el bautismo
la señal veneranda de la cruz.

El que siguiendo el vuelo de los astros
los encendidos rastros
señala con proféticos guarismos;
el que se interna con afán profundo
por el oculto mundo
a observar invisibles organismos;

el que, del mármol en los fríos poros,
a los golpes sonoros
del buril, prende sentimiento y alma;
el que en la lid candente de la idea
el pabellón flamea
batiendo airoso la gallarda palma;

quien sucumbe en la lucha soberana
por la conciencia humana
tras sí dejando luminosa estela...
Todos, todos, en fin, los que alcanzaron
fama o gloria, pasaron
por la modesta sombra de una escuela.

¡Qué desgraciado el que en la vida incierta,
no se acercó a tu puerta,
cariñosa mansión, alguna vez!
¡Alma infeliz que para el bien nacida
vaga sin luz, perdida
en el limbo de eterna lobreguez!

Con el fulgor rosado del levante
la humanidad infante
se inclina ante la ciencia soberana,
ofreciendo su canto en dulce coro,
y entre juegos y lloro
espera allí su juvenil mañana.

Van los niños cual aves trinadoras,
en las tempranas horas
al asilo de luz del pensamiento;

luego, ensayan sus alas, se levantan
y ávidas se lanzan
a cruzar el azul del firmamento.

EL URUTAU

Se va borrando en las lejanas lindes
la tinta escasa de rojiza lumbre
y el valle, el monte y la empinada cumbre
en la negrura se sumergen ya;
vapores tibios de la tierra suben
que en alas corren del ambiente flébil
y la natura como un cuerpo débil
en un marasmo sucumbiendo va.

Luego a las hojas el silencio aduerme,
apaga el eco postrimer del día
y el mundo yace en la mudez sombría,
de honda tristura modorrado el ser;
de pronto hiende la tupida selva
plañido helante, prolongado, intenso
que se propaga en el sombraje denso
y el sueño turba con pavor doquier.

Es el doliente Urutaú que vela,
y en sus desvelos sus angustias llora...,
quizá al silencio de la noche implora
algún favor de calma y lenidad;
y solloza, solloza en la tiniebla
estremeciendo el silo del boscaje...
¡La lobreguez tan sólo en su lenguaje
le responde en la muerta soledad!

Proscripto enfermo de la luz del día
en la negrura busca oculto asilo,
nidos de sombra do llorar tranquilo
el martirio cruel de su dolor;
y allí levanta en las calladas horas

aterido lamento de amargura
que semeja de ignota sepultura
del dormido desierto, exhalación.

Pálido espectro de una vida enferma,
siempre acosada por aciaga suerte,
tal vez claman sus gritos por la muerte
en su lento y eterno agonizar;
pero a sus voces ni la muerte acude...,
ni una lágrima rueda vulneraria,
que humedezca en la urna cineraria
del corazón, el polvo y sequedad.

Y en el cáliz transfijo de su pecho,
con sed de hienas el dolor impío
sorbió su sangre, agotó su brío...,
la fuente de su vida va a secar.
Hieren sus fauces como cuerda rota
los secos ayes que a deshora exhala
y su queja parece que resbala
como errabunda nota sepulcral.

¡Oh, ave solitaria de la noche!,
oyendo tu tristísimo lamento,
se agolpan en mi inquieto pensamiento
los ingratos recuerdos de otra edad;
sí; ¡yo escucho en tu acento lastimero
el duelo inmenso de la patria mía,
el eco de los ayes de agonía,
gemidos y congojas de orfandad!

En el vaso de tu alma sensitiva
tú trasvertiste todos los dolores
y condensaste en él los amargores,
a expensas tuyas, con tu propia hiel,
y arrojaste impasible el corazón
en el crisol intenso del martirio...
Hay en tu voz tribulación, delirio,
clamoroso lamento de mujer.

Tú penetraste en el hogar desierto
a llorar con mi madre y mis hermanas,

con niños, con inválidas ancianas
abandonadas para siempre ya;
y los seguiste en el sendero incierto
de aquella infanda proscripción maldita,
que de la sombra paternal, bendita,
cruelmente los privara, en su heredad.

Cuando el sol aparece en el oriente
y levanta su ¡salve! la natura,
el doliente cantor de la negrura
enmudece sus fauces a la luz,
cae en desmayo..., cual rígido cadáver,
entre la fronda humedecida yace...
El astro los aljófares deshace
sobre su frente en irisado tul.

Sus pupilas abiertas y dormidas
como sedientas de la luz quemante,
tiene fijas al disco deslumbrante
que marcha lentamente hacia el cenit;
y en su sueño de muerte modorrado
del astro sigue el insensible paso
hasta los lindes del ignoto ocaso
do entre cárdenas nubes va a morir.

Se hunde por fin, y la postrera lumbre
desparece sorbida en la negrura;
imprégnase el silencio en la espesura;
vuelve a llorar el triste Urutaú;
las hojas mustias del dormido bosque
repiten el acento plañidero
y el eco se propaga lastimero
a intervalos diciendo: «Luz...! ¡Luz...! ¡Luz...!»

Llora, llora en tu selva solitaria,
sobre el sepulcro de mis padres llora;
tú enjugaste sus lágrimas, otrora,
y eres custodio de sus tumbas hoy;
yo te acompaño; en mi vivienda obscura,
cual tú en la selva, velo zozobrando
y en mi zozobra, como tú, llorando
la triste suerte de mi patria estoy.

EL MAESTRO

En el retiro de la pobre ermita
albergue santo de inocentes almas,
está el maestro redimiendo niños,
de los dominios de la sombra ignara.

De su frente inspirada por la ciencia
brota una luz de sempiterna llama,
cuyo destello fúlgido, sereno,
es luminar de la conciencia humana.

Sus labios encendidos por el verbo,
la eterna fe de la verdad proclaman,
única estrella que a seguro puerto
conducirá la redentora barca.

No es su misión, la del guerrero altivo,
que en la defensa de una causa justa,
derrama sangre, por doquier, y llanto,
y a esposa y madre de dolor enluta.

Ni la del sacerdote, que invocando
a Dios en templos diferentes y aras,
con odio insano y egoísmo ciego
divide en sectas a su noble raza.

Su misión es más santa, más humana
y se armoniza en el social concierto:
enseñar la verdad con la palabra,
enseñar la virtud con el ejemplo.

Y cumple su sagrado ministerio
sin ensañarse en fratricidas lances:
la razón, la conciencia, son su escudo,
y la verdad su gladio de combate.

Es que elabora un fuego inextinguible
y en el crisol de su cerebro atiza,
para quemar su venda a la ignorancia,
para incendiar su templo a la mentira.

El partirá los ejes carcomidos
de instituciones que el error plantara,
fundiendo otro armazón en que los pueblos,
vivan sin odio, sin cañón, ni espada.

El labrará la piedra en que descanse
el templo de igualdad y de concordia,
de universal y armónica grandeza,
como jamás atestiguó la historia.

Cuando cumpliendo su misión hermosa,
sucumbe con horror en la batalla,
no pide al mundo recompensa alguna:
una oración de la niñez le basta.

Una oración que el corazón sincero
sobre la piedra de su tumba esparce,
recogiendo su nombre con cariño,
ya que a esculpirlo se negara el arte.

Es la corona humilde del maestro
el ignorado mártir de la historia,
el apóstol sin nombre de la ciencia
que cruza el mundo sin afán de gloria.

Busca afanoso, sin rencor ni agravio,
el triunfo del bien y la justicia:
amar la humanidad, buscar la dicha,
son las virtudes que a la infancia inspira.

No ocupa, no, la trípode procera
en que el sabio sorprende los secretos;
pero su voz infunde cariñosa,
vibraciones de luz en el cerebro.

Dicta el deber, su código severo,
con paradigmas al olvido extraños,
para formar de cada niño un hombre,
de cada hombre un patriota ciudadano.

Padre de la niñez, no cede todo
el pan de sus cariños a sus hijos,

y lo que niega en el hogar amado,
reparte por igual entre sus niños.

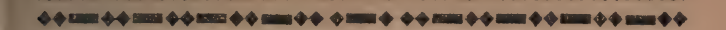
Cuando resplande el sol en el oriente,
con la campana alegre que vocea,
entona con sus niños dulce canto,
saludando el trabajo a que se entrega.

En la tarde, a la hora del descanso,
es el último obrero que se aleja,
y es el último padre cariñoso
que a los umbrales de su hogar se acerca.

Cuando el mundo opulento se solaza
en lucientes placeres de la vida;
cuando el labriego mísero repara
en apacible sueño su fatiga:

el maestro, custodio de la infancia
que duerme con los célicos querubes,
pasa sus largas horas de vigilia,
del pobre albergue a la oscilante lumbre.

Es que prepara con afán prolijo
el sustento de luz para las almas,
que acudirán, como sedientas aves,
al sonreir la fúlgida mañana.



Velázquez (Roberto A.)

Tiene este simbolista personalidad formada, poniendo en todas sus estrofas el sello poderoso de una inteligencia nueva y de una inspiración más nueva que dejan en el espíritu de quien lee sus versos «como una semilla de evocaciones que germina y le impregna de vago perfume». Velázquez también se ha dedicado al foro.

CANCION HELENICA

Dulce Princesita — de un Reino de Amor,
¿por qué no me dices — la dulce canción?

Si en mi vida fría — sin luz ni color
eres ¡oh, María!, — la sola ilusión;

si eres la de Esciros — que Aquiles amó,
la pura Euridice — que Orfeo cantó;

si eres de mis sueños — suave encarnación,
de un jardín sidérico — la más bella flor;

si eres la Princesa — de un Reino de Amor,
¿por qué no revelas — la dulce canción?

Si eres la Medea — que adoró Jasón,
de un sueño de Grecia — celeste creación;

si eres de Briseis — nueva humanación,
de la Cazadora — la Ninfa de Honor;

si tus ojos negros — de casto esplendor
dicen mil amores — y expresan pasión;

¿por qué, Princesita — de un Reino de Amor,
por qué no me dices — la dulce canción?

La canción que Safo — a Baco cantó,
notas que Teseo — a Ariadna inspiró.

¿Por qué no repiten — tus labios el son
de orquestas que anuncian — en una alma, dos?

La voz de los silfos — que cuenten tu amor,
y den a mis ansias — feliz galardón...

Si eres Princesita — de un Reino de Amor,
¿por qué no recitas — la bella canción?

LA NIOBE SEDUCTORA

Vagos ecos de cantares,
que las hadas virginales de mis sueños
con sus voces de Graziella me modulan,
a mí llegan,
a mí llegan y me embriaga el perfume de las ropas
de los trajes de Atalanta,
de la niña pudorosa, virgen santa
de contornos de una Ariadna, de escultura de un Scopas.

Su apostura de andaluza,
sus miradas de princesa joven, bella,
dulcemente me cautivan y me extasian,
sí, me extasian,
sus ojitos, sus miradas, sus maneras,
de beldad soñada, nueva,
que la Ninfa de mis sueños en sí lleva
la belleza de las diosas, los modales de las reinas.

Sus encantos de alba niña,
veste pura, de ojos negros refulgentes,
que son focos de su rostro que hipnotizan,
sí, hipnotizan,
le despiertan entusiasmos al artista,
ora llaman al poeta,
piden ora de un Miguel regia paleta,
o los cantos gemebundos del lirista.

Sus encantos de una Niobe seductora,
sus alburas de algún cisne de eucarística blancura,
me fascinan.
Me fascinan y me atraen cual Julieta a su Romeo,
cual al pájaro la sierpe,
cual las notas seductoras de la artífice Euterpe,
que arrancadas a la flauta se perdían en el Egeo.

Hay un algo en su mirada,
que con fuerza arrobadora llama al alma y allí evoca
olvidadas remembranzas del poeta,
del poeta
que a la diosa de sus miras canta y gime,
con su Lira ya agostada,
dulces cantos que recuerdan la alborada,
de palabras de sus labios, que de faltas le redime.

Un boscaje negro y triste,
que recuerda los misterios de Edgar Poe,
y los cuentos tenebrosos de la Saga,
es mi alma,
sí, mi alma, es el cuento misterioso que exaspera,
y mi novia, mi gacela,
es la linda de los cuentos, heroína en la novela,
cendrillón de viejos cuentos, Carmen bella de Castera.

ALABANDO A LA IMPOLUTA

Me dicen los aires,
que etéreos se acercan:
Las aguas hoy surca
la Reina de Galia,
la Amiga del Arte
que ensueños anhela,
la Niña que evoca
las formas de Aspasia.

¿Por qué no eres silfo?, me dicen las brisas.
¿Por qué no te truecas en gama esfumada,
que hienda los aires y lleve a tu amada
la espléndida aurora de goces y risas?

¿Por qué no eres Mago? ¿Por qué no exorcisas,
y llevas con pasos de alada cuadriga,
la dulce alborada de notas concisas,
que todas sus frases doradas le diga?

¿Por qué no posees los mágicos dones
que admira la ciencia, que asustan las turbas?
¿Por qué no te es dado formar sugestiones
que encanten a Didie de clásicas curvas?

* * *

Yo sé que las Bellas placeres difunden,
yo sé que las Ninfas son pálidas, pálidas,
yo sé que las Diosas amores infunden,
y truecan las almas heladas en cálidas.

Por eso te ensalzo, Belleza te llamo;
por eso eres Ninfa de rara dulzura;
por eso las brisas te dicen: Te amo;
por eso las almas alaban tu albura.

Abente y Haedo (Luis)

Uno más de la falange paraguaya sin historia literaria. Escribió unas cuantas estrofas que revelan sus felices aptitudes poéticas, pero colgó la lira para dedicarse a sus tareas diplomáticas.

AMOR DE MADRE

I

De nuestro querido suelo
en apartado lugar,
donde sér humano alguno
apenas suele llegar;

donde sólo el ave oculta
en la arboleda sombría,
deja escuchar sus gorjeos
llenos de dulce armonía;

cerca de un manso arroyuelo
que entre piedras se desliza
al pie de elevada loma,
que verde hierba tapiza,

se alza, triste y solitaria,
fúnebre cruz de madera,
protegida por la sombra
de frondosa y fresca higuera.

A ese lugar escondido
cuando despierta la aurora,
que arrebola el horizonte
con su luz encantadora;

a esa tumba abandonada,
cuando la tarde declina
y el disco solar se oculta
tras la montaña vecina,

se acerca con lento paso
misteriosa criatura
de melancólica faz,
de virginal hermosura.

Pensativa, ensimismada,
fija la vista en el suelo,
llevando impreso en el rostro
el motivo de su duelo;

y entre sus frágiles manos
pálidas como la cera,
un ramillete de flores,
recogido en la pradera.

Al llegar con ansia loca,
puesta en la tumba de hinojos
esparce en ella sus flores,
brota el llanto de sus ojos.

Y tras un hondo gemido,
tras un ¡ay! desgarrador,
imprime en la losa fría,
un beso lleno de amor.

Beso frenético, ardiente,
que en la oquedad de la tumba
como si alguien respondiera,
tétrico y largo retumba.

Junta sus manos después,
vuelve la vista hacia el cielo,

eleva triste plegaria
como impetrando consuelo.

Y la infeliz desgraciada
se queda desfallecida,
víctima de cruel dolor
de la cruz al pie tendida.

II

Luego despierta tranquila;
siente renacer la calma:
es el consuelo divino
que a aquella madre del alma,

el hijo amado a quien llora
sin cesar de noche y día,
doliéndose de su suerte,
del cielo do está, le envía.

Y animosa se levanta,
y por la verde pradera
muy pronto desaparece,
cual fantástica quimera.

Blomberg (Héctor P.)

Aunque nacido y criado en el extranjero, siente y considera como suya la patria de su madre, la distinguida escritora, Sra. Emilia López de Blomberg, de quien heredó la inspiración dulce y tranquila que campea en sus versos.

A UNA TUCUMANA

Tucumana, yo al mirarte soñé en todo lo más bello
de mi tierra americana, melancólica, inmortal,
donde el sol nunca se muere, porque tiene en su destello
la visión eterna y dulce del ensueño y del ideal.

Tucumana, yo al mirarte soñé en todos los aromas
del desierto y de la noche, de la selva tropical,
y en las notas infinitas de las cumbres, de las lomas,
de los vientos, de los llanos, como un sueño musical.

Tucumana, yo al mirarte soñé en todas las leyendas
de mi raza, en cuyas tumbas como místicas ofrendas
crecen flores de los bosques en la cruz de ñandubay.

Sentí todas las tristezas de las tardes que declinan,
sentí todos los silencios de la lunas que iluminan
esas noches misteriosas de mi dulce Paraguay.



Gamarra (Padre Manuel)

Nació en 1887. Este poeta es sacerdote. Su entusiasmo para las glorias patrias y su cultura clásica le han dirigido a la poesía épica.

CURUPAITI (1866-1910)

(FRAGMENTO)

I

De lauros coronada, Patria mía,
abre ante el mundo tu admirable historia,
y suban a tus cielos, este día,
épicos himnos en pregón de gloria.

A los pueblos que sólo de tus lides
conocen sacrificios y dolores,
enseña las proezas de tus Cides,
al son de los clarines y tambores.

Y ve ese sol que surge del Levante
con luz y vida despertando al hombre;
¡ése!, doraba tu pendón triunfante
en las trincheras de inmortal renombre.

¡Curupaití...!, inmarcesible gloria,
de una raza sin par en desventura,
que con sangre, al morir, grabó en su historia:
«¡Prefiero al deshonor la sepultura!»

¡Curupaití, que empaña los colores
de las naciones que a mi patria hundieron;
tres grandes pueblos que odios y temores
con el barniz de «libertad» cubrieron!

¡Hurra!, a los nobles genios paraguayos,
¡hurra!, los bravos que a la Alianza impía
ayer sumieron con sus toscos rayos
de las trincheras en la red sombría.

II

¡Venid, oh, pueblos!, contemplad un campo
do veréis tremolar cuatro banderas
al resplandor de misterioso lampo,
ansiosas de batir palmas guerreras.

Venid y ved. Ya se aproxima el choque.
¿No oís el redoble del tambor aliado,
y del clarín el estridente toque,
que arrastran a la lid al fiel soldado?

¿No veis a Mitre de la Alianza al frente,
de veinte mil guerreros rodeado,
venir a sepultar a nuestra gente
que reducir a polvo ha jurado?

Marchan ufanos, con la frente erguida,
mirando con desdén hacia adelante...
¡Son invencibles...! ¡Tienen prometida
áurea corona de fulgor radiante!

III

Los ves venir, ¿y quién, Patria querida,
en tu defensa, con viril pujanza,
resistirá, valiente a la embestida,
lanza oponiendo a la enemiga lanza?

¿Quién ha de ser el héroe cuyos brazos
harán vibrar tu tricolor bandera,
para caer con ella hecho pedazos,
o de gloria cubrir la gran trinchera?

Confía, oh, Patria: al pie de los cañones
que en rededor están de tu estandarte,
mechas en mano, cinco mil leones
con ansia esperan la señal de Marte.

Y los anima Díaz que en Corrales,
Tuyutí, Boquerón y el Dos de Mayo,
de excelsa gloria derramó raudales
sobre la sien del pueblo paraguayo.

IV

Confía, oh, Patria, en estos paladines.
De pie, que de la lid ya la hora suena:
la Alianza llega al son de cien clarines;
brilla el acero: comenzó la escena.

De Porto Alegre y Mitre las legiones
prorrumpen con ardor gritos de guerra;
las cargas de fogosos escuadrones
los cielos estremecen y la tierra.

Cual olas de la mar embravecidas
que lanza el huracán contra una peña,
huestes inmensas cargan decididas
sobre la invicta tricolor enseña;

mas la muralla de espartanos pechos
que al pendón guaraní ciñe, terrible,

resiste inmóvil, rígida, y deshechos
ruedan los muertos en montón horrible.

La altiva flor de invictos batallones
marchita cae en el sangriento foso,
y el pabellón azul hecho jirones
ve, una vez más, a su rival glorioso.

¡Qué horrible cuadro, pavoroso y fiero;
ensordece el silbar de ardientes balas,
deslumbra a las miradas el acero,
la muerte extiende sus negruzcas alas!

La lidia por momentos va arreciando:
confúndense los ayes del herido,
los gritos de coraje y los de mando,
con el vibrante y hórrido estampido.

De Estentor voces mil serían nada
al lado del estruendo de los rayos
y del ronco tronar de la andanada
de los férreos reductos paraguayos.

De la Alianza se estrellan impotentes
las legiones fogosas y bravías;
luchando en vano, con furor, valientes:
¡sólo es para llenar fosas sombrías!

¡Adelante!, ¡a la carga!, los tambores
empujan a corceles y a soldados...
¡Nuevos choques doquier: nuevos horrores,
nuevo montón de cuerpos destrozados!

De Mitre el mando anuncian los clarines:
repiten los asaltos los porteños;
mas Díaz, con sus bravos paladines,
los detiene en sus bélicos empeños.

¡Qué cuadro aterrador, Dios de clemencia!
¡Qué sangre derramada, qué matanza!
¡Sucumbe el agresor en su impotencia,
yérguese el paraguayo en su pujanza...!



González (Angel I.)

Sus versos llevan el perfume de las vírgenes selvas de su país y si no son correctos, en todo caso están inspirados en un sentimiento de dulce y lánguida melancolía que recuerda a de Musset por lo sincero de la pasión.

A PEDRO JUAN CABALLERO (1)

De entusiasmo palpita mi memoria
divisando en mi humilde fantasía
tu imagen relucir en este día
con los destellos de la patria gloria.

Siendo el primero en sacudir la escoria
do en vil sopor la libertad dormía,
conquistaste en la muerta edad impía
la verde palma de inmortal historia.

¡Grande, altivo, muriendo, no humillado
en la inicua soberbia de un tirano,
en negra cárcel de glacial abismo,

---

(1) Prócer de la independencia del Paraguay; autor del primer grito de libertad (14 de Mayo 1811.)

dejaba para siempre señalado,
de ansiada libertad albor lozano,
tu ejemplo de indomable patriotismo!

A LA LUNA

Luna apacible y serena,
de estrellas mil rodeada,
dulce es la luz plateada
de tu lánguido fulgor.
Tu faz mansa, grata y triste,
que inspira paz y consuelo,
es acaso de ese cielo
una mirada de amor.

¡Ah!, ¡cuántas veces, vagando
por los solitarios valles,
vertiendo al viento mis ayes,
extasiado te admiré,
y viéndote tan callada,
pura, noble y silenciosa,
tan benigna y misteriosa
un consuelo en ti encontré!

Cuando con luz opalina,
desde la cumbre del monte,
blanqueas el horizonte
y toda la inmensidad,
me imagino que sonríes,
que suavemente me miras
y que, al mirarme, suspiras
con cariñosa bondad.

Cuando muda y vagarosa
vas subiendo por el cielo,
disipando el blanco velo
de nubecilla sutil,
con insistencia te sigo
con mi vista y pensamiento,
y gozo un vago contento,
una terneza infantil.

¡Ah!, ¡cuántas veces, oh, Luna,
en los tiempos de mi infancia,
te miraba a la distancia
desde el dintel de mi hogar,
y pensaba, en mi inocencia,
que trepando al alto monte
o escalando el horizonte,
se te podría alcanzar!

¡Y tu disco diamantino,
anhelaba con frecuencia
(¡oh, sueños de la inocencia!),
desde esas cumbres asir,
y traerte a mi cabaña
para tus rayos sutiles,
en los juegos infantiles,
sobre mi frente lucir!

¡Oh, Luna clara y hermosa,
deja que beba en tu lumbre
esa extinta dulcedumbre
de otro tiempo que pasó...!
¡Hay algo en tu luz serena,
parecido a la alborada
de una dicha disipada,
de una dicha que murió!

Hoy busco en marchito cáliz
de juventud azarosa
la dulzura candorosa
de aquella feliz edad.
Pero..., ¡ya nada me queda...!
¡Tan sólo un recuerdo loco
que se pierde, poco a poco,
del alma en la soledad!

En mis horas de desvelo,
cuento en ti con una amiga
que solícita prodiga
ternura a mi corazón;

pues cada vez que te miro,
mientras el mundo dormita,
en mi pecho resucita
alguna muerta ilusión.

Mientras tú sigues viajando
en la calma soporosa
de la noche silenciosa,
en soñoliento marchar,
por las hebras de tus rayos
yo te elevo mis querellas,
siendo tú y esas estrellas
testigos de mi pesar.

Y tú parece que escuchas
la imperceptible plegaria
de mi alma solitaria,
anegada en su sufrir;
por eso, en noche calmosa,
para ti, Luna, despido
el eco triste nacido
de un silencioso gemir.

¡Cuántas veces, Luna bella,
la dulcísima mirada
de una mujer adorada
a tu lumbre contemplé,
y una frente nacarina,
como tú serena y pura,
cuya cándida ternura
sólo en ti, Luna, encontré!

Y hoy parece que sonríes
al posar sobre mi frente
tu mirada, dulcemente,
con melancólica faz,
y al evocarme el recuerdo
de ya perdida fortuna,
tú me consuelas, oh, Luna,
con tu sonrisa de paz.

En la soledad del bosque,
donde los robles reposan
y los follajes sollozan
con misterioso rumor,
mientras tú cruzas el cielo,
en un dulce desvarío
yo bebo en cada rocío
efluvios de tu fulgor.

¡Y cuando allá en Occidente,
con aspecto sanguinoso
te apagas en nebuloso
y amarillento arrebol,
una lágrima yo quiero
derramar entre las flores,
que, del día en los vapores,
la beba la luz del sol!

¡Cuánto me place el mirarte,
cuando duerme todo el mundo
en un silencio profundo,
desde un rincón de mi hogar!
¡Cuánto me es grato...! Sigamos
en la continua carrera:
¡tú serás mi compañera
en las noches de pesar!

Y cuando el cuerpo en la tumba,
en lúgubre cautiverio,
repose en un cementerio
blanqueado con tu luz,
en melancólico cuadro,
sobre la musgosa alfombra,
tú dibujarás la sombra
de mi abandonada cruz.

Fariña Núñez (Eloy)

En su magnífico *Canto Secular*, fundido en un molde único de belleza, originalidad, sencillez y sinceridad, que escribió al centenario de la independencia del Paraguay, alcanzó este vibrante pulsador de la lira, de un solo y poderoso vuelo, las cumbres de la intelectualidad paraguaya, para quien su verbo hondo y humano fué una revelación. Dice de Fariña Núñez el insigne Don Manuel Gondra que «es seguramente el de mayor cultura clásica, entre todos los escritores jóvenes del Paraguay».

ODA HEROICA

Voy a cantar a Silvio Pettirossi (1)
con la lira de Píndaro.

Era una bella y límpida mañana
de primavera. El ámbito purísimo
del espacio brindábase sin término
al vuelo de las águilas. Y Silvio
contemplaba el espacio junto al ave
de acero, desde un prado florecido.
Miraba el éter puro, transparente,
el azulado y luminoso abismo,
con la nostalgia con que mira el cielo,

---

(1) Silvio Pettirossi, el primer aviador paraguayo; murió en 1919 a consecuencia de la caída del monoplano que pilotaba.

por la ventana de su celda, el místico,
sintiendo renacer en su alma heroica,
ebria de azul, la sed de lo infinito.
El, Silvio Pettirossi, el hombre alado,
estaba allí en la tierra, como un grillo
incapaz de volar sobre la hierba,
y allá, en la altura, en el espacio límpido,
los pájaros el vuelo remontaban
con la harmonía de celestes himnos.
El audaz nefelíbata quedóse
durante unos segundos indeciso,
con la mirada penetrante fija
en el vasto vacío,
donde silbaba sordamente el viento,
como el soplo de Dios sobre los siglos.
¡Oh, reto de las fuerzas primordiales
del Universo ciego y primitivo
a la acerada voluntad del hombre,
cada vez más potente y más divino!
El piloto bajó la vista al suelo,
vió a Clavileño junto a sí dormido,
miró a su esposa, recordó la raza
a que pertenecía, a justo título,
y, en nombre de la especie así afrentada,
aceptó temerario el desafío.

«¡Arriba! ¡Más arriba! ¡Siempre arriba!»,
sencillamente, con grandeza, dijo,
y el monoplano, dócil a su mando,
latió febril con acerado ritmo
pronto a partir hacia el espacio inmenso
como un corcel astral estremecido.
El motor de la máquina del héroe
se puso a trepidar con roncos bríos,
atronando la calma circunstante
con su sordo rumor característico
y las palas de la hélice giraron
con la velocidad de un torbellino.
Azogado temblor corrió al instante
por la articulación del mecanismo,
elevado de pronto a la nobleza
de un sér dotado de alma y de albedrío,

por la virtud angélica del vuelo
y la humana inquietud de lo infinito.
El piloto montó sobre Pegaso
y se elevó en el diáfano vacío.
Bebiendo viento y devorando espacio,
ariel o cóndor, Euforión o Icaro,
fué cerniéndose raudo en las alturas
con la serenidad de un dios olímpico.
Lejos del suelo, cerca de los astros,
en la región del rayo y del bolido,
estaba en su elemento imponderable
el alígero Silvio.
Y hendía el aire, bajo el cielo puro,
donde vuelan los cóndores andinos,
con el triunfal valor de nuestra raza
en todos los titánicos designios,
ya conquiste la gloria en el combate
o ya escale el espacio en un velívolo.

Con la pupila escrutadora errante
en los confines del azul abismo,
el águila caudal batió sus alas
entre dos pavorosos infinitos:
arriba, el firmamento sin medida;
abajo, el insondable precipicio.
Y el nauta vió que el cósmico misterio
era al misterio humano parecido;
escuchó la harmonía de los astros,
sintió rodar bajo sus pies los siglos,
y, en un grácil remonte de la máquina,
en un épico y mudo desafío,
ascendió como un pájaro fantástico
para precipitarse de improviso
al vaivén ondulante de hoja muerta,
en circulares vuelos invertidos.

Bajaba del azul como una flecha
arrojada vibrante desde Sirio,
cuando de pronto, en la celeste atmósfera,
por un mandato obscuro del destino,
plegó el ave las alas bruscamente
y se precipitó desde el vacío

en la triste morada de los hombres
como un astro extinguido,
partiendo el alma del piloto alado
hacia nuevos espacios infinitos.

Voy a cantar, oh, Musa, el fin del héroe
en el modo hipolidio.
No he de llorar la muerte del que vive
en el vasto recuerdo colectivo,
ni he de rasgar mi túnica de púrpura
sobre el sepulcro del recién caído.
Yo levanto la voz, remonto el vuelo
y a las edades más remotas digo:
«Non omnis moriar» (1), como canta el vate
en el monumental verso latino.
Y del etéreo paladín que supo
grabar su nombre en el azul dominio,
ha de quedar el vuelo gigantesco
en nuevas aves del solar nativo,
ya perforen las nubes con sus alas
o ya encanten las almas con sus trinos,
intrépidos señores del espacio
o harmoniosos Arieles pensativos,
todos seres alados, todos héroes,
de comunes orígenes divinos.

Alcese, en tanto, en un lugar excelso,
la altiva imagen del varón alígero,
en ademán de hurtar el fuego sacro,
sobre un corcel alado y no rendido,
a fin de que la gente venidera
diga, al mirarla, en apartados siglos:
«Voló como no vuelan ni las águilas.
¿Cuál es su nombre? El paraguayo Silvio.»

---

(1) Frase latina: «No moriré del todo».

OJOS GLAUCOS

Dices a veces: ¡el ensueño sea!,
y exclamas otras: ¡sea la hermosura!,
y adormeces con lánguida ternura
tus pupilas de Palas Atenea.

Como el cocuyo errante parpadea
en una noche de lunar blancura,
tal bajo el cielo de tu frente pura
tu mirar azulado cabrillea.

Cuando en la tarde de esplendor sedante,
tu vista, leve y trémula, se posa
en la dulce visión de nuestro anhelo,

se diría que, al verte así radiante,
se pone en tu mirada luminosa
todo el azul del apagado cielo.

VUELO DE FLAMENCOS

En el confín de la ribera opuesta,
iluminada por el sol poniente,
tiembla una raya, en progresión creciente,
sobre la ondulación de la floresta.

La remota bandada avanza presta,
rumbo a los horizontes del oriente,
aleteando en el éter transparente
con el ritmo acordado de una orquesta.

Y al mismo tiempo que croantes loros
manchan de verde la región alada,
llena de errantes pájaros canoros,

el grupo pasa en cadencioso vuelo
y se pierde cual cinta sonrosada
en la diafanidad azul del cielo.

PANTOMIMA

Fué una dulce pantomima
la vivida por los dos.
¿Su desenlace? Un adiós.
¿Y su epílogo? Una rima.

Las palabras pocas fueron.
Fueron más las pausas leves,
los gestos mudos y breves
que han pasado y no volvieron.

Fuiste la ideal Colombina:
cascabeleante y alada,
tenías antojos de hada
y ensueños de mandarina;

Pierrot albo y desolado
fuí yo, sin disputa alguna,
por mi amistad con la luna
y mi blancor nacarado.

Ya nada o bien poco queda
de aquel cuento encantador,
truncado y deshecho en flor
por un corpiño de seda.

Fuimos, pues, en esas noches
de sonrojados mirajes,
dos humanos personajes
de un teatro de fantoches.

ESCENA GRIEGA

Llenos de dulce laxitud dichosa,
por febriles deseos sacudida,
íbamos por la ruta bendecida,
al pie de la arboleda rumorosa.

Era la tarde, como nunca, hermosa:
tarde otoñal de Abril estremecida
por invisibles gérmenes de vida,
en la quietud de la extensión radiosa.

En silencio marchaba yo a tu lado,
cuando de pronto, por el dios turbado,
alcé el velo que cubre tu decoro.

Y, trémula, desnuda, palpitante,
sobre tu blanco cuerpo de bacante
tendió la tarde un regio manto de oro.

LA HERIDA SECRETA

Desde la tarde aquélla de agonía,
en que, por un decreto del destino,
se cubrió de dolor nuestro camino,
¡qué pavorosa soledad la mía!

Marchábamos los dos por una vía.
Escrito estaba, empero, nuestro sino:
rasgando el velo, el desencanto vino
y mi existencia se quedó vacía.

Desde la tarde aquélla en que partiste,
todo está triste, inmensamente triste,
cual si fuera un jardín abandonado...

El corazón me sangra, siempre herido...
Y anoche, ¿qué visión habré tenido,
que, al pensar en nosotros, he llorado?

LA PARTIDA

Estábamos los dos, mudos de espanto,
junto al mar del olvido y la amargura,
con nuestros corazones sin ventura
por habernos querido acaso tanto.

Deshecha toda en silencioso llanto,
me señalaste, en la extensión obscura,
como una blanca y móvil vestidura...
Llegó la nave y me envolví en mi manto,

Frente al mar de los trágicos adioses,
con la suprema calma de los dioses
nos despedimos sin melancolía.

Mas, al partir la nave y mi quimera,
me tendí desolado en la ribera,
bajo la noche lívida y sombría.

Ramos Giménez (Leopoldo)

«Tres tomitos de poesías: *Piras Sagradas*, *Eros* y *Cantos del Solar Heroico*; un drama, *La Inquisición del Oro*; y un libro de combate: *Tabla de Sangre*, debemos a Leopoldo Ramos Giménez.

»He aquí un espíritu nacido para el combate. Raras veces canta; las más de ellas acusa y apostrofa. Es un poeta de verdad, pero con excesiva frecuencia sacrifica la belleza a sus ideales de redención humana. En sus versos hay fuerza, vigor inusitado, grandes pasiones, y sus estrofas estallan a veces como bombas, a veces suenan cual chasquido de látigos vengadores. No le pidáis a este justiciero severa corrección en el lenguaje, ni pulida elegancia en sus versos, que saldréis defraudados.

»Por momentos el poeta depone sus iras de libertario, y sugestionado por la belleza insinuante del pasado, canta. Y entonces brota de su lira un sonido nuevo que anima versos evocadores y rotundos, como en *La cumbre del Titán*, o estrofas que tienen la dulce tristeza de las ruinas, como en *El resto de la raza*. ¡Es éste el poeta que yo admiro y que yo amo, el poeta que triunfará del olvido y de la muerte!»

(J. Natalicio González).

HERALDICO

Caminaba indeciso, caminaba silente
peregrino hacia un reino de no sé qué visión...
¡Una luz como un sello de heraldía en mi frente,
la liturgia en mis labios de un ignoto Sión!

¡Forjé mi trayectoria en campos inclementes
donde un astro, mi Numen, en plenirradiación
agitando melenas como nervios candentes
se absorbía en el fuego de una roja ideación!

Y tendidas las alas, con un vuelo tajante
emprendí mi soberbia avanzada triunfal...
¡Fué cuando tuve un sueño de pasión delirante,
adormido en los pliegues de un pendón ideal!

LAS CUMBRES DEL TITAN

Iba López, no el verdugo, no el tirano...
¡Iba inmenso como El mismo, de sombra y rayos: fatal,
conmoviendo iba el coloso todo el suelo americano
en su trágica derrota que cual grande fué triunfal!

Era un hombre que bajaba y un divino que ascendía
y ¡qué dura esa caída para la gran ascensión!
¡Si fué sombra su derrota, toda noche gesta un día,
y El, en medio de esa noche, era inmensa irradiación!

Es el lúgubre momento. Se desprende la grandeza
más sublime y más humana del Titán cuya cabeza
como un Sol hacia el abismo fragorosamente va...

¡Desde entonces, de esa tumba donde halló su cumbre
[el Fuerte
más hermosa y más terrible, más soberbia ante la Muerte
su figura de protesta levantó Cerro-Corá!

AMERICA

Era el parto del cosmos en medio de las olas
que saben de los siglos la ruidosa canción:
una imagen tendida sobre el misterio, a solas
perfilando sus líneas del Austro al Septentrión.

Y..., despertando acaso de un sueño milenario,
cuando núbil, la imagen, se afiebró de ilusión...,
aureolóse en la mente solar de un visionario
y su cita fué entonces con el mago Colón...

¡Un beso...! ¡Y fué el beso que en vibraciones grandes
arpegió porvenires de razas luminarias,
un ósculo de fuego, de predestinación,

que hoy desde las cimas augustas de los Andes
repercute en ciclópeas proclamas libertarias
como un apocalíptico clarín de Redención!

EL BOYERO

«Huellaa», «Lindoo», «Lucero». Y los bueyes atentos
como bestias hermanas del hombre, rectifican
el error de sus pasos graves y macilentos
y sus forzados bríos, tras bríos, multiplican...

Noches de campos libres. Sopla una brisa extraña,
y allá en el infinito resplandece la estrella
mayor sobre las líneas negras de la montaña
que escalara la Luna. «Lindo», «Lucero», «Huellaa».

El boyero, con alma llena del infinito,
rememora en la calma y el silencio el amargo
recuerdo de sus penas, y gime con un grito
que desmaya en un eco melancólico y largo...

...Y la noche acrecienta la noche de su alma,
y el grito ya es un canto de tristeza tan honda
que los bueyes caminan más lentos, y la calma
se ha poblado de sombras negras a la redonda...

Tal como si al conjuro de una canción remota
se reanimara el mundo de una raza extinguida,
y gimiera en las quejas del boyero la rota
fibra heroica del alma guaraní, ya perdida...

Un campo como un cielo, y en medio una laguna...
Tras el último canto: ¡Teen, teen, «Lucero»!
¡Noches de campos libres! ¡Temerosa la Luna
naciendo sobre el sueño rociado del boyero!

Ynsfrán (Pablo Max)

«Pablo M. Ynsfrán es un artífice del verso. Pule sus estrofas con el cincel de Benvenuto, y en el conjunto de su producción no hay brozas.

»Ynsfrán realiza el tipo del poeta moderno. Disciplinado en filosofía, preocupado en los problemas de la estética, une a la inspiración del bardo un concepto claro de su arte. En sus versos resplandece la perfección clásica y algunos de ellos ostentan la esbeltez de la columna dórica. Sus estrofas —donde la gracia y la fuerza se dan la mano— seducen con su belleza serena, con su plástica armonía, con su música sabia, y el severo ritmo de sus cantos nos eleva a las fuentes más puras de la poesía.»

(J. NATALICIO GONZÁLEZ).

EL AÑO MUERTO

Habló el año muerto: «Festejáis mi ocaso
porque creéis que me hundo para no tornar...
¡Como si las huellas que dejé a mi paso
de vuestro camino pudieseis borrar!

»¡Festejáis mi muerte...! ¿No habéis comprendido
que el año que nace ya no ha de morir,
que os fecunda el polvo de lo que habéis sido
para que florezca vuestro porvenir?

»Si la vida es una pesada cadena,
yo soy el remache de otro anillo más;
yo conservo el surco que sobre la arena
señalasteis..., ¡para no volver atrás!

»Si amáis el pretérito y os mostráis avaros
de la buena suerte que os cupo obtener;
si soy el propósito que ha de iluminaros
para que en la senda no os podáis perder;

»si me hice substancia de vuestra substancia;
si os escuda el bloque de una convicción;
si no os abandona la perseverancia
de guardar afectos en el corazón;

»si por mí subsisten vínculos y lazos,
tan fuertes que nunca se han de quebrantar,
¡yo no entiendo cómo, sin hacer pedazos
de vuestras entrañas, me podéis matar...!»

CANTICO INMORTAL

Amanece.
La mañana es como un gran capullo
que al romper su botón resplandece;
la mañana que sabe del lánguido arrullo,
la mañana que viste su peplo de rosa y de oro,
la que pulsa la lira silvestre del bosque sonoro.

Amanece.
El confín es como un panorama violeta
en que el iris albar resplandece.
Cada ser que dialoga interpreta
las recónditas ansias de todo el conjunto parlante:
la encina gigante,
el alba que viste su peplo de púrpura y oro,
la ronca hurañía del piélago Atlante,
la rosa, la fuente, la nube y el bosque sonoro.

EL PASTOR

Padre, ¿no escuchas algo melódico y potente
que vibra mientras luce su púrpura, sonriente,
la Aurora, y por los campos se esparce la aromática
frescura matutina?

EL PATRIARCA

Tal es, niño, la plática
solemne de las cosas; es Pan que está de fiesta
y ensaya ante el glorioso crepúsculo su orquesta.

EL PASTOR

Ya imita, dulcemente, la excelsitud de un trino,
ya de una flauta el eco sonoro y cristalino,
o ya, mientras inunda los ámbitos agrestes,
un coro de arpas eolias y cítaras celestes.
(Callan ambos, el Pastor y el Patriarca.)

LA ENCINA

Se acerca la llegada del sol brillante y almo.
¡Cantad, cantad, vivientes! La vida es como un salmo;
y para que cantemos florece la retama
y anoche ornó el rocío de perlas a la grama...
¡Cantad!

EL PRADO, *rebosante de aljófares*

¡Cantad, vivientes, cantad! Es nuestro lema.
Desconocéis el fondo de la Verdad Suprema,
de la Verdad que es causa y efecto de sí misma,
y en todas partes surge la duda que os abisma,
sólo para que siempre cantando estéis...

LA CREACIÓN

¡Cantemos!
Cantemos lo que vemos como lo que no vemos,
la luz, la sombra, ¡todo!

LA AURORA, *que despliega su túnica*

Mi brillo pudibundo
semeja una luciente canción que entono al mundo;
y sé que hay en la magia visual de un colorido,
las mismas pulsaciones etéreas del sonido.
Por eso, mientras todas forjáis vuestra armonía,
yo, modulando un himno de luz, llamaré al día.

LA MONTAÑA, *única poseedora del pasado cósmico*

Cantando nació el mundo, cantando el universo;
cada órbita parece la armonía de un verso:
y, al hender el espacio, cantando va el planeta,
el bólido sangriento y el infausto cometa.
El *Fiat* es el magno cantar de los cantares
que oyeron las caóticas regiones estelares.
¿No escucháis el rugido rabioso del Atlántico?
Pues es el mar que entona su formidable cántico.

LA CREACIÓN

El canto es el impulso motor de la existencia.

LA NUBE

Yo forjo de los truenos la bárbara cadencia.
También el trueno canta; canto es ese ronquido
que aterra en las llanuras al buey despavorido.

LA VIOLETA

Yo soy la perfumada princesa de las flores;
su eclógico presente me rinden los rumores,
la brisa que, rozándose, mis pétalos desfleca
y el mustio y apagado crujir de la hoja seca.
Placeres y dolores porque cantéis existen
y de oro los crepúsculos sus clámides revisten.
Cantemos, pues vivimos para cantar tan sólo:
cantando murió Ofelia, cantando nació Apolo.

LA ROSA

Mis pétalos son un como fragante poema:
«Cantad, que todo debe cantar», es nuestro lema.
¿Oís? Cantan las fuentes vertiendo el suave chorro,
la hormiga laboriosa y el trémulo abejorro.
¡Qué música tan dulce la de la brisa ufana
que se entretiene dando besos a la mañana!

LA ENCINA

¿Escuchasteis el rudo cantar de las tormentas?
Pues tienen esas notas horrísonas y cruentas
también una armonía: yo siempre la he escuchado.

LA NUBE

Y hay hombres —según dicen— que la han aprisionado.

LA MONTAÑA

El Cosmos no es más que una corriente de bemoles:
el átomo invisible, los deslumbrantes soles,
las rocas pensativas..., ¡y los espacios mismos
que aguardan desafiantes con su legión de abismos!

LA FUENTE

Cantad, cantad: no encuentre vuestra canción descanso;
cantad con la siringa, la flauta y el remanso;
cantad con el arrullo, cantad con el gorjeo;
cantad como en los bosques el divo padre Orfeo;
cantad con el bucólico poema del idilio;
cantad con la apacible dulzura de Virgilio.
No importa que entristezca vuestra canción doliente;
cantad llorando, pero... ¡cantad eternamente!

EL VIENTO

Cantan con su silencio las soledades yertas;
bajo el frontón ruinoso, cantan las razas muertas;
y al través de los siglos, escucha el mundo entero

el son imperturbable del cántico de Homero.
Ni el pórfido perdura como perdura tanto
la mágica armonía. ¡Gloria al excelso canto!

LA CREACIÓN

¡Cantemos, pues que cantan la nítida paloma,
el favonio fragante que vuela por la loma,
el áureo y purpurino crepúsculo que esplende
y el planeta incansable que los espacios hiende!
¡Cantemos con la aurora de pálido semblante,
cantemos con la rabia mortal del oceano
que es tan profundo como el sufrimiento humano!
¡Cantemos con el cisne de lírica blancura,
cantemos con la Noche, la extática, la obscura
princesa en cuyo reino de olvido, silencioso
dormita, con su corte de sombras, el reposo!
¡Cantemos, pues que cantan el bosque y la pradera,
los hórridos relámpagos, el céfiro y la fiera!

LA NUBE

Se acerca la llegada del sol brillante y almo.
Cantemos, pues, cantemos... ¡La vida es como un salmo!

Y aparece
en el gran escenario el Poeta.
Más que nunca el confín resplandece
sobre un fondo purpúreo y violeta...
La creación conocía al Poeta.

EL POETA

Para cantar se alternan placeres y dolores,
para cantar aroman sus pétalos las flores,
para cantar se sufre, para cantar se vive,
la vida sin augusta canción no se concibe.
Para cantar aguza sus dardos el Destino,
y el hombre es en la vida doliente peregrino.
Para cantar las aves cruzan por el espacio
y envuélvese la Aurora de perlas y topacio.
Para cantar los males agigantan su Imperio,

para cantar la Muerte se oculta en el misterio,
para cantar domina la idea inextinguible
y son todos los sueños del hombre un imposible.
...Para cantar vivimos,
para cantar lloramos, para cantar morimos.
¡Cantad, cantad, vivientes! Os lo dice el poeta.
¡Cantad! El sabe tanto como sabe el profeta;
¡y él también algún día unirá a vuestro coro
la sonora cadencia de su canto sonoro!

A UN AVIADOR

I

...Y el mecánico hipógrifo de acero
sus tramas sacudió, brusco y potente,
como un buitre gigante y altanero;
marcó el paso de un corto derrotero
y alzóse lenta y victoriosamente.

Un gran círculo, trémulo, vibrante,
describió... ¡La conquista estaba hecha!
Y, en su altivez de pájaro arrogante,
le pareció la bóveda radiante
para sus locos ímpetus estrecha.

¡Voló! ¡Voló! ¿Qué cumbres perseguía?
Se hundió en la bruma del confín remoto:
le vió la noche taciturna y fría
llevando en su carrera como guía
la insofrenable audacia del piloto...

II

Y habló el poeta: «El cóndor, humillado,
se doblega ante ti, pues el dominio
que había con orgullo conservado,
quedó, desde que existes, conquistado
por tus alas de lienzo y aluminio.

»Te oigo decir: «Ya nada me detiene;
y el huracán estrepitoso y recio
que desata su cólera y que viene
tal vez para abatirme, sólo obtiene
la mueca de mi olímpico desprecio...»

»Pero olvidas que en tales circunstancias
también estoy: me obcecan las alturas.
Y, a impulsos de mis nobles arrogancias,
traspongo inverosímiles distancias
no sé en pos de qué locas aventuras.

»Y poseo el afán con que te animas;
y también, como tú, me precipito,
sin que el rigor me ahuyente de otros climas,
burlándome de buitres y de cimas,
tras la quimera azul del infinito...

»Pues bien, ya que nos une esta altanera
confianza de los dos, y un mismo empeño
nos empuja en la rápida carrera,
como tú eres piloto en la alta esfera,
yo me erijo piloto del ensueño...»

III

Calló el poeta. El ave proseguía,
triunfalmente su vuelo hacia lo ignoto.
La vió la noche taciturna y fría
llevando en su carrera como guía
la insofrenable audacia del piloto.

LA PARABOLA DE LA SELVA

La selva me confió todo el secreto
de su muda elocuencia.
Sentí, como en un templo abandonado,
bajo las amplias bóvedas agrestes,
la sugestión austera del silencio.

Columbré en la oquedad húmeda y vasta
de la maraña virgen, la compleja
ligazón objetiva que aprisiona,
como un tramo fatal, nuestras acciones.
Y recordé el patético episodio
de aquel pobre viajero que, una tarde,
ya próximo a las lindes de una selva,
después de una jornada fatigosa
bajo el sol calcinante de los trópicos,
sediento se encontró; y en la esperanza
de hallar alguna fuente bienhechora
donde aplacar la sed, resueltamente
se internó en la espesura. Pero en vano
rondó entre las malezas y los árboles;
no descubrió la fuente; hasta que el negro
y aleve cortinaje de la noche
las frondas envolvió con sus tinieblas;
y quedó el extraviado caminante
preso en la soledad y el desamparo...

La vida es una selva, a la que vamos
sedientos de verdad, en la esperanza
de hallar alguna fuente caudalosa
donde aplacar la sed. Pero, ignorantes
de que la noche artera se avecina,
notamos con terror que en esa selva
nos aguardan también, como al viajero,
protervas e incongruentes asechanzas;
que nuestros propios actos, con ser nuestros,
se ven supeditados a un designio
subconsciente, fatal e inalterable;
y que, como al viajero de la fábula,
nos ha de sorprender la noche adusta
con nuestra indecisión siempre invencible,
con nuestras esperanzas siempre estériles
y con el mudo espanto de que somos
juguetes del misterio y de quién sabe
qué confabulación de las tinieblas,
fijo en nuestras inmóviles pupilas.

Ortiz Guerrero (Manuel)

«¡Hiere tu corazón: ahí está el genio!», cantó de Musset.

«Manuel Ortiz Guerrero supo cumplir como ninguno el amargo mandato del poeta. Herido en su corazón, ha cantado, en versos que no morirán, sus dolores inmortales. ¡Qué belleza profunda, qué intenso y divino dolor palpitan en sus estrofas transparentes!

»Nada más trágico, sin embargo, que su vida silenciosa y humilde. Su espíritu, enamorado de todo lo bello, de todo lo excelso que hay sobre la tierra, solloza y tiembla en un ansia de emprender vuelos infinitos, de abandonar la mísera y humana envoltura que le retiene sobre el haz del globo. Engarza sus versos, sencillos y hondos, los impregna de la propia tristeza, y los lanza sobre el mundo como bandadas armoniosas de pájaros divinos. En todos ellos nos habla de cosas humildes e íntimas, en que trasciende la tragedia interior de su espíritu.

»Este poeta, que vive con los pies en el lodo y la frente en la región de las estrellas, vuelve admirable su miseria. El destino ha clavado en su pecho todos los dardos del mal y de la impureza. Pero él —¡supremo poder del arte!— vence a su destino, convirtiendo en enormes flores rojas las llagas de su pecho, en canto de resignación los roncos gemidos que oprimen su garganta, en poema su martirio, y en suprema belleza las fealdades que le acribillan sin cesar.»

(J. Natalicio González)

SUMA DE BIENES

Y bien, ¿qué me resta al cabo? Jardines,
bosques de palmas de habitantes magos,
cerros azules, transparentes lagos,
blancas señoras, logias de jazmines:
fragantes avenidas del ensueño,
nevadas cumbres de los ideales;
remotas nebulosas de mi sueño
de invioladas purezas inmortales,
y propósitos sanos que se han muerto
de sed y de cansancio en el desierto...
Tan sólo son recuerdos de alegrías,
son fantasmas, no más, de muertos días.

Rosada juventud, misa de oro,
albos versos de amor, lirios de penas:
cáliz con alas de cristal sonoro
con dulces hostias de las ansias buenas;
Sol del futuro, y mis promesas... ¡Todo,
todo perdí! Siempre el destino gana
la apuesta de la vida. Puesto de codo,
miro pasar la vieja caravana
rumbo a la sombra. Pienso que en el lodo
hay el secreto de la dicha humana.

* * *

—¡Voy!
—¿Dónde?
—Voy al Valle donde duerme
el alma del silencio, quiero calma;
mucho mal me hizo el mundo hasta morderme
como un áspid.
—¿Quién habla?
—De la vida
un peregrino que ya grande el alma
de tanto sufrir tiene y bien transida
la materia...
—¿Qué llevas, peregrino

de unos ojos color de lontananza,
para abrevar tu sed en el camino?
—Una gota de estrella: la esperanza
que no pudo perderse en la tormenta
y mi amor que ha besado el gris invierno,
para ir a enterrar junto al eterno
manantial donde el Todo se alimenta.

JAMAS

Princesa de ojos negros con un fulgor de acero,
que en mi cielo custodias una estrella de fe:
me aguardarás tres meses, un año, un siglo entero,
¡eternamente! En vano, que ya no volveré.

¿Recuerdas la partida del pálido viajero,
con el morral de ensueño, que para siempre fué?
Moría el blanco cirio del último lucero
de aquella azul mañana que nunca olvidaré.

Era el último instante de aquellos dulces días,
de nuestros caros sueños... Albina: no sabías
que sin volver a vernos, «por siempre» cerrarás

aquellos ojos negros con un fulgor de acero,
que has clavado en el alma del pálido viajero
que partió una mañana para no volver más.

¡LOCA!

¡Paso!, dadle paso;
es reina y es pobre. No quiere que el raso
bese ya sus formas; es loca la reina.
Dad paso a la reina de honda pupila color de esmeralda,
la loca desnuda, que regia despeina,
por único manto,
su astral cabellera, como un sueño de oro, cubriendo la espalda.
¡Dad paso!, ¡que corre la reina, la loca,
llevando un gran beso y un tibio pedazo de canto en la boca!

En noches de estío se empapa de luna, perfume y penumbra,
y corre devota al Templo del Arte a hacer su plegaria;
allí no la alumbra
ni lámpara débil, ni pálido cirio de luz funeraria,
sino la Belleza, la sacra Belleza, le da luminaria.

Amigos: si alguna
mujer de rodillas, desnuda, en la sombra, rezando encontráis,
pasad, no le habléis;
es ella, la loca, devota del Arte, que reza a la Luna.

Crudeza de invierno no seca y consume
la rosa del canto que lleva en la boca...
Sus llagas lumíneas que sangran perfume,
las besa y bendice mil veces la loca.

Le da primavera sus salvas de olores,
las ondas del río su perpetuo y suave rumor de oraciones;
la noche morena le da su silencio, sus sidéreas flores...
Y aun tiene hambre de más sensaciones...

En noches augustas de inútil martirio,
la loca pretende con sed de grandeza
tomar una estrella volviéndola lirio.
Oh, loca divina, que canta y que llora, que ríe y que reza:
atrévete siempre, es ése un gran culto que pocas profesan.

¡Loca!, soporta la tortura sacra y luminosa
de todas tus ansias y tus padeceres,
y sigue cantando canción olorosa;
tú eres la bendita loca mujer entre todas las mujeres.

Amigos: si alguna
mujer de rodillas, desnuda, en la sombra, rezando encontráis,
pasad, no le habléis;
es ella, la loca, devota del Arte, que reza a la Luna;
¡es ella mi alma!, ¡reina que está loca,
alma luminosa, de bohemio y de artista, que va entre vosotros
llevando un gran beso y un tibio pedazo de canto en la boca!

MEDIA NOCHE

¡Era la media noche del olvido!
Despertóse mi vida, dejó el lecho,
y a mi balcón, de enigmas carcomido,
desnuda se asomó, florido el pecho...

Ha más de veinte años que vigila
perpleja ante la sombra que no mengua,
ensanchada de espanto la pupila,
de tortura glacial muerta la lengua.

Ella ignora, hasta ahora, dónde mora;
de quién es el palacio de basalto
donde alguien despertóla, en mala hora,
tan llena de ansiedad y sobresalto.

¡Al besarla, el dolor mordió su boca...!
Su rostro juvenil se ha vuelto serio
porque en su corazón, con fuerza loca,
taladró el gran taladro del misterio.

¿Quién vino a despertarla a la alta hora,
hacia la media noche del olvido?
¿Por dónde llegará en su carro aurora?
¡Que ella es novia de un sol recién nacido!

De nuevo dormirá la vida mía,
cansada de esperar el áureo coche
que traerá al rubio príncipe del día...
¡Qué triste es despertarse a media noche!

LA AMADA INEFABLE

Salí al mundo una noche con el grito en los labios
a llamar por los vientos al amor de mi vida;
pregunté, y no la han visto centinelas ni sabios,
¡Oh, mi amada olorosa! ¡Oh, mi amada prohibida!

Luna pálida y sola: tú que pasas en vela
sobre el mundo, ¿no has visto la que busco y anhelo?
Ruiseñor: tú que eres del amor centinela,
¿no la has visto?
—Nada.
¡Vacío era el cielo!

La busqué en el poblado, la busqué en los desiertos,
entre todos los hombres y entre todas las fieras;
¡la he soñado diez años con los ojos abiertos!
¡Oh, mi amada remota, de inholladas riberas!

Después... ya muy cansado, volvíme a casa, triste;
bajé dentro mi alma como en un gran abismo
y oí su voz: *soy tuya, mas nunca lo supiste.*
¡La he buscado en los astros y Ella estaba en mí mismo!

SCHUBERT EN TU PIANO

Desmayos de mariposas
en las rosas,
arrogantes lirios albos que se inclinan de tristeza,
catarata de recuerdos, de perfumes, de auras suaves,
de suspiros olorosos escapados de jardines
señoriales;
más sutil que la caída del jazmín y del rocío, que el idilio
[de las hadas,
y el ensueño de las aves
bajo el velo verdioscuro de los viejos naranjales;
mil nostalgias que se citan dentro el alma, de las íntimas
[congojas
que acribillan de pesares...
Así mismo
luz ambigua de la «bohème» luna incierta,
que se infiltra en lo más hondo de mi abismo;
languideces de violetas que están pálidas de sueño sobre
[el púber
pecho níveo de una muerta...
Así mismo, «Serenata de perfumes», la de Schubert;

los recuerdos que se agolpan, los suspiros desgarrados;
y perfumes de otros tiempos para siempre ya perdidos;
el sollozo puesto en solfa con la música del ruego;
los fantasmas que se mueven de los sueños más queridos;
los anhelos que reviven en las chispas armoniosas del teclado;
¡insepultas ansias muertas que una a una resucitan!
Juveniles esperanzas saturadas de fragancia de azucenas,
que aun palpitan
en las hondas puñaladas de las penas
que dejaron en el alma los propósitos frustrados;
suaves ondas de armonía
con que vuelan las sonoras aves blancas del ensueño,
titilantes aves puras, primogénitas del día,
que alientan la esperanza de la audacia y del empeño...
Y una sombra que se acerca,
cuyo rostro no olvidamos tras los años todavía.
¡Oh!, la amada que soñábamos llamarla «siempre mía»
y ha bajado hasta la tumba con el beso prometido
sobre el labio, de capullo bendecido.
¡Oh!, la muerte que, celosa, lo más puro y lo más caro de
[los sueños arrebata.
¡Oh!, ¡la luna, «bohème» blanca,
soledad, viudez de plata...!
Serenata evocadora
de las góndolas de nieve, do viajaban las desnudas ilusiones,
con velámenes de espuma, remos rosa hechos de aurora,
y cantaban las canciones de las flores y la flor de las
[canciones...
¡Serenata evocadora de ternuras,
de más dulces horas dulces que se fueron con los goces
[florecidos,
de crepúsculo enredado por los glaucos olivares,
y gaviotas que agonizan en las peñas de los mares,
y sollozos de cautivas esperanzas,
y hambre y sed de lontananzas...!
Auras frescas, que despeinan,
en la espera inenarrable de sus pálidos amados,
cabelleras olorosas de princesas pensativas
y fecundan a las almas de mil ansias redivivas;
un amor a lo imposible, que florece en las brumosas lejanías
de albos tules;

una música de aromas en los clásicos jardines
de purpúreas clavellinas y campánulas azules,
de nevados floripondios y jazmines...
Todo eso,
virgen mía, tiene un tibio dolor viejo
con olores de algún beso
deshojado, allá en la infancia, cierta lila tarde mustia;
Schubert llora;
se arrodilla, ruega, implora,
se revuelve por la sala, sobre sábanas de angustia
desgarradas en jirones a los golpes de tu mano,
¡qué divino loco humano!
Mas no toques, virgen mía, que algo sufre, que está enfermo,
¡que padece un dolor yermo
tu piano, tu piano...!

DELIRIO DE PIZZICATOS

Serenata grata,
mi verso perverso
preludia en tu puerta. ¡Despierta mi amor!
El encanto canto
de la bella estrella
que con su luz baña tu pestaña en flor.

A la rosa hermosa
tu mejilla humilla,
que no habrá cual ella bella en el jardín;
¡qué linda la guinda
de tu boca loca
para golosina, divina y carmín!

Si ríes, deslíes
perlada cascada
y oloroso ungüento, al viento al pasar;
tesoro sonoro:
¡tu risa!, la brisa
lleva en serpentina fina, sin cesar.

En su canto un tanto
delira la lira
por darle su ignota nota mi sentir.
¡Despierta!, ¡en tu puerta
clama quien te ama,
sellada, esculpida vida, tu vivir!

Piensa tu inmensa
pupila tranquila,
en un país vago de halago y canción
y sigue, persigue
vuelo de un anhelo
tu vista serena, llena de ilusión.

Tu pecho se ha hecho
con pomas de aromas:
¡oh, las dos manzanas sanas del amor!
Escultura pura,
norma de la forma:
¡tu cuerpo!, armoniosa rosa blanca en flor.

La llave suave
que abra a palabra
tu portón prohibido, pido que me des;
que entre y encuentre
reposo, alborozo;
que a probar tu uva... me suba después...

Tu parra, se amarra
con lazos de abrazos,
maduros racimos de mimos, ¡tu ardor!
¡El vino divino
de tu viña, niña,
es, más que la muerte, fuerte de sabor!

TARDE GLAUCA

Dejan la torre con melancolía
vibrantes pájaros que van de viaje...
Pasan, aleteando su armonía
la «oración» sobre el alma del paisaje.

Por los flecos purpúreos del celaje
sangrantes rosas de oro, se diría,
en el combo de un cielo hecho de encaje
y en no sé qué divina orfebrería.

A lo lejos, nevada garza en vuelo
parece la blancura de un pañuelo
que agitase su «adiós» desesperante,

y entre el césped, laguna musicante,
simula, sobre un verde terciopelo,
olvidado en la tarde, un gran diamante.

REMEMBER

Era por su tristeza como un enfermo lirio,
y por enferma y pálida era como la luna;
negra como la envidia, larga como el martirio
sobre sus hombros era su cabellera bruna.

Era su dulce boca, dulce como ninguna:
fragante flor hurtada de algún jardín asirio.
Y era su cuerpo místico como si fuese una
lágrima transparente de moribundo cirio.

De sus ojos nocturnos, en mi abismo de penas
el amor irradiaba como un halo lunar,
¡y mi vida de sueños tuvo sed de sus venas...!

...Fué tan bella que nadie la miró sin amar;
tenía una suave fragancia de azucenas:
ya nunca podré verla, jamás lo he de olvidar.

CLARO LUNAR

I

En el ámbar disuelto del limpio plenilunio
—palidez de amor e infortunio—
ha mojado sus alas la noche transparente
y el dulce centelleo del lucero de Junio
recuerda la mirada de una querida ausente.

Por la senda florida de infinita frescura
—¡oh, jardín de vieja ventura!—,
vaga una niña sola que con manos radiosas,
lleva un ramo fragante... Es la espectral figura
del recuerdo, que suele de noche cortar rosas...

Del pretérito insomne surge un lirio sin dueño,
—infeliz marqués del ensueño—
misterioso, impoluto bajo la noche ambigua.
¿Quién duda que es el alma de un olvidado sueño
que hoy satura el ambiente de su nostalgia antigua?

II

De no dormir ya enferma, vagarosa en el cielo
—¡oh, crüel, sin par desconsuelo!—,
la princesa nocturna de pálida aureola
esparce los topacios lívidos del anhelo,
madona nocharniega, mística, triste y sola.

A la alta media noche desgrana evocadora
—¡canta, viola; guitarra, llora!—,
como un collar de perlas su «vals» la serenata
con el llanto de oro de la flauta sonora,
tal vez en la ventana de una mujer ingrata.

La luna pone un beso sobre el sonoro puente
—milagrosa caja que siente—,
y el violín solloza por el amor de un día,
que ha florecido apenas un albor solamente,
para morir soñando como la vida mía.

III

Entra un chorro de luna por la ventana abierta
—lividez lilial de una muerta—
a cuajarse en el fondo del embrujado espejo,
que en sus marcos mohosos de súbito despierta
como un colosal ojo que me mira perplejo.

Me mira..., nos miramos, profunda y mansamente
—solitario cristal sensciente—,
en la paz misteriosa de la desierta sala,
y siento que, de tanto mirarle frente a frente,
por mi cara una gota, como un astro, resbala.

En el espejo licua la luna rubio encanto
—silencioso, lívido llanto—
y unas mujeres pasan por su ilusorio abismo
con nardos sobre el pecho, vestidas de amaranto...
El embrujado espejo que miro soy yo mismo.

CANCION DE ENSUEÑO

El verso puro de fragancia suave
con un desmayo sensüal me gusta;
mezclo en mi canto la canción del ave
con la del bosque de cadencia augusta.

De noche en mi jardín, hace retreta
parlero surtidor, perlas en fiesta,
y el nardo y el jazmín y la violeta
preludian, muda, una olorosa orquesta.

A mi ventana abierta al cielo
y llena de un azul de lontananza,
vienen querubes a cantar, en vuelo,
una inmortal canción a la esperanza.

Algún fracaso de mi buena suerte
bendigo por el bien; nunca me asusta
que el beso frío de la misma muerte
halle en mis labios la canción robusta.

Seda de ensueño que bordé, de viaje
por el Imperio azul de la quimera,
son mis estrofas; se dijera encaje
de tibios besos en mi primavera.

La flor sangrante del martirio llevo
puesta en mi ojal sobre mi pecho izquierdo,
y así, soñando con un canto nuevo,
entre la espesa multitud me pierdo.

Canta la abeja en el vergel florido,
empapada de miel y polen tibio;
yo que soy del dolor fatal ungido
hallo en la estrofa mi mayor alivio.

Bajo mis sauces de canción doliente
vive una virgen beatitud pagana;
el mundo necio, la creerá serpiente:
una serpiente de cabeza humana.

¡Ebria gaviota, sobre el mar en vuelo,
sobre París y sobre Grecia avanza
audaz y lírica; ésa es mi anhelo:
loca gaviota que a la mar se lanza!

La frente al sol y con la herida al viento
paso cantando, indiferente al premio;
vive en mis labios, con mi propio aliento,
la rubia estrofa de un marqués bohemio.

¿No matarán las nieves tantas flores
que ha alimentado la locura mía?
Y mis vigilias, como mis dolores,
¿daránme tiempo y sueños todavía?

Mi juventud parece que ya mengua
y aun duerme intacta la secreta lira,
la palabra inmortal calla la lengua
y atrás la noche contra mí conspira.

¡Lento maduran del Ideal los frutos!
¡Hombro mío: tu cruz carga y soporta;
que en el dolor son vastos los minutos,
y para el Bien, la vida siempre es corta!

Ignoro el metro y la cadencia loca
para la estrofa melodiosa y trunca
que hay en mi boca y morirá en mi boca
porque su ritmo no he de hallar ya nunca;

porque no tenga mi canción acento
no espere el mundo que me desespere,
a impulsos de alas viajaré en el viento
y he de ser cisne que cantando muere...

SAUDADE

Es ésta la hora sacra. De una hemorragia ha muerto
el sol. Tramonto sufre de una nostalgia astral:
tengo en la mano el libro de mi tristeza abierto,
voy a escribirte un tenue verso sentimental:

Murmura una plegaria, por la sed del desierto,
el arroyo en su idioma de sonoro cristal;
las hadas están tristes; hay arpas en concierto,
como almas que sollozan debajo del sauzal.

En el azul estanque mi pensamiento juega
tras del intacto témpano del cisne que navega,
y un pico dentro el pecho, hace su excavación.

—Cavador, di, ¿qué cavas?
Y oigo una voz que dice:
«—Desentierro el cadáver de nuestro amor a Alice,
astro que vive muerto dentro tu corazón.»

EL BOHEMIO

Como una visión blanca que pasa sin ruido,
vaga toda la noche por la calle desierta
abrazado al fantasma de su sueño perdido;
o, con velas hurtadas a necrópolis yerta,
amanece sentado, junto al blanco, al querido,
insepulto cadáver de una esperanza muerta.

Es obrero en la mina luminosa del arte,
en la mina bendita do llegó miserable;
lleva flecos del alma por nevado estandarte
arrastrando glorioso su bohemia adorable.

Se le inunda de sangre su pupila lejana
con la fiebre incurable de su cáncer interno...
En su huerto apolíneo Primavera es sultana
y el nardo de su alma no ha besado el Invierno.

En los infaustos días, cuando el hambre asesina,
entre el párpado hinchado de no dormir, semeja
incrustada esmeralda su pupila aquilina,
su pupila que a veces de fiebre se abermeja,
cuando con el fantasma de su sueño perdido
vaga toda la noche por la obscura calleja;

o, con velas hurtadas a necrópolis yerta,
amanece, juntando como un ramo florido,
versos blancos y lilas, para el blanco, el querido,
insepulto cadáver de una esperanza muerta.

EL MAESTRO

Sobre la obscura loma y en el seno baldío
de la noche, el maestro prendió lumbre de amor;
las tristes mariposas del sueño y del hastío
llegaron una a una sedientas de fulgor.

De pulsaciones áureas sobre la obscura loma
su lámpara era como corazón del capuz...
Y a los pies del maestro cayóse una paloma
que extraviada anduvo por la noche sin luz.

A poco, muy cansada, llegó una cierva, mansa,
perseguida en su fuga de incógnito pavor,
y que viera en la loma la encendida esperanza
con que velaba a solas el Sabio del amor.

Después, los hombres vieron que en el seno baldío
de la noche el maestro levantaba su luz;
y en el alma, los hombres ateridos de frío,
clamorosos llegaron en loca multitud.

—Desventurados hijos de la noche: al más pobre
de los pobres mortales —les dijo—, ¿qué pedís?
—El misterio nos pasma con su humedad salobre
y de miedo y de frío NOS venimos a ti.

El piadoso maestro desgarrado de pena
en voz baja murmura: Es tan grave el dolor
del vivir en tinieblas que el misterio envenena,
pero el que dan las luces es diez veces mayor.

EN EL BELVEDERE

Fué una noche asuncenamente bella; fingía
desmayos de ternura por mi corbata gualda.
Verlaine dentro mi copa de ajenjo sonreía
con una irresistible sonrisa de esmeralda.

Lloraban dos violines. Cien princesas había
en el café sentadas. Entró una, de espalda
persa como la luna; radiosa geometría
me hizo soñar de paso su voluptuosa falda.

A unos metros escasos, la joven tomó asiento
y desde bájo el ala de su sombrero rosa
me miró y dió el perfume de una sonrisa al viento.

Bebí mi ajenjo, y luego, temiendo me avasalle
aquella tentadora sirena luminosa,
el corazón en mano, me refugié en la calle.

COMUNION

Bien amada sedeña: ven conmigo; la siesta
está con sus colores como un rosal en fiesta.
Ven, amada: desnuda tus piesitos de aurora,
y... vamos a la sombra de la selva sonora.

Vamos junto a la peña donde ha tomado asiento
el indio pensativo que murió de tormento.

Tengo hambre de los dulces, milagrosos beleños,
que la miel aromada de tu lengua me enseña;
deja que sobre tu hombro, como un fardo de sueños,
incline mi cabeza, bien amada sedeña.

Ambularemos juntos como dioses perdidos
bajo los naranjales y las lianas en flor,
rondaránnos por guardia las pintorescas fieras,
y esponjarán la cola, y rugirán de amor.

Eres nota y perfume de mis grandes tristezas,
de la luz de tus ojos son mis ojos avaros...
Siéntate en esta peña, te diré mil bellezas
que en el siglo no han dicho ni los poetas más raros.

Ambula, amada mía, bajo la oliente fronda,
la sombra pesarosa de un Mariscal vencido,
y como si sintieran veneración tan honda,
a su paso se inclinan los laureles, sin ruido.

Guaraní melancólico de la fama perenne
se arrodilló a la Luna junto a la misma peña...,
y acarició la raza bajo el tayí solemne,
no sé qué sueños de oro, bien amada sedeña.

Sobre esta verde grama y estos dorados yuyos (1)
inconsolable, un día se arrojó Urutaú
llorando; la de ojos negros como los tuyos
y muslos armoniosos; única como tú.

Vamos a la caverna do las estalactitas
son lágrimas serenas con que las rocas lloran
su gran dolor de siglos, y donde tus benditas
hermanas invioladas, las hadas blancas, moran.

Y oficiemos la misa, que ha callado hasta el viento
para darnos oído. Que tu boca hecha flor
sea el cáliz divino, perfumado y sangriento,
y por mí y por el indio que murió de tormento,
dame, amada, tu pura hostia pura de amor.

EN VOZ HONDA

Joven paraguaya, cantora hechicera,
canta tu cantar,
tu canto perfuma vieja primavera;
canta tu sinuosa, doliente habanera,
que quiero soñar.

—Es dulce la noche de luna empapada;
bajo el naranjal,
la cantora joven toma el arpa amada,
canta, y se deshace su voz perfumada
cual limpio raudal.—

Canta, que es tu canto como un balanceo
de olas en la mar.
Cuando en la habanera te escucho y te veo,
se nutre mi vida de un dulce deseo
de sufrir y amar.

---

(1) Hierba silvestre.

—Entre los suspiros de las cuerdas finas
rezonga el bordón.—
Canta, mi morena, canciones divinas;
quiero que se hundan, sonoras espinas,
en mi corazón.

Paraguaya joven de ojos de diamante:
¡canta sin cesar!,
el arpa suplica con voz sollozante,
canta y que tu canto guaraní fragante,
me haga suspirar.

Tengo la inquietante vaguedad del viento,
cuerdas: ¡sollozad!,
que quiere sentirse más loca, un momento,
mi alma vagabunda, ¡yo que vivo hambriento
de la inmensidad!

¡Que me duele el alma! ¡Paraguaya mía,
canta tu cantar.
—En remansos claros fluye la armonía.—
Canta la más triste, la canción impía
que hace sollozar.

¡Necesito el llanto! El miedo, el espanto
que dejó el azar
en mi vida, sólo se alivian con llanto:
canta, paraguaya, tu más triste canto,
que quiero llorar.

Cantora morena de arpa melodiosa:
¡canta más y más,
que me duele el alma vagabunda, y goza
sólo con tu canto de brisa olorosa;
no calles jamás!

Canta y llora y canta la canción impía
que hace padecer;
llora como el arpa llantos de armonía,
llora una azul gota, paraguaya mía,
que muero de sed.

LA GRAN CONQUISTA

Nació un hombre en el mundo de supremo destino,
en el heroico siglo del humano poder,
y recorrió las Cortes el genovés marino
proclamando el hallazgo de un camino al Edén.

Era aún en los tiempos de la gloria rosada
que precede a la historia como un amanecer:
se ha quedado en los siglos la leyenda dorada
de aquel heroico tiempo que nunca ha de volver.

A América llegaron rubios aventureros
de recias armaduras, melena tornasol,
que airosos emprendieron, forzando sus aceros,
la estupenda conquista del gran país del Sol.

Regían los destinos del encantado Imperio
monarcas fabulosos de dinastía astral:
al sud Guarán de bronce, dulce, pálido y serio,
y al norte Cápac Inca, lujurioso y sensual.

El Tupá de los cielos que la tierra ilumina,
gran Dios en la serena religión de la luz,
bajóse en las pasmosas soledades andinas
en la leyenda de oro del Cápac del Perú (1).

Y fué la maravilla de su amor en la tierra,
los sabios y los reyes eran como su grey,
tal que, los caballeros venidos a la guerra,
hallaron a los pueblos amando al astro rey.

---

(1) Coincide la leyenda guaraní que afirma haber bajado Mimbisy (madre de la luz) sobre la cumbre más alta de América para dar a luz a Tupá, con la otra peruana, que afirma ser de origen solar el fabuloso Manco Cápac. (N. del A.)

Pizarro y Alvarado tras de fragor inmenso
al corazón llegaron del Imperio Solar
y apagaron por siempre la brasa en que el incienso
ardía en templos de oro sobre sagrado altar.

Y fué la gran conquista. Quedó desencantada
el alma de la raza devota de la luz:
y desde entonces llora, de noche, en la cabaña,
un ave misteriosa, de nombre Urutaú.

HACIA EL OLVIDO

Mireno, el pastor indio, en aquel día
no alegró con su flauta la alquería.

Se fué con el ganado, muy temprano;
y hacia la tarde, en el palmar cercano,

se le oyó modular un aire triste:
¡quién sabe su dolor en qué consiste!

(Ha tiempo que inconfeso mal ambiguo
crispábase en su faz de bronce antiguo.)

Ya a la pálida luz de los luceros
la boyada dispersa, otros vaqueros

del campo, recogieron. En aquella
noche de Abril, inolvidable y bella,

el indio pesaroso, a la alta hora,
a soplar empezó, hasta la aurora,

en su dulce cañuto, un aire triste:
¡quién sabe su dolor en qué consiste!

(Fué al pie de una palmera, en la colina,
do estuvo sollozando su fatina.)

De entonces ¡nunca, nunca!, al indio rudo
se le pudo ya ver. Triste y desnudo

se marchó para siempre hacia la selva
y es posible que ¡nunca, nunca!, vuelva

a ensayar en su flauta el aire triste:
¡quién sabe su dolor en qué consiste!

(¡Qué triste es el poema nunca oído:
la vuelta de la raza hacia el olvido!)

INTRODUCCION DEL POEMA «URUTAU»

Lentamente la tarde se deshoja
como una flor de sangre; la congoja

crepuscular se cuaja en el ocaso
en vetas de oro y en jirón de raso.

Se marcha el sol, en su veloz corcel
cascado de rubí y en oropel

bruñido sobre el bosque de laurel,
al pasar, en lumínico tropel.

El bruto arrastra larga crin de seda...,
y después, más allá de la arboleda,

como un vago recuerdo, sólo queda
la lejana y dorada polvareda

que el celeste monarca alzara al paso
en el desierto lila del ocaso.

En el cansancio de la tarde mustia,
flota el misterio de una vaga angustia;

la luz, como una enferma, languidece
y... pia-ní-si-ma-men-te desfallece.

Deja oír en el monte su sonoro
dístico el *yerutí* (1) de buche de oro,

que dormita, esponjado sobre el nido,
pensando en el monarca que se ha ido.

El tramonto se llena de oraciones
nunca oídas; sienten los corazones

el pulso de los astros; la penumbra
parece que se carga de emociones

religiosas; la hora se apesadumbra
y ya duermen los vientos rezongones,

cansados de vagar por sierra y llano.
La sombra (y el misterio, que es su hermano)

puso al arpa del mundo cien sordinas;
fluctúa el sér, cual péndulo gigante,

al lento son de músicas divinas
que viene y va en ocaso y en levante

sobre la boca de la nada abierta,
donde el hombre es, apenas, chispa incierta...

Un húmedo e impalpable tul desciende
de las nubes errantes y se extiende

por el mundo, mojado en los primeros
y remotos llantos de los luceros.

---

(1) Ave cantora.

Se afirman los sentidos a las cosas,
como por resonancias milagrosas;

un pasado de luz, amor y gloria,
mal muerto, resucita en la memoria;

el dolor de recordar engrandece:
¡se goza a un mismo y se padece!

Es la hora más santa y más serena...,
es la hora de llorar sin mal ni pena.

Aulla de amor el corazón escuálido,
cual can perdido, hacia el poniente pálido:

parece que por una dulce herida
se escapara en silencio nuestra vida...

La atmósfera encantada se emociona
de mudez fragorosa y... queda entona

de milagros una oración inmensa:
¡todo enmudece, todo siente y piensa...!

De pronto, rasgan la quietud serena
dos y tres alaridos, de honda pena,

que parecen salir de algún abismo;
propáganse al amparo del mutismo

rebotando por selvas y cañadas
los ecos de sus ecos; puñaladas

resonantes, llorosas, de quién sabe
qué dolor, no sabido y que ni cabe

que sepan los terrosos, los de piedra
que nutren en su vida musgo y yedra.

A intervalos nerviosos, cada grito
se siguen, se persiguen. ¡Qué infinito

es el dolor que vibra en cada acento!
¡Duele al silencio como en carne viva,

cada tajo horroroso del lamento
que el alma de la noche sensitiva,

desgarra y acribilla...! ¿Quién es ése
que rompe temerario el terciopelo

de las tinieblas mudas y estremece
y crispa y rasga el ámbito del cielo

con su tajante voz? ¡No es la fiera
que habita, reina altiva, en la espesura

ni puede ser la queja lastimera
del viento; la sonora fuente pura

nunca pudo llorar de esa manera!
Y la bestia que mora en la pradera

jamás supo de tal dolido acento,
para creer acaso que ella fuera.

Si no es de fiera, fuente, ni del viento,
¿de quién es esa voz? ¿Es verdadera

voz de mujer la voz que en la espesura
de la noche, solloza en el desierto?

¿En una choza llena de amargura
una madre será que, sobre un yerto

cadáver filial, se desespera?
¿Quién es el infeliz que a esta hora

de silencio y de paz, no halla siquiera
un alivio a las llagas de tormento,

e inconsolable, con crüel lamento,
junto al oído de la noche llora?

¿Quién es el desdichoso a quien la suerte
desgarra el corazón con tres puñales,

e interrumpe en sollozos inmortales
los cuarzosos silencios de la muerte?

Elévate, lector, hasta la enhiesta
cimera de los Andes, y oye atento:

Esa voz que parece ser lamento
es una acusación, es la protesta

de todo un mundo. —¡Oh, dolor infinito:
Cuzco, Utatlán, Palenke, Verá, Quito...!—

Es el genio, es el alma americana
devota de la luz, que en la mañana

de su gran esplendor, cegó su vista
el cálido Rey Sol de la Conquista,

dejando su pupila sin aurora
para siempre. Es Urutaú que llora.

Recalde (Facundo)

«Facundo Recalde ha producido poco; pero en sus versos, bellos e inspirados, hay la huella inconfundible del talento.

»Sus poesías son una extraña mezcla de delicadeza y de tosquedad. Imágenes ideales, vagas y frágiles como los fantasmas del sueño, se nos aparecen ataviadas con expresiones de mal disimulada violencia. Sus pensamientos poseen gracias de mujer, sutilezas de espíritu refinado, y la música de sus estrofas es vasta y masculina, y suena a veces como sones de trompeta heroica.

»Pero tal como es, agrada y seduce. Y no creemos que, con el tiempo, pueda variar mayormente, ni en su estilo ni en sus tendencias.»

(J. Natalicio González)

ANANKE

No tienes por qué odiarme: yo alumbré tu camino
con un noble relámpago de espiritualidad;
pero en nuestros amores tuvo un gesto el destino,
y se interpuso la fatalidad.

Yo estaba solo y triste, y quise que tú fueras
la que enflorara el triunfo que me espera al volver;
por eso, ante tu alma, desnudé mis quimeras
en la sonrisa de un amanecer.

Perseguimos distintas estrellas: tu sendero
alfombra la hojarasca de la frivolidad;
no te atormenta el logro de un elevado «¡quiero!»,
ni corres hacia un imposible *allá*.

Y mi camino es otro: mi caminar errante,
¡no terminará nunca porque es una ascensión!
¡Tú no sabes cuán bellamente desesperante
es el peso auroral de una misión!

Si mi estrella romántica está opuesta a la tuya,
forzoso es que te deje para nunca volver,
forzoso es que te diga mi adiós postrero y huya
en el sollozo de este atardecer.

... Yo seguiré buscando (como se busca un nido)
a la predestinada a comprender mi amor;
le rimaré las mismas protestas que has oído
y le daré este mismo corazón...

VENGO OTRA VEZ A TI...

Con paso tardo, caminando a tientas,
vengo otra vez a ti porque me mientas
un poquito de amor
que me conforte en la suprema marcha,
antes que nieve sobre mí la escarcha
de un hondo desaliento abrumador.

Yo no puedo vivir sin un afecto
que alumbre y guíe mi camino recto
con un dulce fulgor;
por eso con la angustia de un sollozo,
torno a tu lado, trémulo y lloroso,
a repetirte mi canción de amor.

NUPCIAL

La bondad, la belleza te idolatran, ¡oh, novia!,
y al amado se brindan como labios mendigos
que pidieran el beso que a la pasión agobia,
como estrellas piadosas, como astros amigos.

El valor, el talento te hacen alto y brillante
y a la novia se ofrecen como brazos abiertos
que aprisionar quisieran un lirio palpitante,
cual blandas almohadas, cual sombra en los desiertos.

Y a bondad y belleza y a talento y amor
los une una palabra monumental: AMOR.

Un pobre peregrino, a quien le sobra amor,
a quien valor le falta y le sobra bondad,
y no tiene bellezas y le sobra dolor,
un desterrado eterno de la felicidad,
que va como una hoja burlada por el viento,
que va diciendo a todos, mientras solloza: ¡Amad!,

a vuestros pies deshoja estas flores de argento,
como si derramara una gota en el mar,
y, alzando el cáliz mustio con su veneno lento,
brinda por los esposos y su felicidad.

En este día, triste para mí como un lloro,
bello para vosotros como una claridad,
tras de cada gemido, como un broche de oro
en cadena de hierro, repito el estribillo
doloroso y absurdo: ¡Amad! ¡Amad! ¡Amad!



Molinas Rolón (Guillermo)

Joven entusiasta cuyas composiciones llaman la atención por la fuerza poética, la inspiración y el buen gusto; joven que ha puesto en evidencia hermosos dotes naturales que han de alcanzar pleno florecimiento en breves años.

¡PARAGUAYA!

Cual marchitas margaritas,
margaritas entre infolios custodiadas
que no pierden con el tiempo su perfume: ¡tus amores,
tus amores,
paraguaya, Magdalena de mi Raza,
tú envolviste en tus angustias desoladas,
pues marchitos se han quedado
por la muerte prematura de tu amado
en la noche de un incendio de purpúreas llamaradas... !

Cual los pétalos ebúrneos
de esos lirios con hieráticos encantos
que en los cofres olorosos duermen años: ¡tus amores,
tus amores,
paraguaya, germen santo de mi Raza,
tú adoraste dentro el pecho con tus llantos
al volverse desgraciados,
de tu amado con la muerte devastados
en la trágica defensa de heroísmos sacrosantos!

Como alfombras de azahares
bajo arcadas de naranjos centenarios
forman sábana de nieves y de aromas: ¡tu pasado,
tu pasado,
paraguaya, flor fecunda de mi Raza,
es perfume de heroísmos legendarios,
de grandezas que no mueren,
de recuerdos ofrendarios que se adhieren
a las almas de los pueblos como glorias de Calvarios!

Cosmoramas purpurados
por visiones de sangrienta espectroscopia,
un histérico fulgor de apocalipsis: ¡tu pasado,
tu pasado,
paraguaya, Dolorosa de mi Raza,
es, en cuadros de Velázquez, imposibles de una copia,
la luz mágica del Cromos;
cual fantásticos desfiles pavorosos de eccehomos
en los tiempos de esa guerra de espectral kaleidoscopia!

Magno, heráclico poema,
gran poema cual los sueños del Oriente
que reclama vastas y hondas rimaciones: ¡tu heroísmo,
tu heroísmo,
paraguaya, genitora de mi Raza,
del tormento más acerbo flor doliente,
es Pirámide en la Historia,
monumento que reclama la victoria
de los himnos rumorosos de un Homero adolescente...!

Entusiasmo que sintieron
en Esparta y la Numancia tus hermanas
que sus clámides quemaron en las guerras: ¡tu heroísmo,
tu heroísmo,
paraguaya, redentora de mi Raza,
necesita las canciones soberanas
de las verbas simbolistas,
fulgurantes catacresis de los genios panteístas
que plasmaron de sus versos los triunfales ramayanas!

Triunfo pleno de martirio,
pleno triunfo del martirio más crüento,

gesto trágico en las horas de la Historia: ¡tu infortunio,
tu infortunio.
paraguaya, flor doliente de mi Raza,
es la lúgubre epopeya del Tormento;
y por ello ya en tus selvas seculares
han psalmado luengos lustros de pesares
los caraus (1) y urutaúes (2) elegiacos su lamento!

Fruto vil del torpe oprobio
de unas razas que en diabólicos deslumbres
en las horas de tus glorias te irrumpieron: ¡tu infortunio,
tu infortunio,
paraguaya, santa mártir de mi Raza,
ya reclama las protestas y las lumbres
del gran sol de la Justicia!
¡Las protestas de los pueblos sin malicia!
¡Las multífonas protestas de los vientos y las cumbres!

OFRENDA

Cuando afiebrada la auroral cabeza,
dejó por fin mis horizontes lilas,
mis generosas ansias de grandeza
se embriagaron de sol y de hipsipilas.

Y al alcázar remoto en que rutilas
llegué con sed de amor y de belleza,
y allí adoré la flor de tus pupilas
y el lánguido marfil de tu tristeza.

Te sahumé el ritmo astral de mis canciones,
con diáfanas volutas de ilusiones
—no ofrecí el oro que a los viles calma—;

y abriendo mis entrañas de jacinto,
sobre el topacio de tu egregio plinto
¡puse mi corazón, puse mi alma!

---

(1) Un pájaro que da gritos y vive por los pantanos.
(2) Un pájaro cantor de los bosques.

¡QUIERO...!

Quiero una eterna y tropical belleza,
un vigoroso rebosar de vida
¡y no ese páramo espectral que empieza
a combatir la evolución formida!

¡Odio al desierto, donde el alma ingente
ya no visita! ¡Soledad que absorbe!
Me espanta el fin que Flammarión (1) presiente
como postrera vibración del orbe...

¡Quiero una selva cuyos sones basen
su orquestación en un ciclón sonoro,
entre la cual los pensamientos pasen
cual luminosos proyectiles de oro!

En la batalla de abismal sonido,
la que a la Tierra, la indolente, azota,
¡yo, de los vicios, con potente ruido
quiero cantar la colosal derrota!

Porque la fuerza que al espacio alienta
forjóme el alma de divinas yemas
y su centella que la luz ostenta
en mi cerebro colocó sus gemas...

¡Es porque el alma del pasado, enormes,
tiene guardadas en mi sér sus notas,
templóse mi alma en el Dolor e informes
y quebrantadas tradiciones rotas!

Por eso niego la mentida forma
de proclamar que la materia ordena
lo que palpita y sin cesar transforma
la misteriosa animación terrena...

---

(1) Astrónomo vulgarizador francés, nacido en 1842.

Y mi neurosis de Titán retemplo
con un delirio de romper cadenas:
¡yo humillaré, como Sansón al templo,
a las infamias a la luz ajenas...!

Guardo una oculta vibración creadora
que dióme el Cosmos con la luz del Iris,
que contra el Mal batallará, sonora,
cual fuera el Numen del divino Osiris...

Si la vileza de calumnia infanda
con su proterva inundación que escombra
cubrirme quiere en su obscurosa banda,
¡seré yo luz que esfumará la sombra...!

Si la legión de las pasiones forma
contra mis sueños su falacia hirsuta,
¡no me echará de mi grandiosa Norma!,
¡no torcerá mi formidable Ruta!

Y... si los montes quieren ser más altos...,
y... ya no intentan cultivar ni yedras,
¡como un Titán quebrantaré basaltos!
¡Y haré fecundas sus groseras piedras!

MI LIRA

En una confidenciá de una tarde remota
que hoy evoco en la mente como un vago espejismo,
mis abuelos me dieron una lira ya rota,
vieja lira que sabe de dolor y heroísmo...

El polvo del crepúsculo matizaba las cosas.
Lento el sol expiraba de un inmenso letargo.
Se melancolizaban de quietudes cansosas
las dos pautas bermejas de un camino muy largo.

Al tomarle, dos besos en sus cuerdas dejaron
con todas las pasiones de los besos de un joven;
temblorosas, en ellas mil notas ondularon,
con la eximia cadencia del dolor de Beethoven.

Sus aspas cinceladas de un espino salvaje
que creció entre las peñas y las furias del viento,
conservan todavía su orgulloso linaje
en una contextura como un mármol sangriento.

Fuertes aspas que fueron en puños de Tirteo
clava hercúlea en la guerra que asordaba su suelo,
y hoy las miro y ¡parecen ¡brazos de Prometeo
con sus dedos crispados, que amenazan al cielo!

Una mano ebanista providente y creadora
de la estirpe doliente, con indias fantasías,
grabó con Van Huysium en su caja sonora
mil glorias atrevidas de las orfebrerías.

Y por símbolo insigne del duelo que la inspira,
puso en medio al encaje de sutiles delirios
una boca virgínea de relieve en la lira,
con los labios en rictus de supremos martirios.

Por ella ha modulado con tropel, rumorosos,
los dísticos triunfales en la roja epopeya;
pero aquel gran derrumbe, que de heroico es glorioso,
le ha sellado en los labios el dolor de Mireya...

Si escucháis en su caja, oiréis una tormenta
muy profunda y lejana, que en ella se endemonia;
con esas turbulencias de los mares, sustenta
en su cuerpo un multífono caracol de la Jonia.

Gotearon en ella los anhelos vencidos,
del amor y los odios las álgidas angustias,
y hoy se escapan del fondo como antiguos gemidos,
un aroma muriente de campánulas mustias...

Para muchos idilios tuvo arpegios divinos,
para muchas tristezas tuvo magnos consuelos,

y las hondas plegarias del sauce sibilino
se tornaron en ella tan dulces ritornelos...

¡Son sus trémulas cuerdas las glisadas guedejas
de una virgen heroica que en las lides postreras
insultó a los verdugos de su raza, y, sin quejas,
con fusil en las manos, expiró en las trincheras!

Los amores, los odios, el dolor, la alegría
ya otoñaron sus gamas en las crespas contiendas,
y hoy musican sus notas con dolor de elegía
mil sublimes milagros de azuladas leyendas...

Fué en esa confidencia de una tarde distante
que comulgué las hostias de mi melancolía,
y evoqué con las cuerdas de mi lira tonante
las reivindicaciones de la inútil porfía.

Y por eso, en la aurora de mi ideal sublimado
crepusculan las vestes de quiméricas hadas,
y a la par en mis versos trema un odio olvidado
como una flor perversa de mis iras sagradas...

EN LA FIESTA DE LA RAZA

(Mensaje a la «Unión Ibero-Americana»)

A vosotros, Poetas, los de augustas cimeras,
hortelanos eximios de encantadas quimeras,
hijos de las Españas, hijos de las Américas
que vivís las hidalgas soñaciones ibéricas,
que por sobre los pueblos la visión no os extraña
porque palpáis, profundo, lo que América entraña:
las mil idealidades de promesas románticas
que sentimos en besos de las olas atlánticas;
y auscultasteis la muda pasión de sus latidos
en todos los instantes de la Historia, dormidos,
y auguráis con la fiebre que la frente os abrasa
la sublime y profética comunión de la raza...

¡A vosotros confío mi mensaje: es el alma
de mi estirpe hecha encajes, el rumor de su palma,
ñandutí (1) de sus sedas temblorosas y esquivas,
todo el mágno perfume de sus selvas nativas!

¿Sabéis? Cuando el prolífico *Tupá-Sol* (2) en sus tábulas
ordenó con sus leyes que fecundan las fábulas,
las fraternizaciones de ancestrales atlantes
—de viejas sociedades los nóumenos errantes—,
cuya urdimbre nublosa de remotos estigmas
apenumbra el pasado de tenaces enigmas,
las fecundas cohesiones ejercieron su imperio
que unifica a las almas bajo un mismo misterio...

Allá fueron los mayas que labraban granitos
para poblar sus templos de sabios monolitos;
los fastuosos aztecas (3) en las amplias mesetas;
los chibchas (4) en la entraña de sus frondas secretas
soñaban los emblemas de deidades informes
en las blancas aristas y las piedras enormes;
acullá de los incas (5), musculosas montañas
sostienen las ciclópeas fortalezas extrañas;
así como en los valles y las hirsutas sierras
la invencible Araucania (6) meditaba en sus guerras.

Y fué también Guarania, la región prometida
como tierra de ensueño, de ilusión y de vida,
tierra donde crecieron las flores suntuarias
de robustas pasiones y gestas fabularias...
Aun hoy mismo se escuchan, de su raza indomable,

---

(1) Cierto tejido finísimo.

(2) El gran espíritu de los guaraníes.

(3) Uno de los más antiguos pueblos indios de Méjico.

(4) Pueblo indio semicivilizado, que encontraron los españoles en Nueva Granada, en el siglo XV.

(5) Indios semicivilizados, cuyo imperio poderoso se extendía por Perú, Bolivia, Ecuador y parte de Colombia, de Chile y de la Argentina.

(6) Comarca de Chile central. Los incas intentaron en vano conquistar la Araucania, y los españoles tuvieron que trabar la más sangrienta lucha para someter aquel pueblo indomable.

en cálidos relatos de una conseja afable
ondular las hazañas de un pasado disperso,
y aun hoy mismo conservan los encantos de un verso...

Sobre el lago mugiente de naufragio y leyenda
aun hoy mismo se siente la palabra estupenda
del gran Tamandaré (1) trágico y sibilino,
viejo y torvo vidente que auguró su destino...

En las noches hurañas, por sus bosques antiguos,
llenos de ondas hostiles y fantasmas ambiguos,
veréis el muá que traza su espiral luminosa
—cocuyo romancesco, linterna misteriosa—,
que se escapa en las sombras de la selva sagrada
como algún pensamiento que se pierde en la nada.

Si en sus tortuosas vías —en las largas picadas—,
oís a alguien que os llama, si sentís sus pisadas,
no volváis la cabeza, porque es mago *Pombero* (2),
alma errante del indio fraternal y chistero;
pasadle la colilla, que su pipa de barro
sólo pide la humilde caridad de un cigarro.

Si en la muerta fogata, tras de los matorrales,
que quedó abandonada en espesos yerbales,
halláis huella inocente de los pies de algún niño
que en el polvo conserva la ceniza de armiño,
es del niño magnífico, genio de los idilios,
del grato *Curupí* (3), genio de los auxilios,
aquella alma galante y ardorosa e inextinta
que protege a las novias y a las damas en cinta,
el Eros legendario, veloz, ágil y alado,
el que abulta los gérmenes en las mieses del prado
y los senos turgentes de las tigres en celos,
y cuanto Yasíh (4) crea bajo el tul de los cielos.

---

(1) El padre-dios de los indios.
(2) Duende nocturno.
(3) Un duende, en general.
(4) Yaci; significa nuestra madre, o sea, la Luna, para los guaraníes.

A vosotros, Poetas, los de augustas cimeras,
hortelanos insignes de aureoladas quimeras,
que augurasteis, en fiebre que la frente os abrasa,
la sagrada y profética comunión de la raza,
lleva el verso un mensaje: que es la historia y el alma
de mi estirpe hecha encajes, el rumor de su palma,
ñandutí (1) de sus sedas temblorosas y esquivas,
¡todo el ático aroma de sus sevas nativas!

---

(1) Cierto tejido finísimo.



LOS QUE LLEGAN

Artaza (Policarpo)

AL TOQUE DEL ANGELUS...

El sol que se esconde
incendiando las crestas del cerro.
La luz del crepúsculo
que envía en sus rayos el último beso.
La penumbra que envuelve mi estancia
y en la sombra el fantasma de un sueño...

En las viejas torres las viejas campanas
que entonan el ángelus. Elevo
mi humildosa oración a tu imagen
que adorna mi alcoba de pobre bohemio...
Y al mirar tus ojos
profundos y claros, de raro misterio,
evoco mis dichas
que van resurgiendo
en la faz velada
de un íntimo espejo...

En las viejas torres sonar de campanas,
y en mi alma mil ritmos diversos...

SONATA DE PRIMAVERA

Noche de primavera, de pálidos fulgores,
¡cómo al alma convidas a dormir y a soñar!
Las penas se hacen humo, se olvidan los dolores
en la silente calma del paisaje lunar.

Noche de primavera, fragante de azahares,
luminosa y pura como mi novia sin par,
tu llegada disipa mis íntimos pesares
y la huraña alegría ya vuelve a retoñar.

¡Cuántas cosas hermosas, noche de primavera,
despiertas en mi espíritu con tu claro lunar!
Bajo tu palio ansío bordar una quimera
con hilos de esperanzas y ponerme a cantar.

Dejar a un lado todas las miserias terrenas,
concentrarme en mí mismo para soñar mejor,
y ver cómo mis horas se deslizan serenas
bajo el grato perfume de naranjos en flor.

Erigir un santuario entre la selva umbría,
y allá, lejos, muy lejos del rumor mundanal,
tejer, como un orfebre, una sutil poesía,
en honor de la amada, con rimas de cristal.

Noche de primavera, fragante de azahares,
luminosa y pura como mi novia sin par,
tu llegada disipa mis íntimos pesares.
¡Por ti y por ella entono de nuevo mi cantar!

Marecos (Séver)

A STELLA

Porque en lo eterno de un amor yo vivo,
porque a la paz del corazón anhelo,
en mi delirio por tu amor esquivo
yo pido a tu bondad dulce consuelo.

No me niegues, por Dios, el fuego activo
de esos tus ojos de color de cielo,
que extinguir yo quisiera, compasivo,
en él toda mi angustia y mi desvelo.

Vivir sin ti nunca podré, mi amada,
ni sufrir el dolor del alma mía
de mucho amar, y amar más cada día.

Yo sólo por tu amor, virgen alada,
sigo viviendo de esperanza y sueño:
¡hazme feliz, ángel de Dios, mi dueño!

Rivero (Néstor Eduardo)

PRIMAVERA

Ya se visten de blanco las mujeres
y las frondas se visten de esperanza,
y las flores aroman como nunca
el suavísimo beso de la brisa.

Ya las claras mañanas se sumergen
en su baño de azul y de perfumes,
y comienza la dulce sinfonía
de los verdes clarísimos, las notas
de ese verde esmeralda, que es tan múltiple
en el claro y obscuro del follaje
o en el liso brochazo de los prados.
Y comienza pianísimo la orquesta
con un hondo gemido de violines
que se oculta medroso entre los fúlgidos
rubores de la aurora; y lentamente
con el blando deleite con que torna
desde un sueño muy dulce nuestra vida,
los contornos borrosos se concretan
en un suave crescendo de matices.
Con altivez de artista, los señores
soberbios de las selvas y sus huestes

mecidas al impulso de su orgullo
sacuden el rocío de la noche
de su hirsuta melena de esmeralda.
Y se trueca el crescendo en una loca
rebelión de colores: ya no tiembla
la hojarasca medrosa ante el recuerdo
de la noche pasada. Todo vibra
y se agita y se agolpa como un choque
absurdo de dos fuerzas: esa lucha
del no-ser y del sér, en que la vida,
del destino y del tiempo triunfadora,
de las almas se adueña y las amasa
en la fiera crueldad de su capricho.

¿Quién se pone a pensar en el misterio
de las cosas que nacen, cuando apenas
podemos percibir la inmensa clave
de la inmensa armonía de las cosas?
Sí, el mundo es rico; y tú, princesa rubia,
piadosísima reina, reina lírica,
divina Primavera, nos prodigas
todo el oro del sol en cuya cálida
caricia se deslíen las potencias
fecundantes del cielo y de la tierra.
¡Todo cambia a tu paso, Primavera!
Las almas también cambian y florecen
cual florecen los campos y los bosques.
Tú engendras el amor, ése que sabe
del temblor de las flores y el reclamo
de las castas palomas pensativas.
El cristal de las risas tiene un timbre
más extraño y más hondo y más vibrante,
y es un límpido espejo inteligente
que refleja desnudas a sus dueñas
la dulzura infinita de los ojos;
y el ansia de llorar, y aquellas ansias
tan hondas, de llorar y, al mismo tiempo,
de reír, sin razón, que nos dominan;
y ese anhelo constante que convierte
en un arpa tremante nuestros cuerpos
y en un lirio muy blanco nuestras almas.

Y la calle y el parque y el suburbio
han cambiado su aspecto por un loco
anhelo de reír; y hasta la gente
que marchaba tan grave con el fardo
de quién sabe qué penas incurables,
ha trocado lo adusto de su ceño,
o al menos ya no asustan cuando miran
esas torvas miradas que taladran.

Y las notas del piano que se expanden
en las sedas sutiles con que el barrio
se engalana en las tardes, son tan hondas
cual si fueran pulsadas por un genio
de manos milagrosas, y hasta el sordo
rumor que de los carros y tranvías
irrumpen el dormido caserío
y el silencio del muro y de la verja
donde tiemblan las rosas y jazmines,
parece que se infiltra en el espíritu
con la suave embriaguez inexplicable
del pasado que roza con sus alas
el desfile cambiante del recuerdo.

Oh, reina Primavera, reina buena
que has llegado hasta mí con una dulce
palabra de esperanza: aquélla misma
tan serena y tranquila con que otrora
prometiste aliviar mi desventura.
Oh, reina milagrosa que consuelas
el dolor infinito de la vida
y allanas la aspereza del camino
con el soplo triunfal de tu presencia.
A tu paso es más puro y más profundo
el azul de los cielos, y se quiebran
en señal de galante pleitesía,
en un choque de luz sobre las nubes,
las flechas de oro de tu amado, el Sol;
y vibrando en el éter se derrama
el polen de los mundos, el mensaje
que en pujante raudal sobre la tierra,
caldea el beso germinal cantando
el eterno cantar de la creación.

Gaona (Roque)

PENSATIVA

Entre los perfumes de tus manos finas,
duerme pensativa tu cabeza bruna,
y se llena el cuarto de rayos de luna
que han atravesado las blancas vitrinas...

Cuelgan de las puertas, sedeñas cortinas,
unas color rosa y otras de turquesa...,
mientras van muriendo sobre tu cabeza
los pétalos suaves de las clavellinas...

En ánforas griegas, sobre la consola,
vese de unas flores la policromía.
Son de color rojo los de la amapola;

son de color blanco los de la gardenia...
Mientras que en la calle y en la celosía
el viento desgrana su fúnebre nenia...

FIN



INDICE

Págs.

Prólogo 5
La Literatura Paraguaya. 11
Cuatro palabras de Historia Paraguaya. 17

NATALICIO TALAVERA

Himno Patrio. 34

ENRIQUE D. PARODI

Patria. 37
El medallón. 40

JUAN JOSÉ DECOUD

Lamento 41

DR. VENANCIO V. LÓPEZ

Al Paraguay 45

DELFÍN CHAMORRO

Todo está perdido. 47

LIBERATO ROJAS

A mi madre. 49
Colón.—Hojas dispersas. 50

JUAN FRANCISCO PÉREZ

A la Cultura Literaria. 51
La Escala Musical. 55

FULGENCIO R. MORENO

Al Cerro Yariguaa. 57
Notas. — Neblinas 58
La Musa Moderna. 59
Soneto 61

ALEJANDRO GUANES

Las Leyendas. 64
¡Salve, Patria! 66
El Domingo de Pascua. 68
El Museo.—Ojos de rubia. 69
A mi hija Mercedes. 71

Págs.

La hora de las lágrimas.—Allán Kardec. 73
Alborada. 75
¡Pájaro extraño...! 76
A mi Cristo. 77
Epitalamio. 79
La guitarra.—Ocaso y aurora. 81
La ola. 88

CECILIO BÁEZ

A mi Bandera. 89
El Oratorio. 92
A Jaurès. 93
A Pío X.—A Italia. 94

IGNACIO A. PANE

Las dos tierras 101
La Mujer Paraguaya. 105
Al Héroe de Curupaití 110
El Héroe completo.—«Si vis pacem, para bellum». . 112
El Pombero. 113
Ybapurú. 115

JUAN O'LEARY

Alejo García.—¡Salvaje!. 118
El Alma de la Raza. 120
A la Patria.—Soneto. 131
Rima. 132
A mi hija. 133
¡Muerta! 135
Sollozos. 137
Don Quijote. 139
Bullo. 140
Caacupé.—El primer lampo. 141

FRANCISCO L. BAREIRO

Humaitá. 143
Espuma. 144
José de la Cruz Ayala. 145

JUAN R. DAHLQUIST

El «santa fe». 147

RICARDO MARRERO MARENGO

Al Paraguay. 149
Curupaití.—Humaitá. 150
Primavera.—La Serenata. 151
Ignacia. 152

Págs.

GÓMEZ FREIRE ESTEVES

Crepúsculos. 153
Voces del Abismo. 154
Sueños. 156
Fugaz... 157

DANIEL JIMÉNEZ ESPINOSA

Sombra. 161
Ensueños. 162

MARCELINO PÉREZ MARTÍNEZ

A los Próceres de la Independencia. 165
Canto a la Escuela. 168
El Urutaú. 170
El Maestro. 173

ROBERTO A. VELÁZQUEZ

Canción Helénica. 177
La Niobe seductora 178
Alabando a la Impoluta. 180

LUIS ABENTE Y HAEDO

Amor de madre. 181

HÉCTOR P. BLOMBERG

A una tucumana. 185

PADRE MANUEL GAMARRA

Curupaití. 187

ANGEL I. GONZÁLEZ

A Pedro Juan Caballero. 191
A la Luna. 192

ELOY FARIÑA NÚÑEZ

Oda Heroica 197
Ojos glaucos.—Vuelo de flamencos. 201
Pantomima.—Escena griega. 202
La herida secreta.—La Partida. 203

LEOPOLDO RAMOS GIMÉNEZ

Heráldico. 205
Las Cumbres del Titán.—América. 206
El Boyero. 207

PABLO MAX YNSFRÁN

El Año Muerto. 209
Cántico Inmortal. 210
A un aviador. 215
La Parábola de la Selva. 216

Págs.

MANUEL ORTIZ GUERRERO

Suma de bienes 220
Jamás.—¡Loca! 221
Media Noche.—La Amada Inefable. 223
Schubert en tu piano. 224
Delirio de pizzicatos. 226
Tarde glauca.—Remember. 228
Claro Lunar. 229
Canción de Ensueño. 231
Saudade.—El Bohemio. 233
El Maestro. 234
En el Belvedere. 235
Comunión. 236
En voz honda. 237
La gran Conquista. 239
Hacia el Olvido 240
Introducción del Poema «Urutaú». 241

FACUNDO RECALDE

Ananké. 247
Vengo otra vez a ti... 248
Nupcial. 249

GUILLERMO MOLINAS ROLÓN

¡Paraguaya! 250
Ofrenda. 252
¡Quiero...! 253
Mi Lira. 254
En la Fiesta de la Raza. 256

Los que llegan

POLICARPO ARTAZA

Al toque del Angelus. 261
Sonata de Primavera. 262

SÉVER MARECOS

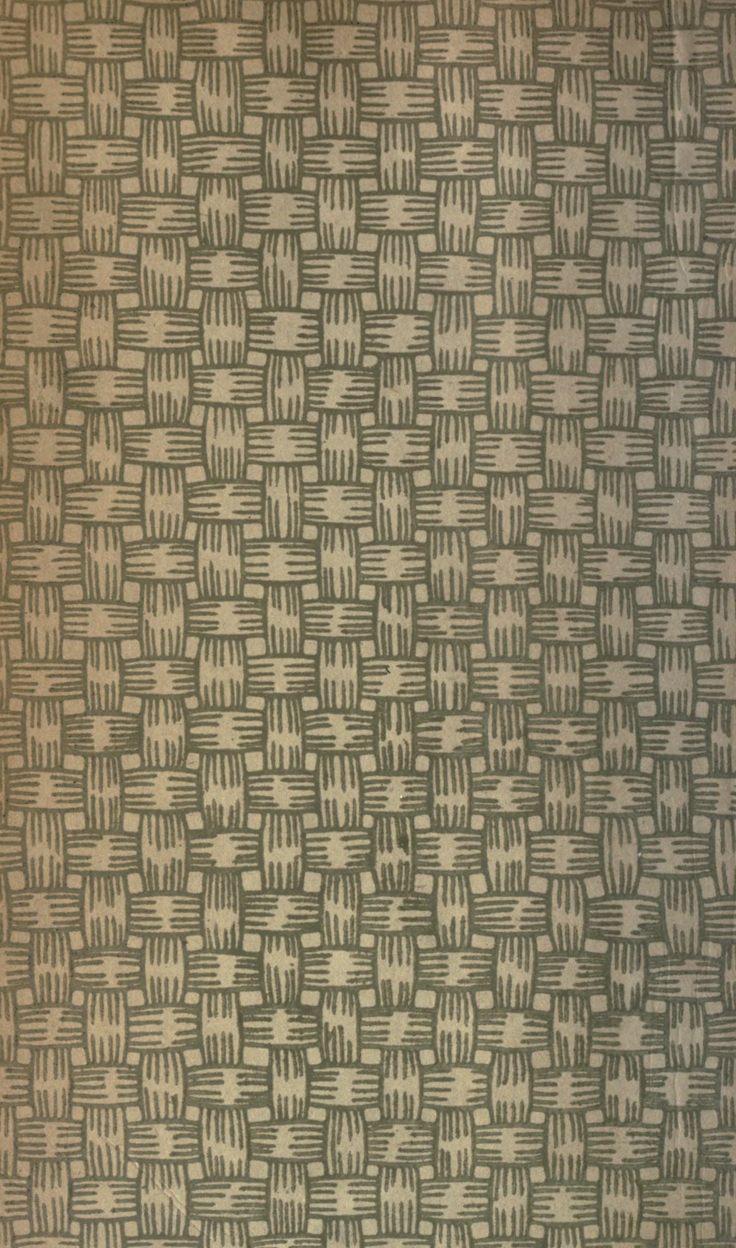
A Stella. 263

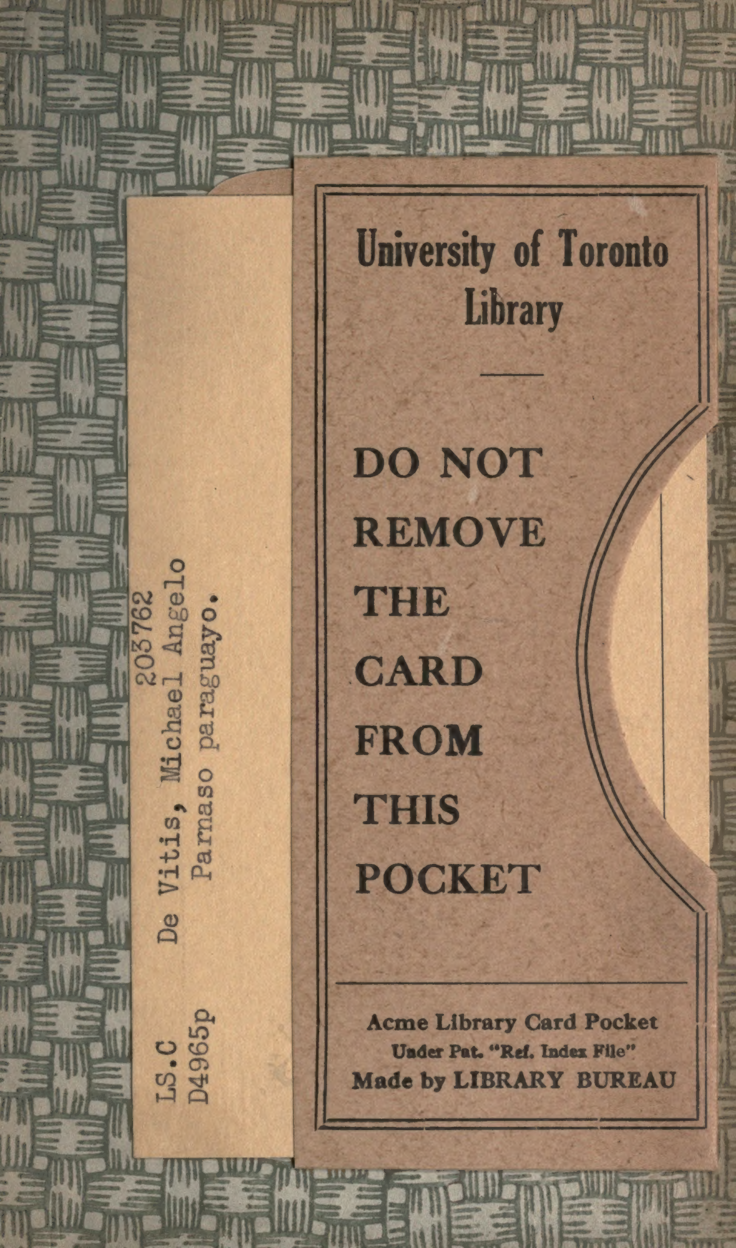
NÉSTOR EDUARDO RIVERO

Primavera. 264

ROQUE GAONA

Pensativa 267





University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
203762
LS.C De Vitis, Michael Angelo
D4965p Parnaso paraguayo.

